3 1761 09546594 4

Digitized by the Internet Archive
in 2014

http://archive.org/details/obrascompletas00picn

LÁZARO

JUAN VULGAR

OBRAS

DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Apuntes para la historia de la caricatura.
Lázaro. (Casi novela.)
Del Teatro. (Lo que debe ser el drama.)
La hijastra del amor. (Novela.)
Ayala. (Estudio biográfico.)
Juan Vulgar. (Novela.)
El Enemigo. (Idem.)
La Honrada. (Idem.)
Dulce y sabrosa. (Idem.)
Novelitas.
Cuentos de mi tiempo.
Tres mujeres. (Cuentos:) Colección Klong.
Vida y obras de Don Diego Velázquez.—Madrid, 1896.
Castelar. (Discurso de ingreso en la Academia Española.)—Madrid, 1900.
Cuentos. (Colección Mignon.)
Discurso leído en los Juegos florales de Calatayud.—Calatayud, 1901.
La Vistosa. (Cuentos.)
El desnudo en el Arte. (Discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes.)—Madrid, 1902.
Discurso leído en la Academia de Bellas Artes para conmemorar el tercer Centenario de la publicación del «Quijote».—Madrid, 1905.
Drama de familia. (Cuentos.)
Juanita Tenorio. (Novela.)
Mujeres.
Sacramento. (Novela.)

LS
P5986

JACINTO OCTAVIO PICÓN
De las Reales Academias Española y de Bellas Artes.

OBRAS COMPLETAS

TOMO SEXTO

Lázaro

Juan Vulgar

153118
30/10/19.

RENACIMIENTO
Calle de San Marcos, núm. 42.
MADRID
1918

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Queda hecho el depósito que manda la ley.

Imp. de Ramona Velasco, Viuda de P. Pérez, Libertad 31.

Á LA MEMORIA DE MI HIJO JACINTO FELIPE PICÓN Y PARDIÑAS, MUERTO Á LOS CUARENTA AÑOS, DEDICO ESTA EDICIÓN DE MIS OBRAS, LA CUAL COMENCÉ Á PUBLICAR POR GUSTO SUYO.

J. O. P.

MADRID 5 DE DICIEMBRE DE 1917.

LÁZARO

Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad: y esto que es mortal se vista de inmortalidad.

(San Pablo: Epíst. 1.ª á los corintios, cap. XV, vers. 53.)

LÁZARO

I

A mediados del siglo XVIII, en una plaza de Madrid, formando rinconada con un convento, claveteada la puerta, fornido el balconaje y severo el aspecto de la fachada, se alzaba una casa con honores de palacio, a cuyos umbrales dormitaban continuamente media docena de criados y un enjambre de mendigos que, contrastando con la altivez del edificio, ostentaban al sol todo el mugriento repertorio de sus harapos. Algunos años después, un piadoso testamento legó la finca a la comunidad vecina, y en nuestro tiempo descreído y rapaz, la desamortización incluyó en los bienes nacionales aquella adquisición que los pobres frailes debían a las legítimas gestiones de un confesor

o al tardío arrepentimiento de un moribundo. Un radical de entonces, que luego se hizo, como es costumbre, hombre conservador y de orden, la compró por un pedazo de pan; y tras servir sucesivamente como depósito de leñas, mesón de arrieros, colegio de niños, café cantante y club revolucionario, vino a albergar una sociedad de baile en la planta baja y una oficina en el principal, aprovechándose lo demás para habitaciones de pago dominguero en lo interior de ambos pisos.

Aquella era la casa de los Tumbagas de Almendrilla. Nada queda de las grandezas de tan ilustre raza, y aun se teme que por falta de puntualidad en satisfacer derechos de lanzas y medias anatas, haya caducado el título que ostentaron, y cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Como el de griegos y romanos, es incierto el origen de los Tumbagas de Almendrilla; pero eso mismo realza la antigüedad de su ralea, pues las cosas, las instituciones y los hombres parece que adquieren importancia con andar su nacimiento envuelto entre dudas y perplejidades de erudito. Dicho sea de paso, ninguno se ha propuesto poner en claro cuál fué la cuna de tan ilustres varones; pero si tal

hubiese sucedido, nada habría sacado en limpio, pues, llegando la indagación a ciertas épocas, se pára como ante muro de piedra o cortadura de monte, sin que se pueda averiguar lo que hay de cierto sobre que el primer Tumbaga fuese uno de los que acompañaron a Túbal en su venida a España.

Fundándose en raíces de palabras, cuyos tallos nadie conoce, dicen algunos que el origen de la raza no va más allá de la primera colonia fenicia, y hay quien afirma que lo de Almendrilla viene de un enorme peñón, así llamado, que sobre las cabezas de los moros dejó caer un Tumbaga desde las fragosidades en que Don Pelayo rechazó a los hijos del Africa. Ello es que en la época de los godos, y al empezar la reconquista, había ya Tumbagas de Almendrilla, y los habrá siempre, a no ser que en las páginas de este relato muera el solo individuo que queda de tan nobilísima estirpe.

En vano se ha querido manchar el blasón de aquella ilustre casa. No es cierto que en tiempos del apocado Mauregato fuese un Tumbaga quien intervino en el famoso tributo de las cien doncellas. No está probado tampoco que cuando Sancho *el Bravo* se sublevó contra su padre, por creerle chiflado y a manera de espi-

ritista, fuese un Tumbaga quien le alentó en la criminal rebelión. Son, en cambio, innumerables, y se convencerá de ello el que pueda, los beneficios, hazañas y hechos gloriosos o útiles que los Tumbagas de Almendrilla han realizado en pro de la patria española, dando pruebas de valor, tacto, arrojo y otras mil cosas escritas en caracteres ilegibles, almacenadas para solaz de ratones y pesadumbre de tablas de biblioteca.

Reinando Isabel primera, un Tumbaga ideó poner cruces en todas las torres de la Alhambra. Bajo Carlos de Gante, cuando la nobleza castellana se hizo de turbulenta cortesana y de independiente palaciega, trocando hierros y armaduras por rasos y brocados, un Tumbaga fué el primero que se presentó en la corte, llevando sobre los guantes de gamuza las armas de su escudo bordadas con sedas de colores. En los tiempos del prudente y piadosísimo Felipe II no hubo auto de fe que achicharrara maldecidos y perniciosos herejes a que no asistiera lleno de tanto celo un Tumbaga. Mientras Felipe III ocupó el trono, para mayor gloria de nuestro nombre y terror de nuestros enemigos, otro Tumbaga ilustró su apellido, sirviendo los amorosos caprichos de

Uceda, que era entonces como servir al Rey mismo. Felipe IV y la Calderona no tuvieron confidente más fiel que Pedro de Tumbaga; y los bosquecillos del Pardo, las enramadas del Retiro, conservan todavía añosos troncos, bajo los cuales el orgulloso magnate esperó, calado por el agua del cielo, a que el autor de *La vida por su dama* cortase la sabrosa plática que en los camarines de aquellos palacios tenía con la famosa comedianta.

En reinados posteriores, los Tumbagas ocuparon puestos donde bien pudieran haber sido útiles a la Religión o al Rey: uno mandaba en las procesiones el piquete de honor; acompañaba otro, espada en mano, al Santísimo Sacramento; daba éste la guardia al Santo Sepulcro; encargábase aquél, durante el verano, del mando de las falúas de paseo en los estanques de los Sitios Reales. Todos dejaron escrito en la historia de su casa algún rasgo notable de tan azarosa, pero gloriosa vida. Ni Carlos III hubiese podido ajustar el patriótico *Pacto de Familia* ni las fiestas reales de tiempo de Carlos IV hubieran tenido tanto lustre, a no mediar en las negociaciones y toreos un Tumbaga. Durante el cautiverio de Fernando *el Deseado,* mientras el populacho, inconsciente

y salvaje, preparaba motines como el *Dos de Mayo,* los Tumbagas rodeaban al Rey, dispuestos a perder la vida en su servicio, siempre dominados por la tradición, que les imponía antes el sacrificio del patriotismo que el de la propia lealtad.

El escudo de aquellos ínclitos varones es honroso jeroglífico, vivo recuerdo de triunfos, honores, distinciones y victorias. Tres cabezas de moro en campo verde no recuerdan, como algunos pretenden, la salvaje hazaña de haber vencido a tres sectarios de Mahoma, sino la graciosa broma de un Tumbaga que en cierto baile de trajes se presentó vestido de berberisco con dos amigos. Un gallo, desplegadas las alas y apoyado en sola una pata, recuerda que quien primero puso en su casa veleta de esta clase fué un Tumbaga; y el mote de la cinta que dice *Yo solo* no indica que algún Tumbaga hiciese algo que merezca ser tenido por glorioso, sino que uno de tan envidiable estirpe fué quien intervino en las diferencias que separaron a Fernando VII de Pepa *la Naranjera.*

La familia no se ha extinguido, y muy lejos de la corte, entre las sinuosidades de un valle que en vano pugnan por fecundar riachuelos

exhaustos de agua en el verano, y ricos en todo el año de guijarros, hay una casa de labranza, dònde viven los últimos Tumbagas, ignorados del mundo y casi ignorantes de lo que su nombre fué en otro tiempo. Los olivos de áspero y dislocado tronco, los naranjos sobre cuyo verde oscuro resaltan las encendidas notas de sus frutos, y las robustas encinas que asientan como garras gigantescas sus raíces desnudas en la seca tierra, pueblan las vertientes de los cerros coronados de calvos y cenicientos peñascos. A largas distancias, como escondiéndose en las desigualdes del campo, se alzan cortijos y granjas, cercadas por tapias de cascote; el viento mueve blandamente la alta copa de alguna palmera que parece centinela avanzado de otros climas, y en el oscuro centro de los bosquecillos de adelfas y granados entonan los ruiseñores sus cantos de amor y sus gorjeos de alegría.

De tales encantos rodeada se alza la casa del tío Tumbaga, labriego querido y respetado en la comarca, como pudiera serlo cualquiera de sus antepasados cuando se cubría ante el Rey, y a quien más que el olivar o las tierras de pan llevar que constituyen su hacienda, envidian las mozas el hijo que Dios y su mujer, de co-

mún acuerdo, le dieron, a los nueve meses justos de matrimonio, allá por el año de mil ochocincuenta y tantos.

No más que diecisiete primaveras tenía el mozo, y ya traía revueltas las faldas del lugar, sin que él hiciera nada por atraerse el cariño de las chicas. Decían unos que si ellas le miraban con buenos ojos, era por la esperanza de ser algún día dueñas de las riquezas de su padre, y alguien añadía que la brillante perspectiva de ser sobrina de Su Ilustrísima era lo que volvía locas a las beldades de las cercanías, pues Su Ilustrísima, es decir, el Obispo de la diócesis, era hermano del Tumbaga, y por tanto, tío de Lázaro.

La causa de que dos hijos de un mismo padre tuvieran tan distinta suerte, que hizo al uno ser sucesor de todo el Apostolado y al otro humilde campesino, es por demás sencilla. Cuando el padre murió, sin dejarles más herencia que aquellos pocos terrones y algunas onzas de oro ocultas en un puchero enterrado en el huerto, tuvieron Diego y Antolín una conferencia, en la cual convinieron que debía uno de ellos procurar hacer carrera y conseguir medro, continuando otro al frente de la poca tierra a que habían quedado reducidos los anti-

guos estados de la nobilísima familia. De este modo, si la fortuna ayudaba al primero, podría luego proteger al segundo; y, en caso contrario, éste tendría siempre refugio que ofrecer al que intentaba restaurar el brillo de su casa y el renombre de su estirpe. Hiciéronlo así, y años después de la separación supo Diego que Antolín cantaba en una iglesia de Sevilla su primera misa. La protección de quien quiso dispensársela, y su buena fortuna, le empujaron de tal suerte, que a los cincuenta años llegó Antolín á canónigo de una basílica, y veinticuatro meses después era preconizado obispo, con gran regocijo suyo y de su ama de gobierno. Llegó la nueva a conocimiento de Diego, que, exento de envidia, tuvo con ella mucha alegría, y pasados algunos días, llegó también la siguiente carta, primera que Antolín escribía con timbre del obispado:

"Querido y nunca olvidado hermano:

„Por la ayuda de Dios Nuestro Señor, más que por mi propio esfuerzo, y también por favor de Su Santidad y del Rey (Q. D. G.), me he sentado hace una semana en la silla episcopal de esta diócesis, por cuyos fieles pido en

mis oraciones. Ya ves cómo ha llegado para nosotros a lucir la fortuna, y qué bien hicimos en disponer las cosas de manera que han venido a dar este resultado. Excuso decirte que cuanto soy y valgo pongo a tu servício; mas como no se trata de vanos ofrecimientos, sino de firmes y leales propósitos, bueno será que empecemos luego a disponer lo que mejores frutos pueda dar en lo porvenir. Por tus pocas y tardías, pero extensas cartas, he venido haciéndome cargo de que tu hijo Lázaro es listo como él solo. Tratemos, pues, de sacarle de entre esas breñas, démosle educación conveniente, instruyéndole en las buenas doctrinas del santo temor de Dios, y hagamos cuanto en nuestra mano esté para que, como yo he llegado a ser pastor de los rebaños de Cristo, alcance él mayores honras. Me encargo de todo. Envíamele sin cuidarte de más, y decídete a hacer el sacrificio de la separación en obsequio a su felicidad. Adiós, Diego; recibe para ti y los tuyos, con mi bendición de Prelado, mi abrazo de cariñosísimo hermano.

„ANTOLÍN.„

Leer el pobre viejo esta carta, sentir sus ojos húmedos por el llanto y temblarle los labios de emoción, todo fué uno. Restregóse los párpados con el curtido revés de la encallecida mano, llamó al mozo, leyóle la carta, y sin titubear un punto, le dijo:

—Dentro de dos días te vas del pueblo.

¡Pobre padre! Con la mejor intención del mundo y la mayor abnegación, pensando que cuanto su hermano proponía era lo más conveniente, decidió quedarse solo, añadiendo a su viudez la orfandad en que la partida del muchacho había de dejarle. No paró mientes en lo terrible de aquella soledad; ni menos consideró que para custodiar las trojes, vigilar a los segadores y cuidar de la aceituna, le faltaría en lo sucesivo su activo celo. Atendió solamente al porvenir de Lázaro, y de grado o por fuerza, hízole montar en una mula, y salir en ella, no a correr mundo como sus antepasados a Flandes en busca de aventuras o a Italia persiguiendo honores, sino a presentarse al bueno del obispo, para que éste modelara, cual si fuera de arcilla, aquella alma que aun no había despertado a la vida.

¡Qué largas iban a ser las veladas de invierno pasadas junto al hogar en que él atizaba el

fuego, manteniendo con su donaire la conversación! ¡Qué tristes habían de parecerle las noches de verano! ¡Qué callado el silencio cuando no se oyera resonar junto al fresco brocal del pozo, ni bajo el emparrado de la puerta, el rasguear de aquella guitarra que parecía tener alma y quejarse cuando él la tocaba!

Todo lo pensó y midió el pobre campesino; pero poniendo antes los razonamientos del interés que los del cariño egoísta, vió que sería torpeza dejar pasar de largo a la fortuna cuando cruzaba ante el umbral de la casa.

Hiciéronse los preparativos, y una mañana partió Lázaro a la capital de la provincia, prometiendo a su padre tenerle al corriente de cuanto le acaeciera.

Dejando atrás montes y llanos, cortijos y caseríos, viajando hoy en compañía de arrieros, durmiendo mañana sobre los arcones de la paja en las ventas, llegó por fin a su destino más cansado de cuerpo que esperanzado de ánimo.

Eran las ocho de un día luminoso y alegre, cuando se apeaba nuestro héroe en el zaguán de la casa, llamada pomposamente Palacio Episcopal. Recibiéronle criados y familiares; hízosele esperar a que Su Ilustrísima terminara

la misa que cotidianamente rezaba, y entráronle, atravesando pasillos y corredores, en una habitación cuyo aspecto parecía pedir señores de casacón y damas con faldas de medio paso. Cuanto había en ella olía a siglo pasado. En los muros, cubiertos de papel verde oscuro, rameado de otro verde más claro, veíanse algunas cornucopias enormes con figurillas grabadas en el cristal. Un par de cuadros religiosos, de dudoso dibujo, ocupaban el testero principal, y bajo ellos, rodeado de taburetes cojos, había un sofá raído y destrozado por el roce continuo con pedigüeños impacientes o canónigos de gran peso. Sobre una mesa de ébano, con señales de haber tenido en otro tiempo incrustaciones, había un crucifijo de marfil rajado y amarillento, con sus gotas de sangre abermellonada y sus clavos de plata. Un San Cristóbal gigantesco, mal trazado y de peor color que dibujo, guardaba la puerta de entrada, junto a la cual dormitaba con la mayor vigilancia un familiar dispuésto a troncharse el espinazo cada vez que Su Ilustrísima pasase por allí. Sobre el hueco de un balcón había un cuadro, acaso del *Españoleto*, que representaba a Santa María Egipciaca tendida en las arenas del desierto, enteramente desnuda, muy

hermosa y más incitante de lo que fuera oportuno en sitio frecuentado por gentes de Iglesia. A un extremo, ante una mesita cubierta de expedientes y cartas, escribía, con pluma de ganso y tintero de loza, un clérigo flaco y apergaminado, como si viviera en perpetua cuaresma. Y, finalmente, de una percha pendían varios manteos, raídos y apolillados unos, de nuevo y luciente paño otros.

En aquella estancia dejaron a Lázaro. Ni él reparó en los clérigos ni ellos se dieron cuenta de la presencia del labriego. Pasó un cuarto de hora abstraído el chico en sus cavilaciones, dormitando el guardián y raspando borrones el que escribía, hasta que, tras ruido de puertas que se abrieron y cerraron, entró en la habitación el obispo.

Era alto, seco, nervioso, de mirada inteligente y dura y de tez morena oscurecida por el paño de la mal rapada barba. Vestía sotana morada, ya deslucida por el uso; llevaba en el pecho una cruz y en el dedo un anillo de gruesas amatistas. Le seguían, como doble sombra negra, otros dos eclesiásticos, y era al mismo tiempo, sin que una cualidad dominara a la otra, antipático y respetable.

Acogió a Lázaro, queriendo dar a sus fac-

ciones esa afabilidad de semblante con que pretende hacerse simpático quien sabe que no lo es, y echándole el brazo derecho sobre los hombros, le llevó hasta su cuarto, diciendo a los que le rodeaban:

—Llamaré cuando os necesite.

Pasaron de aquella sala a otra, donde lo severo de la ornamentación no excluía la comodidad y el regalo, y allí, arrellanado el tío en un sillón de cuero, sentado apenas el chico en el borde de una silla, miráronse mutuamente algunos segundos, tratando cada cual de explorar los pensamientos del otro.

—Tu padre y yo—dijo al fin el Prelado—hemos convenido en sacarte del pueblo y procurar, por cuantos medios haya a nuestro alcance, darte una educación que pueda labrarte un porvenir que compense nuestros sacrificios al par que tus esfuerzos. La posición en que, a Dios gracias, me encuentro ha de servirnos de mucho, y si te aplicas creo que podremos salir adelante. Listo eres, según me dicen; sé además trabajador, y el resto lo obtendrás con exceso. Aquí te quedas preparándote para entrar en el Seminario. Nada ha de faltarte; ni maestros, ni consejos, ni ejemplos. ¡Quiera el Señor que seas un día Príncipe de la Iglesia!

Otros de más humilde origen han llegado a tan alta jerarquía, y no habrá milagro en que les iguales. Está preparado tu alojamiento y yo cuidaré de que nada te falte.

II

Desde aquel día disfrutó Lázaro cuantas comodidades podían gozarse en el Palacio Episcopal, siendo tratado como convenía a su parentesco con el reverendo prelado. Diéronle un cuarto, aunque no bueno, de lo mejor que había en el edificio: tenía unas cuatro varas en cuadro, blanqueados los muros, la cama hecha con colchones de vieja y apelotonada lana, y las sábanas más ásperas que cutis de setentona. Le pusieron a la cabecera del lecho la imagen de un santo difícil de identificar, pero santo al fin, y al lado de una gran ventana, que se abría sobre el ancho panorama del campo, colocaron una mesa cargada de libros y un tintero de cobre. Por deferencia a Su Ilustrísima, le sirvieron de maestros los más instruídos ca-

nónigos del cabildo; puso él de su parte cuanto pudo; ayudó en gran manera su clara inteligencia, y pocos meses después empezaba su imaginación a adivinar nuevos horizontes, llenos de promesas gloriosas, en la senda a que se le destinaba. Los libros que leía, las lecciones que escuchaba, dejaban en su espíritu profunda huella; y el pobre muchacho, traído del campo hasta la morada del obispo, trasladado de pronto desde la libre existencia de los prados y montes al severo recinto por donde vagaban, como espectros atezados, los familiares de su tío; obligado a cambiar de género de vida, rodeado siempre de rostros en que parecía delito la sonrisa, sin nadie a quien poder transmitir las primeras impresiones que, como bandada de pájaros no avezados al vuelo, se alzaban en su alma, fué poco a poco haciéndose reservado y triste; sintió anublado su espíritu por las sombras que la soledad engendra, y sólo halló para sus pensamientos puerto de refugio en la esperanza del porvenir. Aquellos libros que le obligaban a estudiar, y aquellos hombres que había de tratar por fuerza, le pintaban el mundo como una sola jornada de la vida humana, como una prueba para el temple del alma; la tierra como valle de lágrimas,

en que son mentira los aromas del campo y las alegrías del corazón.—Aquí abajo —le dijeron— todo es falso, impuro y deleznable. Las dichas terrenales son cantos de sirena, que arrastran al mal; cuanto se sufre y se padece son méritos que en el mundo se hacen para que sean premiados arriba, y en este breve tránsito donde los pies se hieren en los guijarros de todos los caminos, debe la esperanza refugiarse en los cielos, que allí aguardan al alma la inmortalidad y a la virtud el premio de sus luchas. Pero fuera de esa esperanza y de lo que ha de hacerse por mirarla cumplida, en el mundo no hay nada; fuera del mal, la tentación y el error, todo es mentira. El desprecio de la Naturaleza y del hombre es la ley suprema de la conciencia; la contemplación de lo divino el solo cuidado del entendimiento; la fe en Dios y la confianza en los que le representan, la única luz que alumbra la pasajera pero densa tiniebla de la vida.

De esa idea del mal difundido en el mundo como el aire en los espacios, y de esa esperanza del bien puesto tras la existencia como la luz del día tras la oscuridad de la noche, nacía el horror a lo terrenal y humano, y también la conmiseración y la piedad hacia los que

sufren y padecen. Esto era toda la religión, toda la esencia de sus doctrinas, toda la fuerza de sus dogmas, todo su concepto del universo mundo.

Sobre cuanto existe, Dios, fuente inagotable de dulzuras eternas, fuerza en constante trabajo, causa insondable, secreto impenetrable; misterio tanto más grande, cuanto mayor sea la inteligencia humana. Luego, en la tierra, colocado entre las amargas olas de los mares y las punzantes malezas de los campos, el hombre, sintiendo siempre el perdurable martirio de la duda, y bajo sus pies un erial rebelde al trabajo. Pero entre Dios y el hombre, la religión, bajo los pliegues de cuyo manto se cobija la humanidad, al modo que entre las anchas ramas de la encina se guarecen los gusanillos de la selva. Y, por fin, como última consecuencia de esta concepción del universo, el hombre de Dios, el sacerdote que tiene por misión tender la mano al que vacila, sostener al que cae, infundir fe al que duda, perdonar al que peca, defender al que sufre, sojuzgar al altivo, y abriendo a todos los brazos con amor decir como el Hijo del Hombre: "Amaos los unos a los otros; practicad la virtud, y lo demás os será dado con exceso."

Esto enseñaban a Lázaro, y así lo admitía él.

"Sí, —se decía;—Dios y el hombre... El cielo y la tierra... El bien y el mal... Entre ambos la religión, el sacerdote, el soldado de las grandes peleas, el profeta que anuncia la aurora del porvenir, el eterno apóstol que, repitiendo la frase de San Pablo, dice a todos los pueblos de la tierra: "Hermanos, sois llamados a la libertad."

Como el áspero mármol que la mano del artista desbasta, esculpe y modela haciendo surgir de la brutal materia la forma encantadora, fué Lázaro trasformándose por el estudio, abriendo cada día con mayor avidez los ojos a la luz de la fe, sintiendo penetrar dulcemente en su alma un algo indefinible que caía sobre su corazón como el rocío del cielo sobre el brote de la planta.

Bien veía o creía ver algunas veces cierta disparidad entre lo que sentía y lo que le rodeaba; pero no se paraba a aquilatar las cosas muy despacio, embebecida su inteligencia en las novedades que a su entendimiento se ofrecían. Sin embargo, la transición de las costumbres campesinas al refinamiento mental de su presente vida, era demasiado inopinada y brus-

ca para que dejara de parar mientes en ella. Además, pronto se dió cuenta de que no eran pocos los sagrados textos que parecían olvidados en derredor de Su Ilustrísima. Preceptos más sanos que aire de monte quedaban sin cumplimiento, o se obedecían por pura fórmula a veces, y otras había manifiesta oposición entre lo mandado por autoridades de continuo invocadas, y lo que en la morada episcopal se practicaba.

Por de pronto, el Rdo. Antolín, si no era rico, no daba muestras de aborrecer la riqueza: su pobreza tenía algo de problemática. Sin contar las mesadas que del Estado cobraba, las ricas vestiduras de que estaban atestados sus cajones, y los vasos y alhajas de metales preciosos, las gentes señalaban en los alrededores de la ciudad alguna finca, escondida entre macizos de árboles, donde Su Ilustrísima podía, como en cosa propia, hacer lo que mejor le pareciese.

Lázaro observaba que la caridad cristiana aparece en los Evangelios muy diferente de la que se ejercía en torno suyo, que no eran siempre la humildad y la mansedumbre los móviles de los amigos íntimos del obispo, y que algunas veces se veía asomar cobardemente a

los labios de los familiares cierta sonrisa reveladora de hipocresía y envidia.

La facilidad con que se recibía en aquella santa morada cuanto dinero daban para limosnas los caritativos fieles, se trocaba en formalidades y retrasos cuando las monedas habían de pasar a la faltriquera de los pobres, pareciendo aquello despacho de banquero donde se toma sin vacilar el oro ajeno y en donde todo son al devolverlo garantías, molestias y dilaciones. Nada oyó el futuro sacerdote en desdoro de su tío; pero, con frecuencia, las gentes que cruzaban las antesalas y corredores del palacio no parecían salir completamente satisfechas de la entrevista con el Prelado: y era lo extraño que si nunca se retiraban descontentos la dama encopetada o el canónigo influyente, solía verse descorazonado y abatido al pobre párroco de aldea o al cura de misa y olla cuyos grasientos y raídos manteos pregonaban descaradamente la miseria. Jamás notó cosa que disonara en el tranquilo concierto de aquella existencia casi monacal, donde todo estaba dispuesto y regulado de antemano, como en ceremonia palaciega; pero semejante al sordo ruido de vientos lejanos, creyó escuchar algunos días el rumor de murmuraciones en-

gendradas en las porterías, robustecidas en las antecámaras y detenidas por el miedo ante las puertas del despacho donde trabajaba el bueno del obispo.

Levantábase Lázaro á la hora del alba, oía misa, tomaba chocolate, y ayudaba en algo a su anciano tío. No tenía otra cosa que hacer hasta la comida, que se hacía siempre a la una, con puntualidad cronométrica.

Y por supuesto, todo aquello de comer como los anacoretas hierbas salvajes o salta-montes del campo, era pura fábula, tradición olvidada. Al presente, y gracias a un cocinero lleno de buenas cualidades, en la mesa de Su Ilustrísima hubiera podido darse por satisfecho el más descontentadizo; en todo lo que a la culinaria se refiere, era el obispo ardiente partidario del progreso. Tratábase a cuerpo de rey constitucional; los mejores caldos de la cosecha, los más preciados sólidos del mercado iban a sus despensas; ya por encargo propio o por atención ajena, el pavo mejor cebado y el gazapillo más tierno eran para él; las frutas que se le presentaban parecían ofrendas para las aras de la antigua Ceres, y era raro el día en que la piadosa mano de alguna devota no preparase para Su Ilustrísima un platito de dulce espolvoreado

de canela, aroma a que, como buen andaluz, era muy aficionado. Una reparadora siesta servía de epílogo de la oración con que a Dios se daban gracias por tantos beneficios. Se trabajaba otro poco por la tarde, se cenaba concienzudamente tras el rosario, y un sueño tranquilo reinaba a las once en todos los ámbitos del edificio, donde la calma de este género de vida no se veía turbada sino en las vísperas de las grandes festividades de la Iglesia.

Lázaro notaba que todo esto no eran mortificaciones ni martirios, pero también se decía que aquello no era vivir en el mundo y sus luchas, y que siendo buenas cuantas gentes le rodeaban, no podía ser detestable la vida. ¡Cuán diferente se le ofrecía el espectáculo del mundo que empezaba un paso más allá de aquellos respetados muros! Cierto que de puertas adentro todo era reposo y santidad; pero, ¡cuántos horrores y amarguras le esperaban al poner la planta en esa sociedad donde cada día es un combate y cada hora causa una herida! Hacía el pobre chico proyectos para el porvenir, y juzgando el mundo tal cual se lo habían pintado, pensando que todo eran males, tristezas y desdichas, se preparaba a entrar en él inquieto, temeroso, como bisoño pronto a

escuchar el primer paso de ataque tocado por las cornetas de su batallón.

Tratábale su tío afablemente; por respeto o adulación al Prelado, hacían lo mismo cuantos le rodeaban, y merced a su protección entraba Lázaro en la carrera que le destinaron escudado contra las privaciones, pero también con el alma llena de vagos presentimientos. Le habían pintado su misión de suerte que, impresionada la imaginación, veía en el sacerdocio el apostolado de toda idea generosa. Mas, a pesar de esto, cuando solo, con su libro de horas bajo el brazo, se le veía cruzar los anchos corredores o sentarse bajo las umbrías del huerto, parecía que dentro de su alma bullían y a sus miradas se asomaban temores y dudas sobre la suerte que le estaba reservada. La santa casa que habitaba era, a su parecer, un puerto de refugio contra el oleaje infernal de la malicia humana, y le infundía pavor la idea de abandonarlo. Por todo aquello que sus libros devotos le aconsejaban huir, venía en conocimiento de cuán ciertas debían de ser las palabras con que se le avisaban los peligros mundanales, y por la interminable y fatigosa excitación a la virtud, podía apreciar cuán hondas y frecuentes son las simas del pe-

cado; pero a medida que iba considerando las tentaciones que podrían rodearle, los riesgos que tendría que prever y males que evitar, su inteligencia miraba con mayor deleite la perspectiva de los días de gloriosa lucha.

Considerado por cuantos cerca de él andaban como la persona más allegada a Su Ilustrísima, los sacerdotes y demás gente de Iglesia que tenía ocasión de frecuentar, guardaban buen cuidado de no dejarle ver cosa que pudiera enojar al obispo. Todo era ante él resignación y humildad; de modo que teniendo constantemente ante los ojos la divina palabra de los libros y el mejor ejemplo en los hechos de los hombres, pensó que en contra de la perversión del mundo estaba aquella virtud; que el torpe bullir de las pasiones se contrabalanceaba por un santo fervor religioso, y que nada podía haber tan digno ni respetable para la humanidad como la voz de esos hombres que con la imagen de Cristo en una mano y señalando con la otra al cielo, dicen al desgraciado: "Cree y espera„.

Su poética melancolía era el presentimiento de los dolores de la lucha. Parecía que su alma adivinaba las heridas que habría de sufrir más tarde, y sólo en la fe, ingénita en su espíritu,

fomentada luego por cuanto le rodeaba, era donde el pobre Lázaro podía hallar reposo a la misteriosa agitación de sus ideas. Nacido en una aldea donde la hermosa y virginal Naturaleza le decía continuamente: —"Admira„;—sin escuchar más voz que la del cura que de continuo repetía: —"Cree„; con el sano ejemplo de la honrada vida de su padre, y sin haber sufrido desgracias de las que pervierten al hombre, iba, en fin, allegando fuerzas y atesorando virtudes para verterlas luego como un maná divino sobre el rebaño de fieles que Dios le deparase.

Dos épocas distintas puede decirse que atravesó Lázaro mientras estuvo en casa de su tío.

Durante la primera le dominaron los recuerdos confusos del pueblo con sus faenas y labores: acordábase de las conversaciones en que la tierra era la preocupación de todo el año, y empeñándose mentalmente en resucitar sus impresiones se esforzaba en reconstruir, con reminiscencias vagas y sensaciones olvidadas, aquellos días que no habían de volver jamás; las lluvias primaverales que hacían entrever los carros repletos de doradas gavillas; el estío con las llanuras serpeadas por surcos que parecían encender el aire con la irradiación de sus terruños abrasados; el otoño con sus frutas mal

sujetas a la cargada rama, convidando al paladar a refrescarse con su azucarado jugo; las tardes con sus vientecillos impregnados de perfumes, y las calladas noches pobladas de misterios, llenaban su pensamiento de ensueños indecisos. Lejos, muy lejos de él estaba cuanto podía recordarle tiempos pasados y como tales más dichosos: el hogar ennegrecido por el humo de los troncos a cuya sombra jugueteó de pequeñuelo; la fuente donde las mozas, entretenidas en mirarle, dejaban rebosar en sus cántaros el agua; y en un altillo del cementerio, bajo la cruz de piedra que dora cada tarde el último rayo de la luz solar, la tumba de su madre...

En la segunda fase de aquella etapa de su vida todo era diferente. Habíanle trazado con sombrías tintas el plano de la revuelta arena del mundo. —"Aquí abajo no hay, le dijeron, sino males y perfidias; pero tú serás de los que tienen por misión encadenar el dolor a la esperanza de la dicha." A pesar de no considerar completos los ejemplos que se le ofrecían, todo lo que aprendía, sus vigilias y desvelos, cuanto intelectualmente se asimilaba, venía a compendiarse en un impulso de amor divino, que le hubiera hecho fijar los labios en la llaga del

enfermo, si esto bastase a curarla, o correr a los campos de batalla para acallar con su rezo la maldición del desgraciado y dar alas al alma del creyente moribundo.

Sentado algunas veces junto a la fuente de la huerta, que desde una eminencia dominaba la ciudad, viendo a lo lejos tejados y azoteas, escuchando el bullir y los ruidos que como provocación constante le traían los aires, Lázaro pensaba que aquellas eran las guaridas del mal. Sólo las cruces puestas en lo alto de las torres eran signos de redención o amparo. Y si su memoria, protestando de aquel falso sistema del mundo, le recordaba que no todo era malo en la tierra, que él había visto a su padre dar trigo a los labriegos pobres o socorrer a los necesitados, que en la tierra existían cariño, afabilidad y amor, que él mismo había llevado hasta los apartados caseríos consejos de paz y de justicia, todo se desvanecía ante la influencia maléfica del *pulvis eris* que le habían inculcado en el alma.

Fué Lázaro después al seminario; tuvo su celda estrecha y triste; aprendió mal latín y peor griego, no para admirar el genio de los grandes poetas paganos, sino para embotar su inteligencia en casuísmos teológicos; se apa-

centó dócilmente con filosofía escolástica; le dieron los libros de los Padres de la Iglesia; le dijeron el criterio que había de seguir para que no cayera en la peligrosa pendiente de pensar; marcaron a su entendimiento las lindes que no debía traspasar, y como si el pensamiento del hombre fuese ave, cuyo vuelo depende de voluntad ajena, le impusieron la idea, el dogma y el sentido de cuanto debía creer y proclamar. En su cerebro había de dar cabida, lo repugnase o no, a lo que otros concibieron; su esfuerzo tenía que hacerse mantenedor de proposiciones que apenas le era dado examinar; debía admitir la verdad sin examinarla, creerla sin que le fuese demostrada. "*No sólo de pan vive el hombre, sino también de la palabra de Dios*", le dijeron; y la palabra de Dios era un enigma, todo lo más una promesa. Le fué negada la interpretación o el examen de los libros sagrados; y para colmo de absurdo le afirmaron que en aquel misterio impenetrable, que constituye la esencia de todo lo dogmático, están la imposible demostración de la verdad y el encanto de su divina poesía, porque *la fe es substancia de las cosas que se esperan, argumento de las cosas que no aparecen* (1).

(1) Epíst. de San Pablo a los hebreos, cap. II, vers. 1.

Entonces, falta de apoyo su inteligencia, sin que pudiera todavía discernir lo bueno de lo malo, ni estimar como nulo lo falso é inapreciable lo cierto, fué viendo desfilar ante su mirada, en las páginas de sus manoseados infolios, la interminable procesión de ideas, teorías y concepciones que se le daban como infalibles certezas. Leyó que el hombre, envilecido desde su nacimiento por una culpa ajena, no puede redimirse de ella; que el alma, capaz del crimen, está hecha a semejanza de Dios; que la misericordia celeste puede ser también cruel, haciendo eterno el castigo, y que la voluntad divina es poderosa a trastornar las leyes eternas de la materia y la energía.

Contraria, pero simultáneamente a la frase "Eres polvo", le dijeron que el hombre es el rey de la tierra; las aguas de los mares y las arenas del desierto llanuras francas a su actividad y su valor; las fieras de brutal poder, esclavas de su inteligencia; los metales, que como veneros de fuerza y riqueza serpean por las entrañas de los montes, tesoros escondidos para que el trabajo los descubra y el sudor los fecunde; y hasta la mujer, arcilla divinamente modelada con los rasgos de la amante y la madre, es suya también, *carne de su carne, hueso*

de su hueso. Pero con todo, y a pesar de ello, le afirmaron que el ideal de la vida no es la existencia en el seno de la Naturaleza, ni la fecunda guerra del trabajo, ni la pasión de la verdad o del arte, sino la muda y extática contemplación de lo divino, el celibato estéril, el claustro, la pobreza, el ayuno, el desprecio de sí mismo y el ansia de llegar a la muerte como a puerta mágica, desde cuyo umbral se perciben los eternos albores del paraíso de los justos.

Sobre este conjunto de ideas, por cima de toda consideración superior a cuanto le rodeaba, estaban para Lázaro la santidad y grandeza de la misión aceptada, sin que llegara a alzarse un punto en su espíritu la idea de que el bien fuese independiente y extraño de la fe. Así llegó a cumplir los veinticinco años. Su inteligencia, como vaso forjado según las concepciones de los que dirigieron su educación, fué molde en que se vaciaron ideales ajenos. Cuanto en sí encierran las tendencias de los pasados siglos, cuanto en lo antiguo sirvió de turquesa para dar forma y sér a la sociedad, echó en su inteligencia hondas raíces. Educado para las batallas del presente, tuvo por armas las convicciones de antaño, fuertes por lo sinceras, pero quebradizas por lo viejas.

Llegada la época de abandonar el Seminario, el obispo le llamó a su despacho, y le habló de esta suerte:

—Vamos a separarnos. Cuando escribí a mi hermano encargándome de tu porvenir, no creí que fuese tan fácil poner a un hombre en camino de hacerse artífice de su propia fortuna; pero tu aplicación e ingenio han llevado las cosas de modo que aquí, de hoy en adelante, no harás más que perder tiempo. Si con nosotros te quedaras, no pasarías de pobre cura de pueblo; tal vez llegases algún día a predicar en nuestra Catedral; pero nada más. Yéndote a la corte, como deseo, tus méritos darán a tu carrera continuación tan lisonjera como halagüeños han sido los comienzos. Poco me agrada separarme de ti; pero dos consideraciones hago: que aquí te traje, no para satisfacción mía, sino por conveniencia tuya; y que en las luchas de la tierra, en la revuelta marejada de encontrados intereses, donde has de intervenir, puedes ser en alto grado útil a la santa causa de la Iglesia.

Vas a cambiar de género de vida, de hábitos y costumbres, hasta de ambiente respirable, que no son iguales las auras puras de estos campos cercanos, al aire viciado de la ciu-

dad. Aquí, por más que haya doblez y engaño, no son la maldad tan refinada ni la hipocresía tan astuta; allí la cortesanía hace el daño más hondo y más disimulada la torpeza. Vivirás entre hombres que antes aprenden a averiguar el pensamiento ajeno que a expresar el propio, rozándote con gentes que procuran hacer a la mentira hurón de la verdad, y que tratarán de adquirir tu confianza engañando a otros, como luego te engañarán a ti para provecho de tercero. Anda en todo pecho la falsía, en todo cerebro la comedia: muchos la representan de tal suerte, que toman en serio su papel, y ni aun la muerte da fin a la farsa, pues otros fingen que les han creído, y la lisonja llega hasta el epitafio, manchando hasta los mármoles. Desconfía de cuanto te rodee y mantente en guardia casi más que contra las maldades ajenas, contra tus propias debilidades. Dios ha puesto en ti fe y razón; aquélla, como faro eterno a que caminas y te alumbra; ésta, como apoyo y sostén para cuando dudes; mas ten cuenta que si tu fe vacila, antes te será causa de desdicha que de consuelo y esperanza. Lee los libros que te pongan en las manos sin cuidarte de profundizar en sus páginas más de lo que ellas te descubran; que el libro, como el

vino, fortalece si no se abusa de él, embriaga si se le prodiga. La ciencia es a la paz del alma lo que el agua a la semilla; con poca se fecunda y con sobrada se anega. Tu vida hasta hoy ha sido aprender lo que habías de huir mañana: desde ahora vivirás entre el mal, evitando que logre corromperte. Tu misión es consolar al que sufre, alentar al que espera, perdonar al que yerra, labrar en tu corazón puerto donde busquen amparo los náufragos del mundo. No hay en la tierra misión más noble que la nuestra. Si la virtud pudiera ser orgullosa, nos sería dado envanecernos; pero hemos de unir a la bondad la mansedumbre, y por altivo nos está vedado el orgullo, como por pueril la vanidad.

Ya ves, Lázaro, qué hermosa perspectiva se te ofrece a la vista. La vida es combate de pasiones, que unas a otras se hieren y lastiman: tú serás de esos hombres que por vocación de caridad se mezclan en la pelea, llevando en su alma la mina inagotable de la piedad y en sus labios el manantial perenne de la esperanza. Así como unos curan las dolencias del cuerpo, otros cuidan de la pureza del espíritu: serás de ellos, y mientras el tuyo permanezca incólume, jamás te faltarán palabras con que infundir a

tus hermanos la fe que te aliente. Cree y te creerán, que nunca inspiró la sinceridad desconfianza. Si la misión es difícil, no ha de ocultársete que la tentación es temible: ya lo irás viendo; pero si algo divino y fuerte hay en el hombre, es la voluntad. A todo has de sobreponerte, temiendo mas la propia indulgencia que la ajena censura. Sé hasta rencoroso contigo por tus culpas, débil hasta la exageración con las del prójimo; que el hombre debe ser tan avaro de virtudes como pródigo de perdones. Si la persecución te maltrata o la ironía te hostiga, recibe a la primera con mansedumbre y a la segunda con piedad; pues si la maldad debe hallarnos pacientes, el sarcasmo ha de inspirarnos lástima; merézcate siempre más conmiseración quien se burle de lo bueno que quien practique lo malo. Por las funciones de nuestro ministerio habrás de hablar al oído de la esposa, y en el tuyo depositará la virgen sus secretos: dí a aquélla que lo sacrifique todo a la paz de la casa, y a esta que todo lo posponga a la paz del alma. Al hereje responderás con la palabra de la verdad, tratándole como amigo perdido que hay que reconquistar, no como enemigo que es preciso vencer, y rezarás por la salvación de quien persista en el

error, pues ya que la religión no sea patrimonio de todos, séalo al menos la piedad. No mortifiques al moribundo con el recuerdo de sus delitos aquí abajo; háblale de sus esperanzas allá arriba. Fe, perdon, mansedumbre: tal es tu lema; el corazón tu escudo, tu premio el reino de los cielos. Si de la violencia que te hicieren hubieses de morir, muere con valor, mas no con aquella calma que puede ser cinismo, sino con esa serenidad que reflejando el tranquilo fondo del espíritu, sirve a los demás de un ejemplo que equivale a un consuelo.

Mas no fuera bueno que te marchases sin tener seguro puerto de llegada. He arreglado todo de manera que entrarás en la corte por tal puerta, que muchos desearían tu posición como término a sus ambiciones. Vas de capellán a casa de los duques de Algalia, señores tan poderosos como buenos. De tus deberes para con ellos nada te digo, mas la humildad de sacerdote no ha de echar en olvido la dignidad de hombre. Tengo por cierto que antes de poco no sabrán a quien mirar con más cariño; si a su venerable eclesiástico o a su discreto y leal amigo. Partirás en breve, y sabe Dios hasta cuándo. Acuérdate alguna vez de mí, y siempre de lo que te debes a ti mismo. Recibe mi

bendición y ojalá te dé ella todos los bienes que la voluntad te desea.

. . . . . .

De allí a pocos días partió Lázaro, y aunque alentado por sus esperanzas no dejó de darle mucho en qué pensar la visible contradicción existente entre los discretos consejos que acababa de escuchar y la vida no muy austera de su tío.

III

Era por aquel tiempo en la corte la casa de los duques de Algalia una de las más ricas y aristocráticas. Su blasón no se había desdorado aún por completo con el roce de las costumbres modernas; sus estados no eran todavía presa de ninguna junta de acreedores y hasta hubiesen podido añadir a su escudo nobiliario algunos rehiletes gallardamente puestos en atrevida becerrada.

Cuanto esplendoroso puede dar la vida contemporánea, cuanto grande son susceptibles de engendrar el refinamiento del gusto y la sobra del oro, se reflejaba en la morada de los duques de Algalia.

Cada uno de sus salones era una pequeña capilla consagrada a la elegancia; el palacio en-

tero un suntuoso templo del buen gusto, enriquecido con detalles dignos de un museo: allí andaban revueltos lo antiguo y lo nuevo, formando ese consorcio extraño, pero armónico, que ofrece la reunión de lo bueno, por distintos que sean los caracteres que revista. No había pieza mal alhajada ni rinconcillo descuidado. Aparte el esmero con que se había atendido al regalo material del cuerpo, la ornamentación indicaba por doquiera el destino de las habitaciones: el gran salón de recepciones estaba decorado con el fastuoso estilo del monarca de Versalles; el comedor de ceremonia cubierto de tapices flamencos; el de familia, con grandes bodegones firmados por manos maestras; el despacho del duque, todo de ébano incrustado de bronce; los aposentos de la hija, tapizados de alegres y sencillas, pero valiosas telas, y los de la duquesa exornados con tal gusto y riqueza que ni el gabinete de raso negro con flecos de sedas multicolores, ni la sala de baño con jaspe y onix argelinos, ni el tocador de azulados cortinajes hubieran sido mejores si los eligiese el arte para albergar a una gran dama en quien fuese aún mayor la distinción que la hermosura; que pisase con menudos pies, como ligera sombra, las aterciopeladas

alfombras y se recostase en los divanes casi sin que los muelles cediesen al suave peso de su cuerpo.

Y así era, en efecto: que ni en la nobleza toda, ni en toda la alta banca, había dama más digna de disfrutar aquellas grandezas que la duquesa Margarita, noble hasta las puntas de sus larguísimas pestañas negras y elegante hasta el claro fondo de sus ojos azules. Era una figura airosa, pero de movimientos lánguidos, como de gata friolera y actitudes sobriamente voluptuosas, como de estatua griega. El traje más modesto realzaba más su hermosura, y con un vestido negro y liso, un grueso ramo de amarillentas rosas en el entreabierto escote, sencillamente recogido el pelo, libres de pendientes las diminutas orejas y sin guantes las aristocráticas manos no había hombre que la contemplara sin darse la enhorabuena por haber nacido. Resta añadir, para mayor encanto de golosos, que Margarita de Oropendia, duquesa de Algalia, aunque tuviese más, sólo representaba treinta años, y era relativamente virtuosa.

El duque, algo apabullado por los excesos de la buena vida y un tanto vaga la mirada por el mucho trasnochar y la afición a los naipes, era todavía un hombre bien plantado, elegan-

te, de educación británicamente escrupulosa en lo que a la etiqueta se refiere, y hasta instruído. No ignoraba, por ejemplo, que Luis XVI fué decapitado, y murió de resultas, ni que Carlos I de Inglaterra tuvo igual suerte, hechos que con frecuencia citaba para probar lo temibles que son las muchedumbres cuando, según su frase, se desbocan. Lo que mejor le caracterizaba era el ardiente deseo de ver satisfecha una aspiración constante de su vida, una exigencia de su imaginación que participaba de la seriedad de la ambición y la pequeñez del capricho: ser senador. La senaduría era a sus ojos el complemento de su nobleza; sería además una ocupación, un pretexto para darse importancia, una satisfacción de su vanidad. Y si pudiera serlo de por vida... ¡Senador vitalicio! Soñaba con sentarse en los escaños rojos de la Alta Cámara, ir en coche hasta la plaza de los Ministerios, apearse lejos del zaguán para cruzar entre filas de curiosos, que murmurasen, "ese es el duque de Algalia„; entrar en el salón de conferencias, andar solo por los rincones como quien medita un plan, estrechar la mano a los ministros, acoger las peticiones de los pretendientes, diciendo "veremos„, o "haré lo que pueda„; y salir después de una votación

exclamando: "¡Los deberes políticos!„ "¡Mi conciencia!„ "¡El partido!„ "¡Las instituciones!...„

Esto basta para apreciar que el duque no era de ideas muy avanzadas; pero, a pesar de todo, podía considerársele como demagogo comparado con su hechicera consorte.

La duquesa era el prototipo de la dama aristocrática, que sólo en las cuestiones del amor y de la moda transige con el progreso. Religiosa hasta la superstición, devota por fe heredada, hipócrita por el qué dirán, e intransigente por decoro, adoraba la misa en que estrenaba un traje, la Semana Santa en que, tan guapa como el año anterior, pedía para los pobres, o la novena que facilitaba una cita. Mientras rezaba se complacía en bajar y subir la mirada, como jugueteando con los párpados, gozándose en dar alternativamente luz y sombra a los que la rodeaban. En sus relaciones con el gran mundo, tenía ese tacto supremo que sabe mortificar sin ofender, y que consiste en admirar a las gentes virtuosas sin comprometerse a imitarlas ni indisponerse jamás con los que pecan. Vivía entre el *beau monde*, formaba parte integrante de la *high life*; el pueblo le atacaba los nervios; huía de la multitud por miedo al

mal olor, y si en otros tiempos la hubiesen llamado *ciudadana*, habríase muerto del susto. La palabra *Revolución* no evocaba a sus ojos más figura que la de María Antonieta prisionera en la Conserjería, y en la más leve agitación política veía carreras, tiros, desaguisados y atropellos. Para ella, ser de origen humilde no era una falta, pero sí una mancha, y aunque trabajar le parecía muy honrado, tenía por loca la pretensión de querer elevarse encalleciéndose las manos.

El duque transigía, en cierto modo, con el espíritu moderno: había comprado bienes nacionales, lo cual le hacía relativamente liberal; era individuo de varios consejos de administración de sociedades de crédito; viajaba con billetes de libre circulación; defendía las instituciones; hablaba del turno pacífico, y se llamaba conservador. No admitiría nunca que un astista pudiese ser su igual; pero, por benevolencia, protegía las artes cuando no le salía muy caro. Daba al trabajo mucha importancia, no hacía nunca nada, admitía las concesiones al talento, y se explicaba el otorgamiento de un título a quien supiera enriquecerse.

La hija de este matrimonio era un progreso vivo sobre sus padres: entre un rico tonto,

apergaminado, achacoso, y un mozo de buena estampa, pero pobre, prefería bailar con el segundo, y en sus ambiciones de muchacha optaba por vivir acompañada de un hombre a quien quisiera, antes que por la boda con un heredero escrofuloso de respetabílisima alcurnia. Estas ideas hicieron, sin duda, que no se enojase cuando empezó a mirarla amorosamente cierto individuo, que por aquellos días atrajo a sí los elogios del país entero: un joven que en una reunión política había, con un discurso de extrema izquierda, conmovido la opinión y entusiasmado a las gentes: hizo el duque que se lo presentaran, no por rendir tributo al mérito, sino por tener en sus salones al hombre puesto en moda; y de esta suerte, sin que ninguno de entrambos lo buscara, llegaron a conocerse y tratarse Félix Aldea y Josefina de Algalia.

Así estaban las cosas cuando, en pleno invierno, es decir, en la época de más fiestas, bailes y recepciones, el mayordomo de los duques fué una mañana, por orden de sus amos, a la estación del ferrocarril a esperar al nuevo capellán que había de sustituir al anciano sacerdote muerto pocas semanas antes. Adivinóle por los hábitos al bajar de un vagón, y acer-

cándose a él, previos saludos y frases que puede figurarse quien desee más pormenores, le llevó al palacio en un simón, y presentóle a los duques. Recibido por éstos como exigía la hidalguía en tan grandes personas, y en él lo respetable de su ministerio, le acompañaron hasta la habitación que le estaba destinada, le enseñaron la capilla, encargaron al mayordomo y al administrador que le respetasen y sirviesen, y sin más conversación quedó instalado Lázaro en casa de los duques de Algalia.

Al separarse del joven sacerdote, preguntó la mujer al marido:

—¿Qué te parece?

—Muy joven,—contestó el duque;—pero no habíamos de estar más tiempo sin capellán, y cuando el obispo le recomienda, bueno será.

¡Capellán! Este era el puesto que había de desempeñar. Nadie le había dicho todavía que era como un criado más en la cocina o un caballo nuevo en las cuadras, un simple artículo de lujo. Debía decir la misa todos los días muy temprano y mucho más entrada la mañana cuando la duquesa no quisiese salir a oirla fuera de casa. No se hace especial mención del duque, porque éste era de los católicos que no practican.

Tan poca y breve ocupación dejaba a Lázaro el día libre; de modo que siendo grande su curiosidad por conocer el nuevo centro en que vivía, y fáciles los medios de satisfacerla, pronto empezó a observar y pensar sobre cuanto veía, desentrañándolo y analizándolo todo.

Al cambiar de medio social, al sentirse sacado de su esfera, y verse solo de repente en el torbellino del mundo, cada mirada producía en él una observación y cada observación un juicio que, chocando frecuentemente con sus propias ideas, las destruía o alteraba. Creyente sincero y de entendimiento poderoso, apoyado como en fuerte palanca en su ideal, comparó y juzgó las cosas de la vida.

Traía en el alma esa profunda fe que, a semejanza de ciertas piedras preciosas, va siendo más rara cada día. Sus preocupaciones tenían por lo ingenuas algo de sagradas, y libre de toda mira interesada, venía a nueva existencia, aplicando para examinarla, aunque con el espíritu de otros siglos, la más recta imparcialidad. Tranquilo, puesto el ánimo en Dios y la esperanza en el deseo de saber, tendió la vista en torno suyo; pero como ave obligada a volar demasiado alto, sus ojos se deslumbra-

ron, sintió el vértigo que da la altura, y faltó aire a sus pulmones oprimidos.

Como llegan tardía y débilmente al oído los ecos de la tormenta lejana que va aproximándose por instantes, sintió Lázaro ir llegando a su alma vagos presentimientos de dudas y zozobras, misteriosos anuncios de un porvenir preñado de lágrimas e insomnios.

¿Qué era aquello? ¿Qué sombras comenzaban a turbarle? ¿Qué temores iban girando en derredor de su imaginación como fieras que se pasean en torno de la presa? ¿Era que empezaba a aspirar el hedor de los pantanosos lodazales de la tierra, o acaso que, sintiendo el yugo opresor de la materia, tenía ya su espíritu la nostalgia de la inmortalidad?

Era que cuanto había aprendido y creía, estaba en contradicción con la realidad. Llevaba dentro de sí una llama que no podía brillar en aquel nuevo ambiente. Sus estudios fueron ancha base a tantas cavilaciones; el espectáculo del mundo, cebo que incesantemente las provocaba. Cada día le trajo una lección, cada hora el agrio fruto de un anticipado desengaño.

El tiempo fué pasando por él como la onda sobre el lecho del río, haciendo la superficie

más tranquila, pero agitando el fondo y profundizando el cauce. Es imposible pintar la invasión lenta y gradual en su alma de las cosas y los errores mundanos. Sería más fácil penetrar en las entrañas de la piedra y sentir la secreta atracción de la cohesión y la fuerza, o escuchar el latido de la planta en que la evolución tiende a la vida. Cuando su inteligencia quería bucear en lo hondo de su pensamiento, le veía poblado de formas extrañas que le hostigaban con las maldecidas preguntas de la duda. Semejantes a estrellas que se extinguen, fueron nublándose sus esperanzas, y su fe fué perdiendo lentamente la virginidad, como la nieve pierde su blancura puesta en contacto con la tierra.

IV

Apenas hacía un año que Lazaro estaba en casa de los Algalias, y ya se había captado todo el afecto que puede inspirar el que sirve a quien le paga su salario. La duquesa simpatizó con él como simpatiza la debilidad con la indulgencia: el duque vió, ante todo, en su capellán un hombre que sabía guardar las distancias, y la niña, querida de sus padres con ese cariño de los poderosos, quizá algo frío porque no impone sacrificios, encontró en Lázaro un alma dispuesta a comprender las impresiones que en los albores de la vida se alzan en el corazón de la mujer. Para los duques era una figura que, sin salirse de su esfera, contribuía al tinte aristocrático de la casa: la hija, como más joven menos sujeta a preocupaciones, sólo

se daba cuenta de que, mozo o viejo, noble o plebeyo, había cerca de sí un sér respetable por su ministerio y digno de estimación por sus prendas.

La inteligencia con que el joven sacerdote iba leyendo cada vez más claro en las cosas de la vida; el carácter con que disculpando el error insistía en lo juicioso, y su buen corazón, merced a cuyo generoso impulso sabía hacer dulce la misma severidad, constituían en Lázaro una personalidad extraña, sencillamente buena, tan digna de estudio en su candidez como otras por su originalidad o extravagancia: y Josefina, para quien su padre era un socio del Casino que venía a dormir a casa, que no miraba en su madre sino la encargada de satisfacer frívolos caprichos, ni veía en el aya más que una criada con vestido de seda, fué poco a poco acercándose a él, movida simultáneamente de la necesidad de un amigo para su soledad, de la simpatía que inspiraba el hombre y el respeto que infundía el clérigo.

Algunas mañanas, cuando el tibio calor primaveral parecía reconcentrarse en la gran estufa de cristales que, poblada de plantas raras y hojarascas exóticas, se alzaba en el jardín, Josefina y Lázaro se encontraban en ella, fiján-

dose la niña en las camelias que podría cortar para lucirlas a la noche, entregado el sacerdote a sus rezos. Atraídos uno hacia otro, se sentaban en los escabeles de hierro, olvidándose la mujer del galanteo escuchado la víspera, y el hombre del libro que le acompañaba. La reseña de un baile o la noticia de otro, el proyectado enlace de una amiga, un cuento de la villa, lo que dijo una visita, un pensamiento de caridad, servían de motivo a las conversaciones. Relegado insensiblemente a segundo término lo que daba margen al coloquio, el cura y la muchacha conversaban amigablemente, depurando, casi sin saberlo, lo que de terrenal tenía el comienzo de su diálogo: y nunca bastardeó aquellos dulces esparcimientos cosa rayana en lo ridículo; que ni la candidez de la mujer tocaba en la *sensiblería*, ni la discreción del hombre llegaba a parecer afectada. Todo era natural hasta tal punto, que si alguna vez traspusieron la imaginación o el labio los límites de lo prudente, no entendió la pureza el desmán ni pudo recogerlo la malicia. Quizá pensando alto llegaron uno u otro a decir lo que hubiese parecido escabroso a un tercero; pero la torpeza, si de sus bocas salía, brotaba con tal ingenuidad, que realmente la voluntad

era tan irresponsable como la ignorancia. Josefina vertía sus ideas en el ánimo de Lázaro como la tierra deja brotar el manantial, confiadamente, sin esfuerzo, y él la escuchaba más cuidadoso de evitarle los errores que de confirmarla en las verdades. Andando el tiempo, e intimando el trato, llegaron a sentirse atraídos por la genial bondad del sacerdote cuantos habitaban la casa; pero siempre fué Josefina quien, verdaderamente encariñada con él, parecía gozarse más en frecuentar su compañía.

En cuanto a la madre, su desmedido afán de brillar en fiestas y saraos, su gozo en ajar la vanidad de las amigas, hallaban siempre respetuoso, pero claro correctivo en la palabra del cura, obrando éste tan discretamente, que sus frases podían parecer a la duquesa avisos de su propia conciencia. Si el sacerdote hubiera pecado de autoritario, habríase librado de él Margarita, sin más que despedirle con cualquier pretexto; mas como era el ingenio del hombre quien obraba, dejando en la sombra su carácter de clérigo, poca defensa cabía en ella contra advertencias que fuera absurdo haber rechazado como ataques. Hasta los criados contenían la murmuración soez y maliciosa cuando en sus conversaciones se pronunciaba

el nombre de Lázaro, pues no viendo en quien le llevaba sino virtudes sinceras, tenía la baja lengua que callar aun estando tan diestra en maldecir.

Así se deslizaba el tiempo para Lázaro, que, impensadamente tal vez, desvió sus miradas del mundo para fijarlas en lo que más de cerca le rodeaba. Habíanle pintado el mundo como asiento de todo error, cuando no es sino el campo de la batalla librada por el bien y el mal; pero el espectáculo de esta lucha le bastó para sufrir mucho y al sufrir su ansia instintiva de consuelo, sin que en ello interviniera la malicia, tomó forma de mujer. A cada desengaño, a cada decepción, cerraba los fatigados ojos, prefiriendo la tristeza de la sombra a los resplandores del mal, y al cerrarlos quedaba como fotografiada en su pupila la imagen de Josefina destinada a ser juntamente el más grato ensueño y la más horrible pesadilla de su vida. La buscaba sin darse cuenta de ello; la echaba de menos sin sospecharlo; deseaba verla y hablarla como desea la dicha el acostumbrado a la amargura. Las mañanas en el jardín, los paseos en el invernadero, las tardes del lluvioso otoño pasadas ante los balcones del gabinete mirando estrellarse y correr las gotas de

agua por los empañados vidrios; todos los momentos en que veía trasparentarse al fondo de las pupilas de Josefina la ternura de su alma, le hacían gozar de una manera tranquila, sin que su propia naturaleza varonil le llevara a pensar en otros halagos ni promesas. Se deleitaba en la contemplación de la mujer como la fría estatua de una fuente parece recrearse entre las ondas que la ciñen. Placer, peligro, dicha, dolor, todo lo tenía a su lado; y él, como invadido el espíritu por sólo un impulso, no sentía más que la admiración de la belleza en lo que tiene de ideal, sin que nunca llegarán los deseos a hostigarle con su aliento de fuego. Si la prudencia tenía las alas cortadas al deseo o la castidad sujetaba a la naturaleza, ni él mismo lo sabía; que no sintiendo torpeza, no tuvo ocasión de combatirla. Pero en el silencio de la noche, cuando todos dormían, tras el bullir de las cenas o el tragín de los bailes, Lázaro con la cabeza entre las manos, caído a sus pies el libro de rezo y rota la oración en los labios, sentía el alma invadida de esos misteriosos efluvios que nunca engendra la piedad religiosa, porque sólo brotan cuando saboreamos la esperanza de la propia ventura. El sueño o el cansancio le rendían luego, hundiéndole en

los abismos de la nada, y su imaginación descansaba hasta que, al despertar, la esbelta figura de la niña flotaba de nuevo ante sus ojos, turbando la primer plegaria del día. En más de una ocasión la imagen de la Virgen grabada en el devocionario pareció alterarse y trastornar sus rasgos, adquiriendo el rostro divino las facciones de la mujer amada. Sus alucinaciones, aun tomando forma de impiedades, no llegaron a mancharse de lujuria; pero poco a poco la voluntad, capaz de dominarlas, iba dejando de ser lo suficiente poderosa para evitarlas.

Nadie, sin embargo, supo sus sufrimientos. La misma Josefina, ídolo de aquel culto, no sospechó que bajo la pobre sotana del capellán de sus padres empezaba a realizarse la misteriosa génesis que se cumple cuando el amor dice cerca de un alma: "sea hecha la luz".

Sencillo, afable, blando con los criados, respetuoso con los señores, sin salirse de los estrechos límites que su situación le marcaba, acabó Lázaro por ser en casa de los duques el más querido de cuantos la habitaban. Lo indulgente que con las culpas era, hacía creer a los culpables que permanecían sus faltas casi ignoradas, y si trataba de corregirlas, nunca

las reprendía ante tercero, sabiendo que nada se remedia empezando por lastimar el amor propio.

Esta bondad, unida a su carácter religioso, le daba entre las gentes de los Algalias una consideración a que los mismos duques no podían sustraerse, viendo hermanados en Lázaro la mansedumbre del sacerdote y el ingenio superior del hombre. Quien más le quería, por ser quien más íntimamente le trataba, era Josefina, la cual había ido poco a poco, coloquio tras coloquio y confidencia tras confidencia, abriéndole su alma; pero sin dejarle conocer jamás el alcance de lo que sentía, quizá porque ella misma no se diese cuenta exacta de su verdadera índole.

V

Cuando Félix Aldea fué presentado en casa de los Algalias, el duque le recibió con la afabilidad que un caballero de su clase se cree obligado a tener con el hombre puesto en moda por la opinión y la prensa. La duquesa le agasajó con esas distinciones que guarda la mujer bonita para quien rinde pleito homenaje a su hermosura, y Josefina, acostumbrada a la trivial conversación de gomosos insulsos, sintió hacia él profunda simpatía. Viendo en Félix un muchacho cortés sin afectación, galante sin lisonja, discreto sin esfuerzo, que sabía hablar de cosas serias sin hacerse enojoso, ser franco sin pecar de atrevido, y comparándole involuntariamente con los demás que la cortejaban, llegó a preferirle cuando ya en su alma, sin que

ella lo advirtiera, iban despertando las sensaciones que al amor preceden, al modo que en una habitación cerrada se deslizan las primeras claridades del día.

Aquella especie de amistad, severa y dulce al mismo tiempo, que unía a Josefina con el cura, la sirvió para una transformación extraña; pero lo que Lázaro había provocado en la niña, más que una transformación era el desarrollo de cuanto fecundo puede haber en el corazón humano. Poniéndola en condiciones de distinguir, casi intuitivamente, lo bueno de lo malo, cumplió la preparación necesaria en ella para apreciar la diferencia que existía entre hombres como Félix Aldea y caballeretes como los que hasta entonces había tratado. Con todo lo que de Lázaro escuchó, de sus instintos, sentimientos, ideas y juicios, se formó Josefina una imagen que, sin llegar a personificarse en una figura, prestó a las impresiones la suficiente cohesión para engendrar la aspiración indeterminada de un ideal en que se daban juntas las buenas cualidades del cura y las promesas de futura dicha, ya evocadas en el corazón de la mujer. Para realizarlas estaba Lázaro incapacitado. Ni por un momento cupo en Josefina la idea de que coexistieran en él las

dos personalidades de hombre y sacerdote; pero cuanto se desprendía de su trato vino a formar algo como la fórmula de la ventura soñada, la profecía desinteresada de bienes que él no podría otorgar, pero que en él estaban visibles a los sentidos, aunque negados para siempre a la posesión o al goce. Él fué el primero en guiar a la virgen por los misteriosos senderos que llevan de la pureza a la ignorancia y de la ignorancia a la curiosidad, haciéndola salvar con la imaginación el límite marcado a la candidez por la sospecha: él infiltró, sin saberlo, en el espíritu de la niña esa inquietud secreta que dan las grandes crisis de la vida. Todo aquello con que Lázaro la había moralmente seducido, lo superior de su inteligencia, la atracción sobre ella ejercida, cuanto discurría y le daba expresado en frases de sencillez grandiosa para que ella viese clara la poesía del bien y del amor, contribuyeron a que Josefina, llevando a otro sus miradas, se fingiera un espejismo moral en que objetivó sus ilusiones, llegando a concebir una entidad en que palpitaron vivas todas aquellas perfecciones que la sotana del cura hacía estériles. Lázaro fué el eslabón a cuyo roce salta la chispa de que otro se aprovecha.

A poco de frecuentar Aldea la casa de los duques, empezó a dibujarse la índole del afecto que inspiró a cada uno de los tres individuos de la familia. El duque, en un principio ceremoniosamente obsequioso, con la cortesía del caballero que se complace viendo en su casa al personaje del día, pensó luego que bien pudiera serle útil en el porvenir la amistad de aquel hombre nacido apenas a la vida pública, y objeto ya de tantas conversaciones. Su propio valer y la suerte de su partido, la fortuna o la casualidad, podían alzarle a una posición en que su influjo fuese halago para la vanidad, o mina para la codicia. Y el duque era de los que, llevando previsoramente muy lejos sus ideas, echan cuentas sobre lo que pueden producir los amigos. No ignoraba que todo hombre es útil en algún momento de su vida, y que ese es el instante que debe aprovecharse. Pensó en la senaduría, y añadió para sus adentros: "¡Quién sabe!„ Desde que tal idea cruzó por su mente, le empezó a distinguir sobremanera; dejó de llamarle Aldea, y tomó la costumbre de llamarle Félix„.

La duquesa, que al principio no sintió hacia él sino la gratitud de la hermosura para con la galantería, fué apreciándole luego como uno de

esos hombres con quienes la coquetería es un juego muy peligroso: la dama, avezada a la lucha de la audacia contra la belleza, adivinó un adversario terrible si llegase a atacarla. Pero nadie notó que Aldea la cortejase. Sus conversaciones tenían ese carácter de afectada cordialidad que da barniz de amistad al trato de personas indiferentes; sus amables futilidades parecían exigencias del círculo que frecuentaba; sus galanterías imposición trazada por la urbanidad de los salones. Tal vez a solas se entretuvieron en discreteos pecaminosos, pero nadie llegó a pensar mal; ni la expresión de lo que él decía daba lugar a sospecha, ni la manera de escucharle ella significaba disimulada alegría. Tal vez en medio de una fiesta, muellemente sentada la duquesa, vuelto hacia atrás el rostro, recatándose entre el plumaje de su abanico y apoyadò él en el respaldo del sillón que ella ocupaba, se encontrasen una frase y una sonrisa, como se encuentran el delito y su premio; pero el descuido, si lo hubo, de nadie fué notado; quedaron secretos los latidos que hicieron levantarse el raso a impulso del corazón, y quedó ignorada la secreta alegría de quien lo hizo palpitar. Quizá si se acercaron fué impelidos por la sacudida que agita los ner-

vios en medio de la viciada atmósfera que forman las mentiras oídas, los perfumes aspirados y los resplandores que deslumbran; fueron acaso como la rama que se inclina sobre el río mientras la violencia de la corriente alza la superficie del agua, sin que pueda notarse si los tallos la buscan, o es ella la que sube hasta mojar sus hojas.

Nada había en ellos que autorizase al mundo para suponerles unidos por un lazo más estrecho que el de la superficial amistad engendrada con el trato del medio social en que vivían. Existían en cambio poderosos indicios para suponer que, si algún exceso de galantería mostraba Félix Aldea hacia Margarita de Algalia, no eran enteramente desinteresadas sus intenciones. Cuando se le veía hablando embelesado con Josefina, los ojos recreándose en la contemplación de su belleza, mudo y como absorto unas veces, animado otras hasta la locuacidad, comprendíase el por qué de tales dulzuras y complacencias para con la madre de aquel tesoro de discreción y hermosura. La solicitud con que a la duquesa atendía se explicaba por el afán de acercarse a su hija: tratando de hacerse agradable a Margarita, parecía solicitar la venia para otros diálogos en

que de antemano era la plática tenida por más dulce y amena, pues Josefina cada vez se le mostraba más propicia.

Era la vez primera que Josefina escuchaba con gusto las frases galantes y las palabras cariñosas de un hombre. Cuantos hasta entonces la cortejaron, no supieron disimular bien el impulso que les animaba: unos sólo vieron en ella lo que inmoral y descaradamente se llama *un buen partido*; otros la esperanza de satisfacer con sus amores una vanidad pueril: las pretensiones de aquéllos fueron siempre rechazadas con repugnancia; las de éstos miradas con desprecio. Josefina, incapaz de querer a nadie interesadamente, no admitía la idea de ser ambicionada por su oro, y sobrado discreta para confundir pruebas de amor con requiebros de salón, desoyó igualmente a los que la pretendían por su dinero y a los deseosos de preferencias en que fundar vanidades. Ni quiso prestarse a ser materia de contrato, ni pudo oir con paciencia las frases triviales, mejor o peor dichas, pero siempre falsas, con que el hombre pretende atraerse sonrisas y provocar miradas que pueda pregonar como favores. Mas cuando puesta en contacto con Félix Aldea apreció su valer y notó su inclinación por ella,

se fijó primero, pensó después, y finalmente llegó a decirse que aquel hombre joven y juicioso, hermoso y varonil, obsequioso sin afectación, galante sin lisonja, era quien mejor merecía, si no su amor, al menos esa simpatía que la mujer dispensa como prólogo de más dulces concesiones. Tal vez le pareció demasiado engolfado en sus aficiones políticas; no se ocultaba á sus ojos que absorbido por la vida pública, la tranquila dicha del hogar sería en su existencia lo secundario; pero también apreciaba claramente la diferencia inmensa entre un hombre que daba el pensamiento a deseos de gloria y los figurines movibles que hasta entonces la rodearon. Cuando, cansado por las luchas del mundo o abatido por los reveses de la suerte, Félix buscara en el hogar fuerzas y consuelos, ella, con los brazos abiertos, le brindaría reposo, y con sus frases de cariño le infundiría la poderosa fe que el temple de las grandes almas sabe trocar en energía. Cuando la rápida pulsación de la impaciencia atormentara sus esperanzas, palpitaría también con ellas; la alegría de los triunfos sería para ambos, y la fama que se conquistase para él solo: se contentaría con un beso el día de las victorias, endulzaría con una palabra las

amarguras, y lejos de pensar que el matrimonio es *el egoísmo de dos*, sus ensueños de ventura se lo hicieron vislumbrar como la abnegación de uno solo.

Josefina no amaba todavía a Félix. Ni le conocía lo suficiente para cifrar en él todas sus esperanzas, ni la había tampoco hablado en esos términos que hacen recíproca la ternura. Sus finezas y palabras amables no fueron nunca lo bastante explícitas para provocar respuestas claras: él no parecía poner empeño en obtenerlas; ella, sin acertar a desearlas, las temía, pues si las conversaciones con Aldea pudieron servirla como medida de su valer intelectual no estaba igualmente segura de sus cualidades morales. Su trato le parecía cada vez más ameno, mayor su ingenio; pero no dejaba de observar que en todas sus conversaciones se quedaba corto, temeroso de pronunciar palabra en extremo arriesgada, cuidando siempre de evitar frases que no pudiera recoger. La perspicacia mujeril la prestó adivinación, y así fué advirtiendo que aquel hombre tenía su corazón repartido entre un amor naciente y otro sentimiento más vivo, más avasallador y poderoso.

Aldea no perdía ocasión de dar a entender

en público su amor por Josefina: en las recepciones de su casa, en bailes, teatros y saraos se complacía en mirarla de ese modo que, prodigando expresión a los ojos, entera a las gentes de lo que uno calla. No se recataba para decir a quien quisiera oírselo que con ella sería feliz; a nadie llegó a permanecer oculta aquella inclinación. Los padres de Josefina se enteraron de todo antes que los extraños, pero ni la duquesa procuró evitarlo, ni el duque dió a la cosa gran importancia. Su hija era joven, rica y hermosa: nada tenía de particular que gustara a los hombres: Félix Aldea era un admirador más.

Sólo la interesada reflexionaba sobre su propia situación, procurando, a pesar de la ternura de que se sentía poseída, dominarse, ver claro y leer en el alma de aquel hombre.

Sin bastante conocimiento del mundo ni experiencia para explorar a Félix provocando atrevidamente explicaciones francas que pudieran ser indecorosas; sin coquetería que desconcertándole le hiciera venderse, Josefina sintió la falta de una persona amiga, leal, inteligente, que aconsejara su incertidumbre y gobernara su timidez convirtiendo la misma debilidad en arma poderosa. Por fin, aunque

luchando con dificultades y dudas, a fuerza de pensar en aquel hombre, creyó ver determinado y fijo el rasgo que caracterizaba su extraña conducta. Cuando Aldea la tenía en público cerca de sí, hacía marcados, aunque prudentes esfuerzos, porque le vieran enamorado de ella; pero cuando podía hablarla sin testigos, callaba o daba a la conversación los giros rebuscados de una tranquilidad afectada, huyendo cobardemente toda explicación de carácter íntimo. ¿Era esto el miedo natural de quien, deseando una dicha, vacila en pedirla temeroso de escucharla negada, o era un modo de implorar piedad?

Con tales dudas tropezaba Josefina al fin de todas sus cavilaciones.

VI

Llegó el día del santo de la duquesa y, como de costumbre, se festejó con una comida, que si tuvo sus puntas y ribetes de banquete no careció de aspecto familiar, pues sólo asistieron a ella los más asiduos amigos de la casa, incluso Félix Aldea, y el joven capellán.

Esmeráronse en prepararlo todo los criados, inspeccionándolo minuciosamente el mayordomo, y a la hora fijada estaba puesta la mesa, que juntamente daba muestra de la calidad de los dueños y del cuidado de la servidumbre.

Un manojo de flores, presas en rico vaso de Bohemia, ocupaba el centro: la cubrían blanquísimos lienzos con letras y escudos primorosamente bordados; relucía sobre ellos la limpia plata; a las copas de diversas formas y ta-

maños esperaban los más preciados vinos, y la luz de las lámparas iluminaba aquella lujosa sencillez, mientras sólo el continuo tic-tac del reloj rompía el silencio del comedor, como llamando a convidados y dueños. Oíanse por las habitaciones inmediatas, a un lado el murmullo de la conversación de los que esperaban, a otro el ruido que producían con sus últimos preparativos los criados.

Las personas convidadas eran pocas, pero dignas de ser citadas. Además de Aldea, colocado no se sabe por qué previsora disposición a la izquierda de Margarita, estaban cuatro señoras y dos caballeros. La condesa de Busdonguillo, ahora dama elegantísima, en otros tiempos señorita cursi de las que se pasan las primaveras en el Retiro, los veranos en el Prado y los inviernos en torno de una camilla con lámpara de petróleo haciendo flores de trapo o redondeles de *crochet*, mientras alguno de los presentes cuenta lo que en la corte se dice cuidando de disfrazar la crónica escandalosa de modo que no dejen de enterarse las niñas de la casa. Conoció al conde cuando éste siendo muy joven acababa de perder a sus padres; se dejó abrazar varias veces en la penumbra de un pasillo, negándole siempre otros favo-

res; y un día, entre los enojos de una sesión de celos y las alegrías de una reconciliación, hizo que su madre dijese al muchacho: "Pronto nos darán ustedes un buen día„. Poco años después el conde tiró por un lado, la mujer por otro, y hoy viven en la mejor armonía, ella disponiendo *sus martes*, y él amueblando casa distinta cada año a una pecadora de moda.

Frente a la de Busdonguillo, para mortificarla con el espectáculo de su lujo, colocaron a la señora de Alzaola, hija de una nobilísima familia que se vió obligada a casarla con un pollo imberbe, gracias a no se sabe qué cuentos y calumnias, según los cuales la niña tuvo que ausentarse durante un año de la corte para pasarlo en compañía de una tía pobre que vivía en un cortijo de Andalucía. Cuando, transcurridos dos años, el matrimonio volvió a Madrid, trajo en su compañía un precioso niño, que murió poco después de garrotillo mientras su madre estaba en un baile. En la actualidad la señora de Alzaola es individua de varias juntas de beneficencia a las cuales hace con frecuencia donativos de consideración que anuncian los periódicos, y suele pagar a su lavandera con bonos de los que el Ayuntamiento reparte para que se distribuyan entre los pobres.

Otra de las invitadas era Pura Menguado, una casi niña, de diecinueve años, sobrina de la de Busdonguillo. Tenía el pelo de un negro azulado por lo intenso, el rostro de una palidez clorótica, los pómulos salientes, algo caídos los labios, y los ojos de un mirar despreciativo y lánguido como de heroína de novela que no ha encontrado todavía su ideal en la tierra. Se levantaba a las tres, almorzaba, iba en coche a paseo, se vestía a las ocho para comer, volvía a vestirse a las nueve para ir a la ópera, engalanábase de nuevo para dar una vuelta por algún salón de buen tono, regresaba a su casa a las cuatro, se entregaba a la lectura de novelas francesas hasta las ocho, y dormía hasta la hora de levantarse para repetir las mismas operaciones. Pura, que era renombrada por su extranjerismo en el vestir, llevaba aquel día un vestido de raso negro, de mangas cortas, muy ceñido y muy largo, con volantes de ancho encaje azul, un collar de perlitas, medias de seda negra, zapatos de raso con la punta algo encorvada, y el pelo, recogido *à la vierge*, con horquillas de cabeza de brillante.

La cuarta señora era la generala viuda de Pillote. Tendría cincuenta años, pero a media luz representaba treinta y cinco; estaba hacía

tiempo en relaciones con otro general a quien el difunto legó sus bandas y placas en prueba de buena amistad; se dedicaba mucho a las cosas de iglesia, hacía novenas, y creyendo que esto no podía ya ponerla en ridículo, vestía imágenes. Después del general, su pasión eran las amigas, a quienes siempre aconsejaba lo mejor, y las conversaciones en que se hablaba del decoro.

Los hombres merecen párrafo aparte.

Don Juan del Cupón era un señor muy rico, asociado con un marqués que no lo era menos, para prestar dinero a menores con escrituras de depósito como garantía. Cuando los muchachos que recibían el préstamo no se pegaban un tiro y sus padres se veían amenazados por la deshonra, el señor de Cupón transigía el asunto, viniendo siempre a quedar en sus garras lo menos el sesenta por ciento al año. Fué diputado de una mayoría reaccionaria y contribuyó poderosamente a varias peregrinaciones católicas.

Arturito Galeolo era un chico que frecuentaba las mejores casas y las peores mujeres de la corte: tenía dos hermanas jamonas muy guapas, algo extravagantes en el vestir, de conducta dudosa y a quienes acompañaba a todas

partes. Puede decirse que no tenía personalidad propia: todo el mundo le llamaba del mismo modo: "el hermano de *la pareja*"; nombre con que Madrid entero designaba aquellas elegantes y ex jóvenes señoritas.

El último convidado de los duques era un antiguo periodista, amadamado y maldiciente, ducho en dos especialidades, merced a las que vivía haciéndose lado en todas partes. Poseía un repertorio completísimo de narraciones de disgustos conyugales entre lo más acomodado de la sociedad, que se complacía en contar oportunamente, y escribía revistas de bailes, detallando los trajes y prendidos de las damas. Llevaba las patillas teñidas de rubio y afeitado el bigote, que empezaba descaradamente a blanquear. Decían las gentes que algunas encopetadas señoras le habían pagado con dulzuras infinitas, más que los elogios a ellas, las censuras para otras. Tenía, además, otra particularidad: recibía toda su correspondencia en la redacción; no se pudo averiguar dónde vivía; se llegó a saber que tenía en una pobrísima casa una mala cama, un gran lavabo con muchos frascos, tintes, pomadas y cosméticos, y una percha cargada de ropa, pero nádie logró ser recibido por él.

Sentáronse los duques con sus comensales, ateniéndose más a la confianza que a la etiqueta, y se comió luego como se comía en aquella casa cuya mesa era uno de los mejores altares que pudo desear la gula. Mucho permitía su riqueza a los de Algalia; pero más valía su exquisito modo de elegir: eran de los pocos que saben comer, cosa harto difícil de aprender, porque sólo a gente rica está reservada su experiencia.

La conversación versaba sobre todo aquello que sin ofensa podía decirse ante una niña como Josefina y un clérigo como Lázaro; pues si ella contenía la libre lengua cortesana con su aspecto de pureza, bien se echaba de ver que el cura era un cura digno de sentarse donde cualquier grande o virtuoso se sentará.

Pasando de unas cosas a otras, se llegó a lo que era objeto de diversos comentarios por aquellos días: el estreno de un drama de esa escuela que, inspirada en la realidad, lleva a la escena nuestra propia vida y nuestras miserias, haciendo al teatro espejo donde las figuras que se mueven en la acción fingida, son, según su virtud o su torpeza, ejemplo de unos y escarmiento de otros. Servía de base al drama el manoseado problema de la falsa posición

creada por la sociedad al hijo natural, y el autor atacaba duramente ciertas hipocresías, que serían ridículas si no tuvieran marcado carácter de intrasigencia odiosa.

La generala Pillote se mostró desde luego partidaria del perdón para la madre. La de Alzaola sostuvo que la mujer que faltaba era porque quería faltar, idea que hizo sonreir a algunos de los presentes. Purita Menguado se deleitaba oyendo todo aquello que tenía todavía, en cierto modo, para ella el encanto de lo desconocido; y sólo en cierto modo, porque era una de esas niñas vírgenes que nada ignoran teóricamente, pero que se consumen procurando saber cuál será en la práctica la aplicación de sus conocimientos poco castos. La de Busdonguillo callaba y comía, no porque se acordara de que nadie puede tirar la primera piedra, sino considerando oportunamente que hay casas con tejado de vidrio.

Menos Josefina, que no podía explicarse todo el alcance de la conversación, todos tomaron parte en ella mostrando su opinión; unos acaloradamente, con tibieza otros, como quien ignora la de los dueños de la casa y no quiere desagradar; éste hablando en nombre de la moral ultrajada, y aquél tratando de

darse por ingenioso, mientras alguno comía en silencio, riéndose para sus adentros en general de la virtud, y en particular de los virtuosos. Guardaba silencio la duquesa, que, como mujer de mucho mundo, sabía los peligros que rodean a su sexo, y callaba también el cura, pensando que era excusado hablar cuando todos debían suponer que sólo en nombre de la misericordia podría hacerlo. La conversación quedó limitada al duque y Félix Aldea: el primero, apurando cuantos lugares comunes y frases hechas acoge la intransigencia disfrazada de moralidad, repetía los argumentos ideados por todos los que, afectando desconocer el origen de muchas faltas, son exigentes para que se les tenga por justos: Aldea decía que la madre es disculpable muchas veces, y los hijos inocentes siempre. Con sencillas razones, sin artificio ni esfuerzo, demostraba que la severidad en las costumbres no debe rayar en crueldad, y que, como más consolador, debía preferirse el perdón al desdén con que suelen mirarse en el mundo faltas que tienen mucho de desgracias. Defendíase y alzaba el duque la voz como aquel a quien van faltando armas; respondíale Félix tranquilo, al parecer, pero en realidad con vehemencia, hasta que el du-

que, formulando torpe y rudamente su modo de pensar, exclamó:

—Quizá tenga usted razón. Convengo en que el perdón es muy cristiano y muy humanitario el olvido; pero yo no daría nunca una hija mía a un hombre nacido en tales condiciones.

Si alguien hubiera tenido entonces fija la vista en el rostro de Félix, le hubiera visto demudarse; mas nadie notó que aquel hombre frunciera un instante el entrecejo o se violentase para no decir lo que desde el fondo de la conciencia le mandaba la dignidad ultrajada. Solamente la duquesa, que oyó la frase de su marido, se conmovió; pero supo callar, comprendiendo que había escuchado una torpeza irremediable.

Aldea se contentó con dar por terminada la discusión, y acabó de tomar tranquilamente su café, limitándose a decir:

—Estoy seguro, señor duque, de que nuestro querido don Lázaro sería menos cruel que usted.

—El capellán no es aquí buen juez;—replicó Algalia,—ni puede entender de esto, porque no puede tener hijos.

Lázaro no desplegó los labios. Levantáronse todos de la mesa y no se habló más; pero un momento después, Aldea, visiblemente conmo-

vido, llevó al duque hasta el hueco de un balcón, y allí, sin ser oído de nadie, al mismo tiempo que sacaba un pliego del bolsillo, le dijo:

—Hace tiempo que deseaba probar a usted mi buena amistad. Aprovechándome de la influencia de mis amigos he conseguido para usted esta distinción: he venido con el propósito de aumentar en algo las alegrías de este día; y usted, en cambio, acaba de ofenderme desapiadadamente: soy hijo natural.

Y separándose con rapidez de Algalia, que maquinalmente había tomado el pliego, estrechó la mano a la duquesa, que intentó en vano detenerle, saludó al cura, hizo a los restantes una inclinación de cabeza y mirando profundamente a Josefina, extrañada de tan repentina despedida, salió del comedor y cruzó las antesalas. Un momento después el portero, descubriéndose respetuosamente, le abría la lujosa verja del parque.

El duque, atónito, no sabía lo que le pasaba: abrió el pliego, y al leerlo no pudo contener un estremecimiento de gozo: era la realización de su sueño de oro: su nombramiento de senador vitalicio: al pie del cual se leía la siguiente firma:

Yo el rey.

—Mira, Margarita,—dijo en voz baja, tendiendo el pliego a la duquesa y su hija;—ven, hija mía. Aldea me ha dado este papel, y se ha marchado, diciéndome que le había ofendido.

Y mientras los circunstantes se miraban unos a otros, el duque, poseído de una sorpresa inconcebible, sin darse exacta cuenta de lo sucedido, atento sólo a su propio regocijo, leía y releía el nombramiento por cima de las hermosísimas cabezas de su esposa y su hija. La duquesa, apartando cariñosamente a la niña y recatándose de ser oída, asió a su marido fuertemente del brazo, diciéndole:

—¿Qué has hecho? Aldea es hijo natural.

—Pero este nombramiento,—repuso Algalia, a quien por el momento sólo importaba su senaduría,—¿qué quiere decir, a qué viene darme tan gran prueba de afecto?

—Félix está enamorado de Josefina,—contestó Margarita.

Ya tarde, los convidados fueron desfilando repletos de buenos manjares y llenos de curiosidad: ellos saboreando el aromoso veguero, y ellas hablando de los trajes de la duquesa y su hija. Si alguno callaba, era porque lo mal que digería no le dejaba murmurar de lo bien que había comido.

VII

Tal fué la sorpresa del duque a consecuencia de lo ocurrido, que sólo después de algunas horas, y tras larga conversación con su mujer, llegó a convencerse de dos cosas: era senador vitalicio por nombramiento real; y, sin saberlo, había ofendido gravemente al hombre que le encumbraba.

Ambos esposos se preocuparon seriamente. El marido experimentaba impresiones contrarias: sentía el regocijo íntimo del orgullo satisfecho, y al mismo tiempo, no acabando de comprender cómo Aldea le había podido elevar hasta hacerle *pater patrie*, sentía vagamente el disgusto de tener que agradecer a tal hombre, a un cualquiera, tamaña honra. En cuanto a lo del agravio inferido, no podía Algalia expli-

carse satisfactoriamente por qué se había ofendido Félix por una frase dicha con cierto carácter de generalidad.

La mujer se mostraba pesarosa en extremo; parecía dolerse también de tener que manifestarse agradecida a quien consideraba inferior; sentía la ofensa hecha a Félix, y, sobre todo, no perdía ocasión de repetir a su marido que Aldea estaba enamorado de Josefina. A pesar de todo, el disgusto tomó en Margarita un aspecto distinto del que pudieran prestarle tales consideraciones. Ni el orgullo, que creía rebajado por la persona que hacía el favor, ni la contrariedad de ver ofendida a esa misma persona, eran motivos bastantes a justificar su mal humor. Limitóse, con respecto a su marido, a llamarle torpe y hablador, indicando ligeramente la idea de un desagravio, tanto menos doloroso, cuanto que Aldea no había recogido públicamente la ofensa: pero luego, a solas, con el ceño adusto y la mirada triste, abría a su mortificación libre salida, dando desahogo a su pena; arrojaba con desprecio sus alhajas en el sortijero; al no hallar lo que buscaba, cerraba con fuerza los cajoncitos de sus mueblecillos maqueados; recogía como con ira el abanico escurrido hasta la alfombra desde su fal-

da de seda, y, al verlo en sus manos, metía distraídamente los dedos entre las varillas, o desgarraba el país con las sonrosadas uñas. Había momentos en que se le humedecían los párpados; pero el más leve rumor le daba fuerzas por miedo de ser sorprendida, y ahogaba la inoportuna lágrima, trocando en dulce sonrisa el salado llanto. Sumida en profundo y silencioso abatimiento, con miradas inquietas reflejaba el fondo intranquilo de su espíritu; pero no brotaba una queja de sus labios, ni hubiera sido posible averiguar, aun espiándola de cerca, la causa verdadera de su pesar. ¿Era quizás el disgusto de ver alejado de la casa al hombre enamorado de su hija? No, seguramente, pues harto podía comprender Margarita de Algalia que nunca faltarían a Josefina ocasiones de ventajosa y feliz boda. Ni su corazón de madre, ni su orgullo de dama podían tolerar suposición semejante.

Sólo por las conversaciones de sus padres, y al cabo de varios días, supo Josefina el alejamiento de Aldea. La impresión que recibió fué penosa: dando al olvido las inquietudes inspiradas por la conducta que Félix había observado respecto a ella, pensó en que ya no vería cerca de sí al primer hombre en quien

creyó hallar algo como una promesa de felicidad. Cuando llegó a enterarse de la ofensa que mediaba, conociendo el carácter de su padre, admitió la posibilidad de que pudieran las cosas arreglarse; y, apenas concebida la esperanza, resolvió hablar a su madre.

Había en el palacio de los duques una ancha y lujosa galería, a la cual se abría la puerta de un salón tapizado de rojo, que era el menos frecuentado de la casa, y donde el duque guardaba en enormes armarios los libros que no cabían en las bibliotecas de su despacho.

A este salón venía muchas veces Lázaro en busca de algo para leer, o por entretenerse ordenando lo que allí estaba confundido. Abría un balcón que daba al jardín, y, respirando el grato aroma de los tilos cercanos, dejaba pasar el tiempo o se abismaba en sus eternas dudas.

Una tarde, ya cerca del anochecer, Josefina, decidida a pedir a su madre que la ayudase a facilitar la reconciliación con Aldea, cruzaba la galería, en cuyos vidrios venían a dar los últimos y débiles rayos del sol. Al ver entornada la puerta, miró hacia dentro. El salón estaba casi oscuro. Lázaro, para aprovechar la claridad que iba faltando por momentos, leía apoyado de espaldas en los hierros del balcón, y su figu-

ra se destacaba por negra sobre la amarillenta luz del crepúsculo. El vientecillo de la tarde mecía ligeramente las ramas del jardín, y al chocar las hojas unas contra otras, producían un murmullo cadencioso y apacible, interrumpido sólo por el agudo piar de alguna golondrina que tenía su nido entre las vigas del tejado.

Al sentir ruído, Lázaro alzó la vista, y viendo a Josefina, adelantó algunos pasos, mientras ella permanecía callada y quieta, recostada en el quicio de la puerta.

Lo que allí pasó fué triste, silencioso, casi trágico. El confidente se trocó en capellán, el amigo dejó su puesto al ministro del cielo. Ella miró a Lázaro como quien, sin confesar su pena, implora alivio a su dolor, y él, juntas y caídas las manos que sujetaban el libro, se abismó en la contemplación de aquella mujer que mendigaba un apoyo o un consejo del único ser que no podía dárselo, y a quien era crueldad exigírselo. Los ojos de la niña suplicaban sin comprender el riesgo a que podía exponerle la súplica, y los de Lázaro querían entender el ruego; pero el cura veía alzarse ante sí su propia imagen, como se interpone lo imposible entre el hombre y la felicidad. El

sacerdote podía aconsejar; el hombre no sabía formular el consejo, y en tanto la mujer aguardaba en vano, mirándole cada instante con más cariño, hermosa, inmóvil, sin explicarse en su mejor amigo la obstinación de aquel silencio. Entonces dejó caer la cabeza sobre el pecho, miró al cura como reconviniéndole dulcemente, y dijo:

—Voy a hablar con mamá.

Salió lentamente del salón, desapareciendo entre las sombras de la galería. Lázaro, ya solo, abrió de nuevo el libro, y, sin fuerza para contener el llanto, a través de sus propias lágrimas leyó estas palabras del Divino Maestro:... *Y ¡ay de vosotros, Doctores de la Ley, que cargáis los hombres de cargas que no pueden llevar, y vosotros ni aun con uno de vuestros dedos tocáis las cargas!* (1).

---

(1) Evang. de San Lucas, cap. XI, vers. 46.

VIII

Lázaro no durmió aquella noche. La emoción recibida era demasiado fuerte. Por vez primera se daba cuenta del género de afecto que le inspiraba Josefina; y vivo todavía el dolor de verla desear la vuelta de Félix a la casa, sintiendo la pena de recordarla implorando su ayuda, comprendía la grandeza de su mal y lo imposible del remedio. Pero no se sorprendió al confesarse el secreto de aquella inclinación; sus impresiones anteriores le habían llevado hasta aquel punto, y las que le pasaron antes casi inadvertidas, le aparecían explicadas ahora. Sus recuerdos le iban diciendo que los materiales del fuego, al parecer prendido entonces, ardían desde mucho tiempo atrás, y su

memoria le revelaba cosas que, halagándole como hombre, le espantaban como sacerdote. Las reminiscencias venían, no evocadas por el deseo, sino involuntariamente. Recordaba que un día, estando sentada *ella* (¡ya subrayaba el pronombre!) en el invernadero con su bordado entre las manos y los ojos fijos en la labor, él, antes de llegarse a hablarla, la contempló a hurtadillas largo rato, deleitándose como un devoto en la imagen que tiene reputación de milagrosa. Otra vez, al querer ambos alcanzar al mismo tiempo un ovillo de estambre, que rodó por la arena del jardín, el pelo de ella, rozándole la cara, le había estremecido, cual si su alma vibrara dentro de su cuerpo. Lázaro conocía hasta dónde llegaban el sutil ingenio de la niña y su candidez exenta de mojigatería; no se le ocultaba ninguna excelencia de su condición y carácter; pero aquella noche fué cuando realmente se dió cuenta de que desde meses atrás hubiera podido dar detalles sobre la esbeltez del cuerpo, la pequeñez del pie, la roja frescura de la boca y el delicioso mirar de sus ojos. El capellán descubrió primero en ella un sér humano que parecía un ángel, y el hombre acabó por enamorarse de la mujer angelical, pero mujer al fin. Esto había sucedido

natural, sencillamente, sin provocación de una parte o cálculo de otra; sobre todo sin intención en Lázaro, que se encontraba preso en una red, no porque se la preparasen, ni porque él, hallándola tendida, cayese en ella, sino porque los lazos estaban dispuestos en torno suyo por la fuerza y la naturaleza de las cosas. Tan inocente era Josefina, como irresponsable era él. Su único delito era haber llegado á aquel trance sin que su condición de eclesiástico le diera voz de alarma. Ahora, obligado a llamar a las cosas por su nombre, vió el peligro en Josefina y el mal en el amor. ¡La dulzura y la bondad un peligro!, ¡el amor un mal! ¿Por qué?

Antes de que el pobre clérigo se persuadiese de la certeza de su amor, empleaba en la lectura y el estudio la mayor parte del día y muchas horas de la noche. Las ideas que de sus observaciones brotaban chocaron claramente con los preceptos que se le imponían; su buena fe le impulsaba a buscar, cada vez con más ahinco, una opinión, un juicio, que diera solución a sus dudas, algo fuerte en que apoyarse para vivir y creer al mismo tiempo; pero ningún filósofo, ningún escritor sagrado le podían dar lo que su propia conciencia se

obstinaba en negarle; y así llegó a ser uno de los seres más desdichados de la tierra: el cura que adquiere la costumbre de pensar.

Lentamente fué convenciéndose de que le habían educado dándole por verdades infalibles afirmaciones que no podía comprender. La santidad de la misión impuesta le servía de refugio, o buscaba en las prácticas religiosas una ocupación piadosa, durante la cual imaginaba sentir vagamente que su espíritu se elevaba en arrobos místicos hasta el prometido cielo, como espiral de incienso que sube a perderse en el espacio.

Quiso Margarita solemnizar la senaduría concedida a su esposo dando a los pobres una gruesa suma, y Lázaro fué el encargado de distribuirla. Durante algunos días vivió embargado por su hermosa tarea; no salió de sus manos una sola moneda sin que supiera que realmente la necesitaba quien la recibía; se gozó en remediar las penas, y lo hizo con tal dulzura, desplegando tanta bondad, prodigando con tan divino arte el consuelo, que duplicó el socorro, añadiendo al oro de la duquesa esa otra limosna que sólo se da con el espíritu: quien la recibía de sus manos quedaba obligado sin humillación y agradecido sin bajeza. El

oro, al pasar por ellas, parecía purificarse sin dejarlas manchadas.

Cumplida su misión caritativa, Lázaro se encerró de nuevo en su soledad, y entonces las dudas, muertas al parecer aquellos días, tornaron a hostigarle, semejantes a esos reptiles asquerosos que después de aplastados vuelven a revivir y arrastrarse.

Ocupaba en casa de los Algalias un cuarto de humilde aspecto, que aquéllos quisieron inútilmente amueblarle con mayor regalo. Frente a un balcón, abierto sobre las arboledas del jardín, tenía una cama de hierro pintada de verde, y a su cabecera un Crucifijo de talla menos que mediana; un reclinatorio al pie del lecho; dos estantes de caoba deslucida llenos de libros, y una mesa también cargada de ellos; un modestísimo aguamanil de loza con su jofaina de lo mismo y un armario de pino barnizado, donde guardaba la sotana de los domingos.

Aparte la impresión de apacible melancolía que aquella estancia causaba, lo más chocante de ella era la multitud de libros esparcidos por todos lados. Parecía que quien allí habitaba trataba de resolver un problema, y que en alguna de sus infinitas páginas esperaba encon-

trar la solución. No había fase ni aspecto del espíritu humano que no estuviese representado allí. Y era que Lázaro buscaba la verdad en todas partes: en los grandes escritores paganos, como en los Padres de la Iglesia; en los heresiarcas más ilustres y en los ortodoxos más severos; en los mantenedores del sentimiento religioso y en los descreídos pensadores modernos. Se enorgullecía con las certezas de la ciencia, y sonreía ante las promesas de las religiones; examinaba los piadosos engaños y las verdades demostradas: todo quería abarcarlo, cielo y tierra, presente y pasado, buscando con perseverante tenacidad las causas de las cosas, o el origen de las ideas, lo mismo en los tomos amarillentos de los siglos muertos, que en los volúmenes modernos, húmedos todavía, con su olor a tinta de imprenta y sus cubiertas de colores.

Ávido de saber, Lázaro estudió y observó cada vez con más ansia. Todas las perspectivas en que puede dilatar su mirada el entendimiento humáno fueron presentándole dificultades e incertidumbres, y en confuso desorden invadieron su espíritu impresiones contrarias, dándose al mismo tiempo a su razón ideas justas y apreciaciones erróneas. De cada sistema

recogió algo que parecía verdadero y de ninguno la verdad completa; unos le atormentaban con sus fraseologías de tecnicismos ingeniosos que dan nombre de cosas reales a creaciones del espíritu, afirmando lo que no demuestran; otros le decían que el hombre es fuerza y materia nada más, un reloj con cuerda para cierto número de años, que suele a veces por su genio adelantarse al tiempo en que vive, que se retrasa por la ignorancia, que puede arreglarse cuando se descompone, pero que al fin se rompe. Unos filósofos no le hablaban más que de ideas, otros todo lo fundaban en hechos. Y cuando tales pensamientos le absorbían, parecía que una vocecilla burlona sonaba en su oído, aconsejándole que arrojase los libros y se dejara de filosofías y estériles monólogos, que no habían de darle un grano de trigo ni una gota de agua. Él, sin embargo, seguía en sus estudios, y como el buzo baja con su escafandro a las profundidades del Océano, penetraba en los mares sociales, con la buena fe por apoyo y la sinceridad por guía.

Entonces cada paso fué un desengaño: vió que la vida es lucha de egoísmos contrarios, donde el oro sirve de absolución para la infamia y salvoconducto para la nulidad. La rique-

za, el talismán que todo lo resuelve; no tener, el delito que a nadie se perdona; no haber tenido, una mancha que jamás se borra. En las puertas del mundo la impudencia ha escrito este letrero: "Posee, y lo demás te será dado con hartura„.

Algunas veces creía ir convenciéndose de que la tierra era el asiento del mal, como le habían dicho sus maestros: todo, al parecer, le autorizaba para inclinarse a esta opinión. Mezclado con su amor a la humanidad, empezaba a sentir desprecio hacia el hombre, sér extraño, ridículo y sublime al mismo tiempo, que con frecuencia es malo, pero que algunas veces es peor. Veía que, como la fruta pasa pronto de la madurez a la corrupción, el hombre pasa rápidamente de la experiencia al egoísmo, y se fué persuadiendo de que la experiencia es inútil, porque siempre llega tarde. Si pensaba en sí propio, sentía humildad; si estudiaba al prójimo, le poseía el orgullo. Sus dudas eran continuas, y de unas nacían otras, semejantes a las olas mutuamente engendradas, y en que ninguna es la postrera.

Al analizar lo presente, todo le parecía negro; mas al estudiar la vida de otras épocas, miraba bajo distintas formas reproducidas las

mismas dificultades, pero siempre atenuadas, hechas cada vez más soportables, y comprendió que ese trabajo de los siglos, aspiración y tarea de la humanidad, es el progreso. Vió que el mundo mejoraba con el tiempo, que el mal disminuía, y que sus antiguos maestros le habían pintado como perdurablemente malo lo que es eternamente perfectible. Aunque los estudios y las lecturas le amargaran, en el fondo de su alma quedaba siempre, como en la caja de Pandora, un bálsamo dulcísimo, la esperanza; y entonces la vocecilla burlona, cual si tuviera empeño en trocar sus ideales por ídolos, le decía: "La esperanza es el manjar más sabroso de la tierra, pero es también el menos nutritivo."

Fruto de tantos desvelos, Lázaro llegó a saber mucho, pero todo podía reducirse a dos observaciones: una relativa al mundo, otra a sí mismo. Supo que el mal y el bien no radican uno en la tierra y otro en el cielo, sino que ambos están aquí abajo, dentro de nosotros mismos, en gérmenes dispuestos a brotar y florecer o podrirse, según los instintos, la educación, el tiempo o la voluntad del hombre. Y supo, en cuanto a sí, que en la tierra hay algo muy parecido a la felicidad: el amor. Pero él

no podía amar ni ser amado. Su alma debía ser un muerto que tuviese por sudario una sotana.

Las doctrinas de los que le educaron lo ordenaban así. Por cima del decálogo casi divino que debía practicar, los hombres habían escrito este mandato: "No te amarán„.

"¡No te amarán!„, se repetía Lázaro continuamente, y cada vez aquello le parecía más injusto. Su inocencia protestaba con la impetuosidad de la ira o con la amarga laxitud del desaliento, pero siempre tenía que confesarse vencida. Su conciencia era un siervo puesto en la alternativa de alzarse en armas o aceptar humilde y bajamente la esclavitud: no había más que dos caminos; abjurar o resignarse. Lo que no existía, lo que nadie le podía ofrecer, era una solución que tuviese algo de consuelo.

Cuando la tempestad sorprende al pájaro que se aleja del nido, lucha con la tormenta aleteando hasta recobrarlo; cuando el niño que rompe a andar cae y se lastima, busca afanoso el regazo de su madre; cuando el hombre abandona a la mujer que le quiere, y sufre desengaños, torna a ella, y en sus brazos se arroja: él no tenía nido, ni regazo, ni brazos a que acogerse. Llevaba, como una doble maldición, la duda en el cerebro y el amor en el alma. Sus

meditaciones de religioso estaban cada día sujetas a mayor turbación, y si la enérgica voluntad o el temor al peligro traían la oración a sus labios, entre los severos pensamientos del sagrado rezo se deslizaba un nombre de mujer, surgiendo su imagen alegre y bulliciosa entre las austeras reflexiones, como entraría una ninfa en un coro de monjes.

IX

Josefina entró en el cuarto de su madre resuelta a descubrirle francamente la inclinación que hacia Félix sentía, y pedirle ayuda para que aquél pudiese ir decorosamente a la casa; pero frente a Margarita su energía y su resolución dieron en tierra, rompió a llorar, y balbuceó entre temores lo que se había propuesto decir claro. La duquesa, besándola cariñosamente, le secó las lágrimas, escuchó la confesión de aquel amor naciente, y despidiéndola con ternura, la llevó hasta la puerta de su gabinete, procurando que la entrevista fuese lo más breve posible.

Al quedarse sola, la duquesa lloró también, pero no con aquel llanto apacible y puro de la niña, sino amarga, desconsoladamente, con lá-

grimas tardas en brotar y abrasadoras al deslizarse por el rostro.

Decidida a hablar con su esposo, se encaminó al despacho, donde lo encontró hojeando el reglamento del Senado. Hízole suspender la lectura, y abordando de frente la cuestión, le dijo que por su propio interés, por no pecar de ingrato y sobre todo por desearlo Josefina, era necesario que Félix Aldea volviese como antes a frecuentar la casa. Examinóse entre ambos cónyuges la situación, y el duque, que ya se iba encariñando con todo lo que tuviera sabor de polémica, aprovechó la oportunidad, hablando largamente de su decoro y prestigio, de que no quedase lastimada su dignidad, y de otra porción de cosas que hubieran hecho murmurar a cualquiera: *palabras*, *palabras*, *palabras*.

Por fin, Margarita, con ese tacto que las mujeres tienen, resolvió las dificultades proponiendo que se diera un baile para celebrar lo de la senaduría, enviándose a Félix, como de costumbre, su correspondiente invitación; lo cual, después de lo ocurrido, venía a ser una satisfacción, que sin desdoro del ofensor podía desagraviar al ofendido. Aceptada la idea, dejó al duque continuar su examen del reglamento

de la alta Cámara, y vuelta a su cuarto, después de haber cerrado cuidadosamente las puertas para evitar verse de pronto sorprendida, se dejó caer en un sillón, apoyó en uno de sus anchos brazos los codos y rompió a llorar amargamente.

Nadie al verla hubiera podido decir si era una madre que se imponía un sacrificio, o una mujer a quien los celos hostigaban.

. . . . . .

Se fijó el día de la fiesta, y empezaron los preparativos. Los tapiceros y adornistas tomaron posesión de los aposentos en que había de verificarse; se construyó una galería de follaje, que ponía en comunicación el salón principal de la planta baja con el espacioso invernadero de cristales que en el jardín se alzaba; cubriéronse las columnas de hierro con entrelazadas hojarascas; se colgaron de la bóveda de cristales los aparatos para gas; se pusieron en los ángulos las mejores esculturas que había en la casa, haciendo que los mármoles blancos destacaran sobre fondos de oscuro verdor; se prepararon farolillos para las enramadas del parque; dióse orden en las cocinas para que la cena fuera opípara y, en fin, se apuraron todos los caprichos que puede el oro sa-

tisfacer al buen gusto. Una legión de artesanos invadió el palacio durante muchos días, haciéndose las cosas de suerte que cuando dos horas antes del baile los duques inspeccionaron todos los preparativos, el nuevo senador, arrellanándose en un sillón con la dignidad propia de su investidura, y mirando a su mujer con vanidosa satisfacción, exclamó: "Estará bien„.

Y así fué. Desde la once de la noche una larga fila de coches iba poco a poco dejando en el vestíbulo del palacio centenares de convidados: las damas, envueltas en riquísimos abrigos, bajaban de sus berlinas y sus *clárens*, dejando ver los pies primorosamente calzados que se apoyaban un momento en el estribo, mientras con la mano, enguantada hasta el codo, se recogían la larga cola ornada de valiosos encajes; los lacayos recibían órdenes de volver a la madrugada; los mirones y curiosos, estacionados en la acera opuesta, contemplaban aquellas grandezas haciendo comentarios sugeridos por la hermosura de las mujeres o la envidia de las riquezas. Entretanto los salones se iban llenando, y el calor que la aglomeración de gentes y las luces engendraban iba animando y coloreando los rostros. Aquí se

oían alabanzas a los dueños de la casa, dichas en voz alta; allá se agrupaban otros a murmurar censuras; unos buscaban a sus conocidos; saludaban todos a los duques; los más serios o curiosos examinaban en los salones inmediatos las obras de arte coleccionadas con exquisito gusto; y los jóvenes, juntos con los viejos alegres, parados en las puertas, pasaban revista a las mujeres que entraban, cambiando apretones de manos y diciendo lisonjas o recibiendo miradas que parecían señas.

A poco más de media noche el salón ofrecía tal aspecto de lujo y riqueza, la alegría reinaba, al parecer, con tanto imperio sobre las almas, tanto goce se reflejaba en las caras, que no parecía sino que en aquella regocijada turba nadie sabía lo que son la pesadumbre ni el dolor.

Ellas, ceñidas por estrechos trajes que oprimen hasta modelar las formas, con sus largas faldas prendidas de flores y de blondas, con sus diademas de pedrería sobre la frente, y la alegría en las miradas, recibían el homenaje, no siempre franco, de rebuscadas frases, con que sus adoradores trataban de rendirlas. Ellos, vestido el severo y antipático frac, pugnaban por llegar hasta alguna de las que más efecto

causaban, para hacer en el corro gala de su ingenio. Hacia los extremos del salón veíanse algunas parejas, más ocupadas de sí mismas que del prójimo, en que ella parecía resignarse a conceder lo que deseaba otorgar, mientras él se obstinaba en pedir lo que luego había de cansarle. En un círculo se discurría de política; en otro se comentaba en voz baja el escándalo de la semana, pronunciando al oído y en secreto los nombres de los protagonistas. Algún mozalbete se acercaba con disimulo a las habitaciones contiguas, esperando el momento de tender la mano sobre los riquísimos vegueros esparcidos en bandejas de plata. La música dominaba a intervalos el rumor de las conversaciones; la atmósfera se iba cargando hasta hacerse enojosa; la temperatura aumentaba por momentos; el abrasado ambiente de la sala parecía luchar con el fresco que penetraba del jardín por los anchos balcones en suaves ráfagas, y entre aquel mar de luz y de colores, se percibía el olor extraño que juntos formaban los aromas de las flores, los perfumes de tocador y el calor de los sudorosos cuerpos.

La duquesa, rodeada de sus más íntimas rivales, recibía de cuantos se le acercaban elogios tributados a su buen gusto, casi todos

cortados por un mismo patrón, muy pocos ingeniosos o bien dichos. Su traje era objeto de comentarios entre las damas, de admiración entre los hombres. El vestido de raso blanco, entre cuyos esculturales pliegues resbalaba la luz como en un mármol, había llegado de París aquella mañana, y las dos perlas negras que llevaba en las orejas valían una fortuna. Al lado de su madre, Josefina parecía el nuevo brote de una flor hermosísima: la madre era como esas rosas que han desplegado ya toda la pompa de sus galas; ella, como esos capullos entreabiertos que comienzan a esparcir en torno suyo olor suave y débil. Su traje era blanco también, pero en el tocado y los prendidos, las flores sustituían a las joyas.

La excitación que la agitaba la hacía más hermosa. Inquieta y disgustada, miraba sin cesar a todas partes, preguntándose: "¿No vendrá?„, y de cuando en cuando hablaba con cariño a su madre, que por vez primera parecía esquivar las ocasiones de tenerla cerca de sí.

Por fin la enamorada niña vió entrar a Félix que, saludando al paso a diversas gentes, llegó hasta la duquesa, cambiando cou ella algunas frases de simple cortesía: llegóse luego a

Josefina, y un momento después se les vió confundidos entre los grupos de parejas que parecían moverse impelidas por las notas de un vals de Strauss.

Lázaro estaba recogido y leyendo cuando llegó hasta sus oídos el alegre bullicio de la fiesta. Cerró entonces el libro, abrió el balcón, y el airecillo fresco de la noche le trajo claras y distintas las apasionadas frases de la música; como si el mundo, con aquella voz de sirena, quisiera arrancarle de la soledad. Bajó al jardín, se acercó a una reja, y oculto entre unos arbustos cuyas ramas se entrelazaban trepando por los gruesos barrotes de hierro, tendió la vista hacia el salón. Su mirada lo abarcó todo. Pasado un instante, la sorpresa se convirtió en asombro: sus ojos, deslumbrados por la claridad, fueron descubriendo los grupos, aislando las figuras, fijándose en los rostros, viendo surgir de entre un confuso mar de luces y colores las formas y el aspecto de las cosas. Los corrillos tan pronto formados como disueltos; el continuo pasar de sombras que se cruzaban ante la reja, cortándole la vista; la variedad infinita de actitudes; el estado de los ánimos reflejado en las caras, atestiguando en uno de la indiferencia, en otro de los celos,

mostrando acá la frialdad del apático, allá la impaciencia del nervioso, y sobre todo aquel espectáculo de riquezas para él desconocidas, de lujos ignorados, le produjo una impresión extraña, fuerte porque era nueva, y poderosa porque era continuada. Las figuras de las damas, unas de semblante fresco como flores de campo, ajadas otras por los afeites o los años, pero todas con las espaldas desnudas y los pechos a propio intento revelados en lo poco que el raso les cubría, acabaron de marear al pobre cura, sin que por eso dejara de mirar con ansia, creyendo a cada instante descubir novedades que hiriesen aún más su imaginación o calmasen sus agitados nervios. Hubo un momento en que la música apagó todos los otros ruidos: el ritmo melódico parecía arrastrarse como aura de primavera en plantío de rosas; los giros lánguidos de acordes amortiguados y dulcísimos se trocaban de pronto en explosión de sonidos alegremente locos, y las armonías se esparcían como suspiros que volaban a refugiarse entre los pliegues de los amplios cortinajes, produciendo combinaciones raras, que se perdían, unas envueltas entre los giros de otras, como crujir de sedas y estallar de besos reprimidos. Las parejas iban deslizándose rápida-

mente ante la reja en confuso desorden, desapareciendo y tornando a pasar cual figuras de una linterna mágica, hasta que, callando de repente la orquesta y suspendiéndose aquel vertiginoso movimiento, Lázaro vió acercarse, impelidos todavía por la última vuelta del vals, una mujer y un hombre: Josefina y Félix. Él la ceñía el talle atrayéndola hasta sentir confundidas las respiraciones, mientras ella se abandonaba por completo, dejándose llevar. Llegaron hasta donde él estaba, y ya parados, la niña, moviendo el abanico de nácares y encajes ante su agitado pecho, se apoyó en el brazo de Aldea, mientras éste murmuraba a su oído una frase, pagada con la sonrisa más hechicera del mundo. Lázaro, asido á la reja, los miró sin cuidarse de ser visto, sin pensar que no tenían ojos más que para contemplarse uno a otro. Fuera de sí, agitado por un dolor desconocido, creyó apurar toda la hiel del sufrimiento humano; y como si su sangre hirviese y fermentara agolpándose a ofuscar aquel pobre cerebro, la idea del odio se irguió en él terrible y poderosa. No hubo entonces crimen ni infamia que no se creyera capaz de cometer; y midiendo con la rapidez del pensamiento su inocencia, mayor aún que su desdi-

cha, se preguntó, en un arranque impío, si era divina la justicia que toleraba aquel tormento.

Bajo la sotana del cura latieron por vez primera en el corazón del hombre los impulsos del mal. El ministro de Dios sufrió como las criaturas de barro, y su alma de pureza inmaculada, su mansedumbre, su bondad evangélica, fueron un punto derrocadas por la ira, el aborrecimiento y la venganza. La que entonces le pareció más que nunca creada por el Señor con hueso de su hueso y carne de su carne, la prometida por el deseo y la Naturaleza para ser satisfacción de sus amores, la mujer que era su ideal y su felicidad, estaba en brazos de otro: aquellos hierros que les separaban y que él inútilmente sacudía con impotente fuerza, eran sus propios votos, y aquel instante supremo de su vida, la ratificación solemne de la infame ley que le decía: "No te amarán„. Sintiéndose morir, dejó caer con desaliento los brazos, y todo su rencor se disolvió en dos lágrimas que rodaron lentamente por su abrasado rostro. Pero hay almas que rechazan instintivamente el mal. El odio pasó sin detenerse sobre el espíritu de Lázaro, como la gota de agua que resbala por el hierro candente. Las fuerzas

le faltaron, y mientras los alegres ruidos de la fiesta, convertidos en voces misteriosas por la fantasía, parecían llamarle queriendo embriagarle con efluvios de desconocidos placeres, dió en tierra rendido y sin aliento.

El baile estaba en sus momentos de mayor brillantez, y la animación, engendrada por la muchedumbre, se traducía en un continuo murmullo, que sólo a desiguales intervalos dominaban los instrumentos de la orquesta. El salón parecía un foco de claridad intensa. Las temblorosas llamas del gas se reproducían hasta lo infinito en las grandes lunas que, multiplicando las imágenes, creaban una confusión extraña, y empezaba a reinar ese desorden propio de todo sitio donde se divierten muchos a la vez. Allí dentro todo era goce y alegría; fuera no había sino silencio y sombra; un hombre en tierra, como soldado herido que se desangra en el campo de batalla, y un cielo de azul profundo, casi negro, estrellado, que desde su inconmensurable altura miraba con millares de ojos, tan indiferente a los placeres de unos como a la desdicha de otros.

Los vientecillos precursores del día empezaron a retozar entre los troncos con las hojas

agitando blandamente las ramas, y algún pájaro, desvelado por los inusitados ruidos, batió las alas piando alegremente, confundiendo desde su oculto nido las luminarias del festejo con los replandores de la aurora.

X

Servida la cena, que fué espléndida, los convidados empezaron a marcharse contentos y satisfechos, como gentes que habían cumplido su misión. El ruido que causaban los que iban saliendo, despidiéndose con regocijadas risas, y el fresco del relente hicieron a Lázaro volver en sí del largo desmayo al tiempo que los últimos grupos esperaban, en el espacioso vestíbulo y en los primeros términos del jardín, la llegada de sus carruajes.

Los hombres, bien arropados con gabanes rusos y capas, fumaban puestos en filas, viendo a las damas que bajaban las escaleras de mármol, cubriéndose los desnudos hombros con costosos chales o vistosos abrigos. Unas se tapaban el escote aún sudoroso con el cachemir

de cien colores; otras se envolvían entre las pieles del *skunc*, el zorro azul y la marta zibelina; ésta contestando a un saludo, aquélla buscando una mirada entre los apiñados rostros; muchas parecían en aquel momento hermosas y felices, aunque lo pareciesen sin serlo; todas llevaban algo que decir o habían dado algo que envidiar.

El cura, oculto entre las sombras del jardín, esperaba para salir de su escondite que se hubiese marchado toda aquella gente, cuando notó que no lejos de sí, entre las ramas de unos arbustos y cerca de una reja, había un hombre, que se quedaba rezagado adrede, y que, moviéndose de pronto cuidadosamente, se escurrió con cautela a lo largo de la casa, hasta penetrar en ella por una puerta de servicio, la cual por razón del baile aun estaba abierta aquella noche. Lázaro entonces intentó gritar; pero el asombro le ahogó la voz en la garganta, porque de repente se dió cuenta de que quien así penetraba en el palacio de los duques era Félix Aldea.

Subió rápidamente, y el cura se lanzó en su seguimiento; pero aquél llevaba mucha delantera. Al llegar al piso principal, Aldea, espiado siempre por Lázaro, cruzó los pasillos desier-

tos, y atravesando la galería que separaba las habitaciones del duque de las de su esposa y su hija, penetró en una sala, á la cual concurrían dos grandes corredores, uno que conducía al cuarto de la duquesa, y otro que llevaba al de Josefina. La puerta de aquella habitación estaba cerrada; pero apenas Aldea se detuvo ante ella, golpeándola un poco con los nudillos, una de sus hojas se abrió calladamente hacia fuera, mostrando un brazo de mujer ceñido por una manga de seda roja. Aldea entró, y el brazo atrajo a sí la puerta, que volvió a quedar instantáneamente cerrada, mientras Lázaro, pálido y tembloroso, clavados los pies en el suelo, escuchaba alejarse, sin saber en qué sentido, los pasos de dos personas, que andaban de puntillas para no producir ruido sobre los mármoles del piso.

¿Qué hacer en tal situación? ¿A quién pedir auxilio? ¿A quién llamar? Un desaliento que tenía mucho de impotencia y algo de despecho le arrancó de allí, y, temeroso de ser visto, huyó de aquella puerta, tras la cual quedaba rota para siempre la más hermosa de sus ilusiones. Además, juntamente con la idea del perdón que la conciencia le imponía, sintió latir en su alma vacilaciones engendradas por la

sorpresa, sospechas pérfidas, pero lógicamente sugeridas por los celos. La que supuso ángel era mujer, y nada más; no merecía que como hombre la amase ni que como sacerdote tratara de disculparla. En su caída había llegado hasta la culpa por el camino de la premeditación: indudablemente había procurado que su amante volviera a pisar la casa de sus padres, y trémula de amor, agitada por el deseo, le esperó para recibirle en sus brazos.

Divagando de esta suerte, admitiendo como buenos los torpes antojos del despecho, la piedad fué quedando en el alma de Lázaro completamente borrada por la incontrastable fuerza de los celos: después el miedo de hacer público el suceso, el temor al escándalo, y aun la idea horrible de ver la hija deshonrada a los ojos de su propia madre, llegaron a ser en el sucesivo desarrollo de sus ideas otras tantas rémoras creadas por la malicia para eludir el cumplimiento del deber.

. . . . . .

Al día siguiente del baile, ya muy entrada la mañana, unos cuantos criados, reunidos en la caseta del portero, formaban corro restregándose todavía los ojos, haciendo comentarios de la fiesta, charlando y maldiciendo. Otros arre-

glaban los salones reparando el desorden que habían producido los convidados. El cocinero, seguido de un pinche que llevaba al hombro un esportón, atravesaba el jardín para tomar el camino de la plaza. El mozo de cuadra, calzados los zuecos y entonando una canción de su tierra, frotaba los arreos en la puerta de la cochera; y en una habitación de la planta baja, junto a una ventana, la doncella de la duquesa limpiaba cuidadosamente los vestidos con que su señora se había engalanado la víspera, mientras otras compañeras admiraban las ricas galas de sedas, pieles y encajes que, colocadas sobre el respaldo de un sofá, podían fácilmente ser vistas desde fuera.

Lázaro, como de costumbre, había bajado al jardín, y con su libro entre las manos, paseo arriba, paseo abajo, recorría lentamente el trecho comprendido entre la estufa de cristales y la verja de entrada, pasando repetidas veces ante las rejas del salón de baile. Frente a una de ellas acertó a pararse distraídamente, y a través de los gruesos barrotes vió desamparado y desierto aquel mismo lugar donde pocas horas antes era todo animación y bullicio. Los sillones de oro y sedas estaban removidos, como recordando aún los corrillos de que fue-

ron asiento; los cristales, velados por el polvo de una noche de continuo movimiento; olvidado sobre una butaca había un abanico y las bujías de los candelabros, apuradas hasta gotear sobre el mármol que cubría las consolas, habían hecho saltar con su llama expirante alguna de las arandelas de cristal. Las puertas que ponían en comunicación unos salones con otros estaban abiertas, dejando ver, fingida por los espejos, la perspectiva de una larga galería, encerrada en marcos dorados, formada con imágenes de telas o tapices que, multiplicándose, se reproducían hasta turbar la vista con su último término vacilante y confuso. Los rayos de sol penetraban por entre las junturas de los cortinajes, liquidando en resbaladizas gotas el vaho que empañaba los vidrios, y posándose luego en rasgos o jirones de luz sobre los rasos de colores. En el suelo, confundida con las de la alfombra, había quedado alguna que otra flor pisoteada y marchita.

"Así son *ellas*", pensó Lázaro al verlas; y volviendo al libro los ojos, prosiguió su paseo hasta llegar a la ventana donde estaba la doncella, que habiéndose ya marchado sus compañeras, para distraer su trabajo tarareaba a media voz una polka de moda. Oyóla el cura,

y, al mirarla, su vista se detuvo en la prenda que la muchacha tenía entre las manos: una bata de riquísimo raso de un rojo muy brillante, el mismo rojo que Lázaro había visto en el brazo que la noche pasada cerró la puerta donde Aldea era esperado. Su sorpresa fué inmensa. Su pensamiento se resistió a creer lo que los ojos le decían. Aquella chica era la primera doncella de Margarita de Algalia, y como Josefina tenía su servidumbre aparte, lógico era que aquella ropa fuese también de la duquesa. Sin embargo dudó un momento, y atreviéndose por fin, quiso ver aclarada su sospecha.

—¿De quién son esos trajes?—preguntó a la doncella,

—¿De quién han de ser,—repuso la muchacha,—sino de la duquesa? Esto,—dijo señalando un magnífico vestido y un soberbio abrigo, es lo que la señora llevó ayer al paseo; y esta bata de raso rojo,—añadió,—es la que se ha puesto de madrugada después del baile. Por cierto que se empeñó en quedarse leyendo, sin querer acostarse ni que yo la desnudara. Debe de haber velado hasta muy entrado el día, porque está, de ojerosa y descompuesta, que da grima mirarla.

Calló la criada, y siguió el hombre su paseo. Ya no cabía duda. Josefina era, no sólo inocente, sino víctima de una infamia. La culpable era Margarita de Algalia, y el que pasaba por novio de su hija era su amante. La madre quería asegurar el secreto de su delito a costa del reposo de la pobre niña. Por eso Josefina no podía explicarse la actitud de Félix Aldea, en la cual se contradecían el empeño en mostrarse enamorado y la falta de resolución para confesarle su amor.

Lázaro apreció rápidamente la situación: Josefina era buena, y el galanteo de que Félix la hacía objeto servía para alejar sospechas. La inocencia era tercera sin saberlo, y la pureza cubría aquel amor culpable, de igual suerte que el inmaculado manto de nieve puede ocultar el sucio estercolero.

Una sensación, por mitad indignación y repugnancia, estremeció el alma del cura, y como el mal no engendra sino males, sus labios murmuraron involuntariamente esta blasfemia:

"¡Oh, madre; tú también puedes llegar a ser ídolo falso!„

Pocas horas antes, el dolor había estrujado su corazón, considerando perdida la mujer amada, tanto más, cuanto más imposible. Aho-

ra sus ojos tropezaban con el delito más cobarde y monstruoso de la tierra.

Eran ya cerca de las doce. El ardoroso sol de los últimos días primaverales inundaba el jardín, engendrando sombras enérgicas que dibujaban en la arena formas extrañas. El movimiento y los ruidos iban devolviendo animación a la casa. Las persianas cerradas se abrían tras cortos intervalos, indicando el despertar de los señores, y los criados fingían acelerar la faena de borrar el desorden causado por la fiesta. Sólo en la habitación de Josefina reinaban todavía la quietud y el silencio. El cuarto estaba casi a oscuras; por las rendijas de las maderas penetraban dos o tres rayos de sol, agitando millares de átomos inquietos que bullían como polvo de luz; las galas estaban tiradas sobre un sofá de raso, y el corsé de seda azul con trencillas blancas, caído al pie de una butaca. Josefina dormía. Tenía desnudo, fuera de las ropas, un brazo, ceñida aún la muñeca por la pulsera lisa de oro mate, y en el otro, puesto sobre la almohada, apoyaba la cabeza, embelesada tal vez por ensueños formados con reminiscencias de la víspera. Las sábanas, que habían quedado por un movimiento tirantes y presas bajo el peso del

cuerpo, modelaban a trozos la forma que cubrían y el embozo caído dejaba al descubierto algo más que el nacimiento del pecho. Nada turbaba la tranquilidad de aquel reposo reflejado en una respiración fácil e igual. La sangre, como savia enérgica, regaba los tejidos, tiñendo la epidermis de tonos que variaban delicadamente desde el azul de las ramificaciones venosas hasta el carmín brillante de los labios húmedos; y una mata de pelo, escapada de la redecilla, hacía resaltar la blancura del cuello. Dormía descuidada, tranquila, segura de sí misma, tan ajena de la pasión del cura como de la perfidia de su madre. La salud y la pureza parecían haberse hermanado para formar aquella figura hermosa, impregnada de gracia y frescura juveniles. Semejaba la bacante virgen de los bosques antiguos traída por ensalmo al centro de la vida moderna. Todo en ella decía que estaban el cuerpo exento de males y la conciencia libre de impurezas.

De fijo hacía mucho tiempo que su madre no dormía así.

XI

Aquella misma tarde la duquesa mandó recado al capellán, rogándole que pasase a su gabinete.

"¿Qué me querrá?—se dijo Lázaro.—¿Sabrá que no ignoro su falta? Quizá entonces, aunque culpable, sienta hacia mí el desprecio que debe inspirar quien, encargado en su casa de velar por la moral, transige cobardemente con el engaño y la deshonra. Seremos dos reos frente uno de otro... y, así son las cosas de la vida, ella, sin embargo, tendrá que ver en mí algo del juez."

Un momento después Lázaro entraba en el gabinete. Margarita estaba sentada ante una mesilla de valiosas incrustaciones, colocada delante de un balcón y sobre la cual, sosteni-

do por dos amorcillos de bronce, había un espejo lo bastante grande para retratar entre sus abiselados bordes la cabeza de la hermosa dama, a quien una doncella sujetaba con dos horquillas de oro el rodete bajo en que, según la moda, llevaba recogido el pelo después de ondular ligeramente hacia las sienes. Tenía puesta una bata de un gris muy claro, guarnecida con encajes y lazos del matiz que toma el granate cuando la luz le hiere. Las medias, de finísima seda, eran del mismo color, y ceñían sus pies unas chinelas grises, que aun siendo muy pequeñas, eran grandes para ella. Las mangas de la bata, sueltas y muy cortas, descubrían los brazos blanquísimos, dorados por ese vello apenas perceptible que tienen algunas frutas antes de estar manoseadas. Al cuello, libre de alhajas, se ceñía desordenadamente un encaje ancho y rico, de tonos huesosos que acusaban su antigüedad, y el fulgurar intenso de un grueso solitario en cada oreja, hacía resaltar la palidez mate de la cara, amortiguando el brillo de los ojos, algo hundidos, y cercados por ojeras débilmente azuladas. La boca, en que el labio superior ligeramente contraído daba a la fisonomía cierto aire desdeñoso y triste, dejaba ver los dientes blancos, me-

nudos y apretados. La expresión del rostro era graciosa y severa al mismo tiempo; la mirada triste con la falsa resignación del hastío. Era el tipo de la señora moderna, frívola sin ser insustancial, y coqueta sin parecer liviana, como también era devota sin ser profunda y verdaderamente religiosa. Fuera cansancio físico o dejadez moral, había en su figura cierto melancólico abandono, interrumpido a veces bruscamente por movimientos de una gracia encantadora que tenía algo de felina. Al entrar Lázaro estaba pasando con los dedos las hojas de un libro, puesta en ellas la vista descuidadamente, como si el pensamiento y la voluntad estuvieran muy lejos de aquellas páginas, que no bastaban a detener el vuelo caprichoso de sus antojos femeníles.

En sus hechiceras facciones empezaba a desaparecer la frescura que es el aliento misterioso de la vida. Parecía tener esa edad de la rosa en que unas cuantas horas más agotan la fragancia y ajan la lozanía. Era hermosa, y más que hermosa seductora; pero los ojos, la actitud, la voz, revelaban en ella, mermándole encantos, el desaliento de la mujer gastada. Nadie hubiera podido averiguar si aquella laxitud era la huella pasajera de los placeres de una

noche, o la marca indeleble de los sufrimientos del espíritu.

Salió la doncella, y Margarita, ladeándose ligeramente en la butaca y echando atrás el rostro, animado por una sonrisa encantadora, tendió la mano al capellán.

La situación de Lázaro era peligrosa y difícil: el menor descuido, la más ligera inoportunidad, podían ofenderla; que quien no está satisfecho de sí mismo, ve acusaciones en las frases más inocentes. Él, además, se consideraba sin derecho alguno para atacar a la madre en defensa de la hija. ¿Cuál invocar? Si el de enamorado, confesaba la propia y criminal flaqueza; si el de sacerdote, ¿cómo podría su conciencia sancionar la ridícula comedia de un hombre que utiliza la investidura sagrada para proteger su misma falta? Tenía delante a la mujer adúltera; pero no podía ser él quien le arrojase la primera piedra.

Margarita rompió el silencio, diciendo cariñosamente:

—¿Qué es de usted? Vivimos bajo el mismo techo, y apenas nos vemos. Estos días, los preparativos del baile, el bullicio de la fiesta, le han alejado de nosotros; pero también usted es tan excesivamente inclinado a sus soledades

y sus estudios, que nunca se le ve. De los convites, aun de los más íntimos, siempre se excusa; en habiendo alguien de fuera, desaparece como por encanto. Y usted, sin embargo, no es huraño, sino cariñoso, afable. Vamos, siéntese usted aquí, a mi lado, y hablemos.

Obedeció Lázaro, y, acercando otra butaca como la que ella ocupaba, dijo:

—Mucho agradezco a usted, duquesa, las deferencias con que me distingue: tan sinceramente le estoy reconocido por ellas, que aunque el deber y el sacerdocio no me lo impusieran, sentiría por ustedes verdadero cariño, profundo deseo de ser útil, verdaderamente útil, en esta casa, donde se me ha recibido con los brazos abiertos.

—Todos le queremos de veras. Mi marido y yo le apreciamos en lo que vale; y en cuanto a Josefina, puede usted estar seguro de que, si fuese necesario defenderle, con dificultad se encontraría abogado que tomara la cosa más a pechos.

—Yo también me haría defensor suyo si lo hubiera menester; pero está en una edad en que antes necesita guía que defensa. ¿Quién ha de pensar en hacerle daño? Eso sí, si sucediera, si alguien cometiera con ella una mala

acción, lucharía con todas mis fuerzas por salvarla.

—Afortunadamente—replicó la dama—estamos seguros de que nadie la quiere mal; por el contrario, si alguna pena hemos de prever, será de las que puedan ocasionarla los que aparenten quererla bien. ¡Está en una edad tan peligrosa!

—Tiene usted razón, duquesa; de los que aparenten amarla, de los que deben estimarla en más, es de quienes hay que guardarla. Los encargados del mayor bien son, con frecuencia, los que producen el mal mayor.

El cura dijo esto con la voz algo temblorosa, casi sin calcular el alcance de lo que decía, en parte ávido de arrostrarlo todo por la engañada niña, y en parte temeroso de que su inexperiencia en los discreteos inutilizara su buen propósito.

Ella, sin alarmarse por semejantes frases, sintió cierta sorpresa desagradable al escucharlas; pero pensó que a veces, aunque la malicia no las inspire, se dicen cosas que parecen intencionadas.

—Es necesario—dijo entonces—velar sin descanso y muy de cerca por las hijas cuando están en la edad de la mía; pero también es

preciso convenir en que los deberes que la vida social impone, el trato con diversas gentes, tanto vivir fuera de casa y tanta facilidad en escuchar lo malo, hacen el deber más difícil.

—Eso mismo ha de aumentar la vigilancia y acrisolar el consejo, duquesa; pero cuando son tales las condiciones de la vida; cuando la atmósfera de fuera llega a viciar el ambiente de la casa, créame usted, entonces es cuando hay que ponerse en guardia contra aquello que debía inspirar más confianza.

—¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Que la educación de mi hija está vaciada en un molde torpemente labrado? Quizá tenga usted razón. Mil veces he pensado que para nosotras, el educar a las hijas es asunto más difícil que para las familias de la clase media y las mujeres del pueblo. Primero los cuidados mercenarios del ama, luego la hipocresía del convento, después la inútil compañía de un aya extranjera, más tarde la libertad de los salones, las emociones del teatro, la tentación constante por el espectáculo del mal...

—Y rara vez,—interrumpió el cura,—el ejemplo de la virtud.

—Por fortuna Josefina es una de esas natu-

ralezas que repugnan instintivamente lo torpe. No es necesario esforzarse mucho para que lo aborrezca, y si lo fuese, usted nos ayudaría a ello. Un hombre de corazón, un sacerdote, ¿quién mejor?

—Pues crea usted, duquesa, que ni el hombre de corazón ni el ministro de Dios podrían aliviarla el peso de su santa tarea. Los medios que tiene para guiarla bien son infinitos; pero usted, usted sola puede emplearlos. Aunque mis hábitos me hagan como enviado del cielo, mi palabra siempre será palabra humana, y para una hija sólo es divina la palabra de su propia madre.

La hermosa y noble faz de Lázaro se iluminó con esa satisfacción intensa que produce la resolución inquebrantable de vencerse a sí mismo por amor al prójimo.

La duquesa, que ya empezaba a desasosegarse, esquivó las miradas del capellán. Su lenguaje era inesperado. ¿Qué decía aquel hombre? ¿Tenían realmente intención sus advertencias, o era que ella se acusaba adaptando a la situación el sentido de cuanto hablaba el cura?

Hubo un instante en que callaron ambos: él, por temor de ir más allá de lo prudente; ella,

por no escuchar cosas como las que acababa de oir.

—Vengamos a lo que motiva esta entrevista,—dijo de pronto Margarita.—Le he llamado a usted para algo que se relaciona, en cierto modo, con nuestra conversación, según el giro que ha tomado, y se lo diré en dos palabras. Cuando llegó usted a casa creímos que el capellán era demasiado joven... no se ofenda usted...: estábamos acostumbrados a la frente rugosa, a las canas del pobre viejecito que le precedió. Después hemos visto que el carácter suple en usted lo que otros adquieren a fuerza de años; y, francamente, nadie hubiera creído que pueda infundir tanto respeto quien cuenta todavía tan pocos. Al principio el cuidado de la capilla, la misa de los domingos y el reparto de las limosnas... no hizo usted más. Luego usted mismo nos ha ido convenciendo de que teníamos en casa una joya, de que podíamos confiarnos a usted por todos conceptos...: Josefina y yo nos confesaremos en adelante con usted: esto es lo que tenía que decirle.

—¡Conmigo!—exclamó Lázaro poniéndose en pie, y sin poder reprimir su asombro.

—¿Y por qué no? ¿Se niega usted? No creo que el depósito de nuestras culpas pueda abru-

marle. A Josefina, ya la conoce usted: tendrá usted, quizá, que desvanecer errores, esquivar preguntas, eludir respuestas, y hasta, en obsequio a su pureza, mentir algunas veces aparentando ignorancia de lo que no deba saber; pero no se verá usted obligado a resolver difíciles problemas ni perdonar graves faltas. Y en cuanto a mí, me dará usted buenos consejos, ahorrándome algunas amarguras. Yo, que parezco tan alegre, lloro a solas como si dentro de mí llevase algo malo de que pudiera librarme con el llanto. Llorar es nuestra defensa, con frecuencia nuestro recurso, a veces el mayor encanto, siempre nuestro verdadero consuelo. Pero, ¡qué diferencias establece el tiempo! Hay una edad en que el dolor se disuelve en las lágrimas como la sal en el agua; después, aunque se llore, también se sufre, y al fin ya no se llora, pero se sigue padeciendo.

—Eso será—repuso Lázaro—si el dolor procede de la culpa, como ponzoña rezumada de fruto venenoso; que mientras el sufrimiento no está manchado de delito ni tiene sabor a remordimiento, cuando es puro, no faltan lágrimas en que anegarlo. ¿Ha visto usted esas flores que, arraigadas a la orilla de los ríos, parecen prolongar su tallo si las aguas aumen-

tan, sobrenadando siempre? Pues semejante a ellas es la pureza del alma: no hay lágrimas bastantes para ahogarla. Nunca llega el corazón a endurecerse tanto que se le pidan en vano; más duras son las peñas de los montes, y de entre sus grietas surgen los manantiales.

Margarita escuchaba confusa. Era indudable que aquel hombre conocía su falta. Lo que la había dicho ya era algo; pero el modo de decírselo no podía ser más expresivo.

Estaban cerradas todas las puertas; el gabinete envuelto en las tintas pálidas del ocaso; los brillos de las sedas y el relucir de los metales amortiguados por la creciente sombra; la luz escasa parecía aumentar las distancias robando la forma a los objetos, y la mancha negra del ropaje del cura contrastaba con la esbelta figura de Margarita, que parecía absorber toda la claridad que penetraba por el ancho hueco del balcón.

De repente, hacia la puerta que conducía a las habitaciones de Josefina, se oyó el crujir de un vestido de seda que rozaba contra el muro: la niña venía al cuarto de su madre.

Lázaro se puso en pie, indicando a la duquesa con los ojos el ruido de los pasos que se acercaban, y ella bajó calladamente la cabeza.

La mirada del hombre no pudo hablar mejor; el silencio de la mujer no pudo decir más.

Al entrar Josefina estrechó a Lázaro la mano y besó a su madre. De allí a poco el cura y la niña conocieron que Margarita quería estar sola, y saliendo cada uno por distinto lado, la dejaron.

XII

Así llegó para Lázaro el momento decisivo de la lucha, el instante supremo en que las vacilaciones y las dudas habían de resolverse, informando en uno u otro sentido una resolución que decidiera de su vida.

La inexperiencia de la edad y la docilidad de la ignorancia le hicieron, casi niño, aceptar con alegría una misión, a la cual pensó dedicarse por completo, consagrándole la actividad de la inteligencia y el entusiasmo de la fe. Los que dirigieron su espíritu le hallaron dúctil y obediente para recibir las doctrinas de lo pasado, que fueron amoldándose a su pensamiento como el líquido al vaso. Nunca hubo hombre colocado en mejores condiciones para cumplir debidamente las exigencias de su sa-

grado ministerio. Aun resonaban en su oído las palabras del obispo cuando llegó a la corte y penetró en la vida moderna, no para llevar la agitada existencia del que vive al día, sin saber hoy dónde comerá mañana, sino para pasar las horas tranquila y reposadamente, sin más cuidados que cumplir con el formalismo y las exterioridades necesarias en una casa donde el capellán era un artículo de lujo. Tuvo a su disposición una capilla, de que vino a ser señor y dueño. Fué libre de día para sus obras de caridad, facilitadas por la liberalidad de los duques; fué libre de noche para las meditaciones y los rezos; nadie tendió redes a su buena fe, ni lazos a su tranquilidad; no hubo de luchar, y, sin embargo, su espíritu se volvió contra los que le enseñaron, su vida fué agitada, y su entusiasmo decayó lentamente. Sin olvidar los consejos del obispo, llegó a entenderlos como inspirados por un ideal distinto; dejó que sobre el altar de la capilla fuese posándose el polvo de la incuria; la caridad sirvió para amargarle con el espectáculo de las miserias sociales; las oraciones fueron trasformándose en las impías preguntas de la duda; las noches cedieron al insomnio; perdió la paz del alma, y sin faltar en nada voluntariamente a sus pro-

mesas, vió moralmente quebrantados sus votos. La misión que le impusieron y él aceptó confiado en leales propósitos, llegó a ser superior a sus fuerzas, y al convencerse de que no podía ser feliz, todo le pareció imposible, todo mentira.

El amor resumía todas sus ambiciones antes cifradas en la perfección religiosa, y precisamente cuando su conciencia rechazaba con más vigor lo que antes adoró, fué cuando las circunstancias le obligaron a adoptar una resolución que fijara definitivamente el sentido y la norma de su vida.

El conflicto se le presentó entonces bajo la forma de un dilema inflexible. Romper con lo pasado, o borrar de su porvenir la esperanza. Confesar el error franca y honradamente, o seguir siendo sacerdote de un ideal en que ya no creía. Ser un farsante despreciable a sus propios ojos, o un renegado para el mundo, porque la sociedad transige con todas las deserciones y todas las apostasías, pero no tiene piedad para la abjuración del clérigo. Y sin embargo tenía que abjurar o resignarse.

Lo primero sería aventurarse a la lucha contra el mundo; lo segundo, envilecerse. ¿Hasta dónde podían precipitarle las consecuencias de

una abjuración? Era imposible calcularlo: nadie debe echar cuentas sobre la maldad humana. ¿A qué grado de bajeza moral le arrastraría la abdicación de su propia dignidad?; ya se lo había dicho la duquesa: tenía que confesar a Josefina.

¡Confesar a la mujer que amaba! Es decir; emplear en provecho puramente humano y egoísta el prestigio de la Religión: valerse de la autoridad del sacerdote para escudriñar un corazón que como amante no podía sondar, utilizando su sagrada investidura en sorprender los secretos que le estaban vedados como hombre.

Otro cualquiera podría estrechar entre sus brazos la gentil figura de la niña, arrodillarse a sus pies, aproximar los labios a su oído, estremecer su alma con palabras de amor, y sorprender así sus secretos, sus pecadillos cometidos con algo de malicia, y revelados más con el rubor que con la frase. Pero él habría de emplear otros medios. Ella tendría que venir a buscarle, como penitente, entre la oscura lobreguez de un templo, al triste y fatigoso resplandor de los amarillentos cirios; caería de rodillas a sus pies, y le hablaría avergonzada a través de tupida y mugrienta celosía, oculto

el rostro con el espeso velo y acobardado el ánimo por el terror religioso. Las palabras saldrían de su boca indiferentes o medrosas, y él, que debía escuchar para perdonarlas como ministro de Dios sus debilidades, sus culpas, sus tentaciones, se embriagaría con ellas, aspirando el grato aroma del fruto prohibido. Los labios de la mujer quedarían detenidos ante la rejilla de madera; pero su aliento, penetrando en los oídos del amante, le agitaría el cerebro, fingiéndole las ardientes caricias de la tierra cuando debía sólo pensar en la conquista del cielo.

Su alma sufriría dos tormentos en un solo suplicio, deseando como enamorado lo que le mancillaba como sacerdote. El corazón y la conciencia libraban en su espíritu el mismo combate que antes riñeron la fe y la duda; pero el desenlace no podía ser igual. Sus creencias habían ido muriendo lentamente, día tras día, hora tras hora, como plantas criadas en la vida artificial y falsa de una estufa que de repente se sacan a la abrasadora luz del sol y al frío azote de los vientos; mas su corazón había de ser vencido por un imperativo de la voluntad, y su amor extirpado cruelmente como raíz que se arranca de cuajo con violenta mano.

XIII

Cerró la noche lluviosa y triste. Por los balcones del palacio de los duques empezaron a divisarse, a lo largo de las calles, luces de gas temblorosas y amarillentas, que se reflejaban como en un espejo en las húmedas losas de las aceras. Los caballetes de los tejados, las buhardillas, las chimeneas, destacaban las líneas de sus macizas sombras, bruscamente interrumpidas y dominadas por los negros contornos de las altas torres de los templos. En alguna ventana se veía lucir tras los vidrios mojados la pálida llama de una lámpara, y por cima de los edificios flotaba esa claridad que anuncia desde lejos el asiento de las grandes ciudades. Las calles estaban enlodadas, los jardinillos de las plazas encharcados con el

continuo gotear de las ramas de los árboles, cuyas hojas aparecían como barnizadas por la lluvia. El rodar de los coches y el chocar de los herrados cascos sobre el piso desigual y duro formaban un ruido monótono, constante, sobrepujado de improviso por los gritos de los vendedores, los pitos de los tranvías o las agrias notas de alguna murga que, refugiada en un portal, daba tormento a los oídos con sus instrumentos de cobre enfundados en sacos de percalina negra. En las puertas y sobre las muestras de las tiendas brillaban los reverberos o las bombas, proyectando resplandores enérgicos que iluminaban los escaparates llenos de sedas, objetos de níquel, cueros labrados, fotografías, frascos, botellas, estuches, corbatas, joyas, libros y cuanto el trabajo produce para que lo consuman las necesidades o la vanidad humana. Bajo los faroles, al borde del arroyo, las chulas y los granujas voceaban periódicos y décimos de lotería. Al atravesar de unas a otras aceras, las mujeres se levantaban la falda, más cuidadosas algunas de enseñar el pie que de resguardar los bajos. En las esquinas inmediatas a los talleres de modistas esperaban los estudiantes y los viejos verdes, acariciando en el bolsillo los billetes para ver

una pieza en Eslava, o las entradas de favor para bailar en *La Sutil*. Ante las iglesias, cuyas campanas tañían sin sofocar los ruidos de las calles, esperaban el fin de la novena las berlinas de algunas damas devotas con los caballos engallados y los cocheros cubiertos de largos impermeables. Por todas partes reinaba la animación que forma el continuo vaivén de los que vuelven de paseo o salen del trabajo y los que no hacen nada, yendo de un lado para otro, como seguros de tropezar alguna vez con la fortuna, sin preocuparse de buscarla.

Lázaro, apoyados los codos en el antepecho de una ventana de su cuarto, y hundido el rostro entre las palmas de las manos, sentía llegar hasta su oído por cima de las enramadas del jardín el rumor sordo y constante que se alza de la villa y corte en las primeras horas de la noche: rumor semejante al ronco y prolongado rugido de una fiera que se estira y se espereza antes de tumbarse a dormir.

Escuchando aquellas voces engendradas por el movimiento y la actividad de la vida moderna, pensaba que tras cada balcón, en cada casa, al resplandor de cada luz, al volver de cada esquina, habría quien sufriese torturado por la

pena; pero que nadie sufriría un dolor tan hondo y acerbo como el suyo.

Era llegado el momento de poner por obra su firme y decidido propósito. Había sonado la hora de abandonar para siempre aquella casa; mas antes quería abarcar por última vez, en una despedida que perdurase en su memoria, los rasgos de cuanto allí le había rodeado mientras vivió cerca de Josefina.

Miró al jardín. Entre las ramas de los tilos vió brillar, lavados por la lluvia, los cristales de la estufa, donde tantas veces hablaron de cosas indiferentes que ahora le parecían dignas de recuerdo eterno. Hacia la izquierda de la enorme adelfa que extendía sus ramas cargadas de flores, estaban las sillas y la mesita de hierro, junto a las cuales la espió tantas veces, bordando ella, devorándola él con las pupilas dilatadas, mientras el airecillo juguetón levantaba la falda de la niña hasta descubrir sus primorosos pies, o desprendía del talle el pañuelo de finísimo estambre. Un poco más lejos estaban, reunidos en un solo plantío, erguidos sobre sus esbeltos troncos, los rosales de la Malmaison y Alejandría, que cuidaba para engalanarse luego con las rosas que ella misma había regado. Todo parecía pronunciar su

nombre, y, por extraña casualidad, el único balcón en que había luz era el suyo.

Una idea imprudente, avivada por un deseo incontrastable, se apoderó entonces de Lázaro. Quiso, antes de partir, ver su cuarto, tender la mirada sobre cuanto la pertenecía, tocar lo que ella tocaba, y recoger, tal vez con la imaginación extraviada, el eco de alguna palabra de amor perdida entre los cortinajes del lecho virginal.

Eran más de las diez de la noche, y los duques, que se habían marchado con su hija a la ópera, no volverían probablemente hasta muy tarde. El jardín estaba oscuro, desierto; no se percibían más ruidos que el caer continuo de la lluvia sobre los enarenados paseos y las alegres risotadas de la servidumbre que comía reunida en una cocina de la planta baja.

Lázaro, conociendo que tenía el campo libre y seguro, bajó al jardín, lo atravesó andando casi de puntillas, y subió desde el vestíbulo a las habitaciones de los duques, llevando las manos delante, como quien se arriesga a oscuras y sin guía por un terreno poco conocido. El rumor de sus pasos quedaba apagado por la tira de tupida alfombra extendida a lo largo de los corredores. Al final de uno de ellos, el

punto luminoso que brillaba en el ojo de una cerradura le indicó el cuarto de Josefina. Las criadas se habían dejado una luz encendida. Avanzando entonces confiadamente, posó la mano sobre el pasador de la puerta, y abrió de pronto.

Una lámpara olvidada sobre la chimenea de mármol blanco esparcía tenues resplandores, filtrados a través de una bomba de cristal esmerilado, que, reproduciéndose en la luna de un gran espejo, duplicaba la imagen de la luz sin aumentar la claridad. En el centro de un veladorcito de ébano, cubierto por un tapete de seda con flecos de colores vivos, había un joyero de porcelana vieja de Sevres, y en el cóncavo de su copa varias horquillas, una sortija y una estrecha cinta tejida con raso de dos tonos, rosa y blanco. Tirado sobre la larga silla de reposo se veía un traje de calle con sus menudos tableados de seda, sus volantitos estrechos y sus largos lazos anudados como al descuido. Los frasquitos de perfumes y los acericos de encaje estaban desordenados en el tocador; y en la ancha jofaina de blanca porcelana el agua conservaba todavía las blancas espumas y las irisadas burbujas del jabón. Caída al pie de una silla había una enagua de

batista, y medio ocultas por sus huecos pliegues unas botitas de raso negro con pespuntes blancos. Puesto en el borde de una mesilla que sostenía algunos libros ricamente encuadernados, un espejo de mano con mango de marfil. Era el amigo más íntimo, el abogado consultor de la niña, el que decidía sin apelación del efecto de los peinados. Un poco más allá de las columnas que separaban el tocador de la alcoba estaba la cama, y en la penumbra de un rincón se alzaba un mueblecito maqueado, con sus cajoncitos entreabiertos, dejando caer hacia fuera algún trozo de encaje, alguna madeja de estambre. En el gabinete el atril del piano sostenía un grueso y manoseado tomo de melodías de Schubert, y de uno de sus candelabros colgaba un precioso sombrerillo de raso pálido, con plumas rizadas y anchas cintas de seda algo ajadas en el sitio donde se formaba el lazo. Delante del balcón había una jardinera y en su centro una jaula, cárcel de dorados alambres, donde, oculta la cabecita bajo el ala, dormía un canario de Holanda, su mejor amigo, casi el rival del espejito de marfil.

La luz tranquila, que caía como una caricia sobre cuanto iluminaba, parecía hacer visibles

a los ojos del espíritu el silencio y la soledad de aquella estancia, y el excitante aroma desprendido de cuanto usa la mujer hermosa y limpia impregnaba la atmósfera de efluvios como formados con emanaciones de flores extrañas y aliento de beldades soñadas. Todo era allí poéticamente sensual, y su influencia tanto mayor cuanto más puro era su origen.

Lázaro tendió la vista en torno, aspirando con fuerza aquel ambiente, cual si quisiera asimilarse algo de lo que la pertenecía. El espíritu y la materia, lo casto y lo lascivo, hablaban a su alma y a sus sentidos. Cada objeto le decía una frase, de cada observación brotaba un deseo, y a lo más puro sucedía lo más terreno. Unas cosas engendraban sentimientos dulces y tranquilos que confundían el amor con la adoración: otras hacían surgir los impulsos de la carne. Sus ojos lo escudriñaron todo... "Aquí se viste... aquí vive... aquí se peina... aquí duerme... aquí sueña... en esa almohada reclina la cabeza... este armario guarda sus secretos... aquél es el perfume en que humedece sus rizos. Allí están la imagen a quien reza la plegaria cortada por el sueño, y las sábanas a cuyo frío contacto se estremece su divino cuerpo„.

En su imaginación empezaron a dibujarse las exigencias de un nuevo deseo. Quería esconderse, esperarla, escuchar acercarse el coche que la traía, oir el ruido de sus pasos, el crujir de su falda en las salas contiguas y verla entrar, por fin, sola, descuidada, indefensa...

De pronto se fijó en que la luna del espejo reproducía su figura sombría y triste, discordante con cuanto le rodeaba. Su cuerpo, enfundado en la sotana, era una mancha negra erguida sobre la clara alfombra. Sus propias miradas parecían gritarle con mudo y terrible leguaje: "¿Qué haces aquí? Para ti no hay amor„.

Mas, de pronto, la voluntad por un esfuerzo supremo dominó todos los ímpetus de la imaginación, tantas veces culpable a despecho de la conciencia; y Lázaro salió de allí precipitamente como criminal que teme verse sorprendido.

XIV

Se encerró en su cuarto cual si tuviera miedo, atrancó cuidadosamente el balcón, y sin hacer ruido fué alzando la trampa que ocultaba el hogar de la chimenea.

A duras penas, con un mal cuchillo, hizo astillas la peana en que se sostenía la santa imagen puesta a la cabecera de la cama, colocó en el hogar los pedacitos de madera carcomida, y en torno suyo fué agrupando, primero los libros de rezo apoyándolos sobre las tapas y luego los accesorios de sus trajes sacerdotales, los alzacuellos, los rosarios, todo lo que podía recordarle aquel pasado que hubiera querido aniquilar de un solo golpe. Arrancó después algunas hojas de un breviario, retorciólas tranquilamente entre las manos, y sin vacilar, im-

pasible, sereno, las encendió en la lámpara, prendiendo con ellas los combustibles hacinados.

Una llama pálida lo rodeó todo; enrojeciéronse prontamente las astillas; las voraces y azuladas lenguas de fuego atacaron las compactas páginas de los libros, y a los pocos momentos, una llamarada de resplandores vivísimos iluminó el cuarto, ofuscando la luz de la lámpara, y proyectando siniestra claridad de incendio sobre la figura de Lázaro. Todo ardía. Los cantos de los tomos parecían haces de aristas encendidas, cada hoja era una línea, y unas caían sobre otras, torciéndose, quebrándose hasta romperse como gavillas abrasadas. Los pliegos sueltos eran rápidamente consumidos y en su lugar quedaba una película negra, ingrávida, escrita con caracteres de fuego, que se iban extinguiendo poco a poco. Las chispas rodaban sobre los volúmenes hasta hacer presa en ellos, y sus puntos rojizos, agitándose como larvas ardientes, roían las hojas antes que se cebara en ellas la enfurecida llama. Las tapas y las cubiertas de pasta empezaban a retorcerse; los pergaminos se abarquillaron, crujiendo y chasqueando, y las pavesas, absorbidas del foco de la hoguera, volaban

envueltas en una nube de humo hasta desaparecer por el cañón de la chimenea.

¡Cuánto hubiera dado Lázaro por trocar en cosa tangible muchos de sus recuerdos, para destruirlos también! Cuando el hombre abjura sus errores, debía tener el derecho de olvidarlos.

En el hogar no quedó de allí a poco más que un montoncillo de cenizas, entre las cuales se veían relucir los broches de un libro de horas, y los alambres del engarce metálico de un rosario.

El sacrificio estaba consumado. La conciencia se resistió siempre darle nombre de apostasía.

Entonces vinieron a consolarle esas ficciones engañosas que uno se forja en las grandes amarguras de la vida, falsas esperanzas que no han germinado al calor de la ilusión o del deseo, sino que llegan con paso tardo y torpe, rebeldes a la voluntad que las evoca: imaginó que la soledad, el campo, la quietud mental, apaciguarían sus penas, y desde lo más hondo del corazón dejó subir hasta los labios una palabra que murmuró amorosamente con voz muy baja. Todo su porvenir estaba condensado en ella.

¡La aldea!

XV

Salió de la corte en un tren mixto, que se arrastraba torpemente como reptil enorme condenado a recorrer siempre el mismo camino, saludando con silbidos estridentes los mismos lugares, deteniéndose en los mismos sitios, y al cabo de veinte horas de viaje llegó a la estación más cercana a su pueblo, para ir al cual había de atravesar una dilatada llanura, a la cual ponían límite varias colinas que se divisaban veladas por flotantes brumas.

Alzábase cerca de la estación una venta con honores de posada, a cuya puerta, sentados en torno de dos mesillas mugrientas e inseguras cubiertas de jarrillos de vino, bebían y vociferaban unos cuantos arrieros y zagales. Lázaro cruzó ante ellos sin detenerse, pidió albergue,

ajustó una mula para ir hasta su pueblo al otro día, y, encerrándose en un estrecho cuarto, se dispuso a pasar la noche.

Caía la tarde. Por la ventana se distinguían a lo lejos, oscureciendo con sus enormes sombras la incierta luz crepuscular, los picos de la vecina sierra envueltos entre vapores débilmente violados y azules. En primer término, las tapias llenas de carteles de colores y las vallas de la estación dibujaban con líneas de intenso negro sus contornos. Los rieles, abrillantados por el continuo roce de las ruedas, se alejaban hasta perderse en la revuelta de una curva; el polvillo del carbón oscurecía la tierra, marcando las rodadas de los carros, y a unos trescientos metros de donde paraban los trenes, indicando la entrada en agujas, empezaban a brillar los farolillos rojos y las señales de la vía.

Frente de la ventana, a regular distancia del corralón de la posada, contrastando su fábrica de piedra con el maderaje de que estaba formada la estación, había un edificio, rico en otro tiempo, a la sazón ruinoso, pobre, y sobre todo triste, como si fuera capaz de presentir la grandeza del rival que allí cerca y en pocas semanas alzaron unos cuantos hombres. Era una an-

tigua iglesia, restaurada muchas veces sin criterio fijo, y que hasta en los más pequeños detalles mostraba estilos de distintas épocas o caprichos absurdos de los piadosos donantes que facilitaron fondos con que sostener en pie aquella amalgama en que parecían haber tomado cuerpo los desvaríos de un arquitecto loco.

Todo el que dió dinero para la obra imprimió en ella algo de su mal gusto o su ignorancia. Tenía rejas del Renacimiento adaptadas a huecos ojivales, vanos trazados sin tomar en cuenta la ponderación de las fuerzas, masas aglomeradas donde faltaba resistencia y preciosas ornamentaciones recubiertas de grosera pintura. Hasta la Naturaleza, a veces caprichosa, había añadido un sarcasmo a tanta burla, dejando brotar en la cornisa y enlazarse con las labores de la alta crestería, muchas de esas florecillas de un amarillo sucio que crecen en las ruinas como coronas funerarias puestas por el tiempo sobre aquello mismo que destruye.

Daba acceso al edificio un arco ojival en cuya magnífica archivolta se veía multitud de santos puestos en mensulillas esculpidas, cubiertos por doseletes calados, pero todos desconchados y rotos. No quedaba apóstol sano, evangelista entero, virgen intacta, ni mártir respetado por

las salvajes pedradas de los chicos: los báculos, las mitras, los atributos y animales simbólicos estaban mutilados y dos o tres Padres de la Iglesia horriblemente desnarigados.

Lázaro, puestos los codos en el alféizar de la ventana y apoyado el rostro entre las manos, miraba distraído las bandadas de pájaros que, volando sesgadamente en torno de la vieja techumbre, venían a guarecerse en los intersticios de las tejas, y sentía que, tan rápidas como ellos, pero menos alegres, sus reflexiones iban trayéndole a la mente, revueltas con las tenaces preguntas de la conciencia, las inseguras disculpas de la razón. Sus pensamientos, en parte sugeridos por la realidad, en parte exaltados por su espíritu algo romántico, le hacían discurrir de esta suerte: "Todo ha concluído. ¿He hecho bien? ¿He hecho mal? ¿Por qué no experimento la dulzura que dejan las resoluciones honradas? Me he vencido: mi voluntad, domando los impulsos torpes, ha preferido a la hipocresía la sinceridad. Si cuanto creí era falso, mi alma se hubiera corrompido siguiendo en contacto con la mentira; si era cierto, la oración se habría manchado al pasar por los labios del impío. Tan despreciable es a mis ojos el incrédulo que finge devoción, como

el creyente que blasfema de lo que tiene por santo. He aceptado la desdicha por no doblegarme al envilecimiento, y, huyendo de ser perjuro, he parado en apóstata. He sido para la fe soldado leal y amante sin falsía; al dejar de amarla no he querido mentirla, que el corazón luego desprecia lo que prostituye. Plegaria que la vacilación suspende, frase de cariño que con el pensamiento se aquilata, ni entrañan fervor, ni revelan pasión. La religión y la mujer quieren al hombre todo entero: ambas transigen con el olvido antes que con la indiferencia, y para ellas en el menor desfallecimiento hay perjurio, en la más pequeña falta de entusiasmo hay engaño... Ya no volveré a *verla*. Creyente o renegado, no debe existir para mí. Emblema vivo de la felicidad, la he visto y la he sentido, gozando más que por la contemplación de su hermosura con los presentimientos en que el alma adivinaba las dichas que pudiera darme. Su frente, que nunca habrá de reclinar sobre mi hombro; su boca, que mis labios no besarán jamás, todo lo que sin haber llegado a conseguir juzgo perdido, me parece infamemente arrebatado antes de empezar a poseerlo. Ya no tendré estímulo para el bien ni energía contra el mal. Ser algo

por amor suyo me hubiera quizá impelido a serlo todo; ambicionar lejos de ella, es caminar sin término, pensar sin juicio, tender el vuelo sin que la mente sepa dónde ha de hallar satisfacción la esperanza...„

La claridad faltaba por instantes: las formas de arboles, casas, lomas y plantíos iban quedando como sorbidas y borradas por la creciente lobreguez de la noche.

Hendiendo el aire pausada y dulcemente sonó a lo lejos el tañer de una campana cuyas vibraciones se confundían con las repeticiones de los ecos.

"¡La oración! —pensó Lázaro—¡Si pudiera rezar!„

Bajó al zaguán, salió al campo, y como quien no pierde por la precipitación idea del sitio donde va, cruzando tierras sembradas se dirigió hacia la iglesia que desde su cuarto había visto.

Llegó hasta ella casi rendido, y parándose primero ante el portón cerrado, rodeó después todo el edificio a grandes pasos por si hallase otra entrada. No la había: pero contigua al templo, vió una casita que le pareció ser la morada del cura que lo tuviese a su cargo o del guarda que lo custodiase.

Avanzó resuelto, y con el aldabón de hierro que había en la puerta dió un recio golpe que, retumbando en la nave desierta de la iglesia, fué devuelto en seguida por los ecos más prolongado y más nutrido.

Entonces los pájaros cobijados entre las hendeduras de los sillares desquiciados, en los relieves de los frisos, en las estatuillas de los santos y las hojarascas de granito, se alzaron en medrosa bandada, yendo fugitivos y asustados a perderse en la altura o a refugiarse rastreando por los cercanos trigos.

"Así han huído—se dijo Lázaro—mis esperanzas; pero estas aves tornarán al nido antes que la noche cierre, y las ilusiones no volverán jamás al alma mía."

Nadie contestó al golpe. La iglesia y la casa estaban abandonadas. La campana cuyos tañidos llegaron hasta Lázaro, era la que en la estación del ferrocarril servía para marcar las horas del trabajo.

De allí a poco rasgó los aires el pito de una locomotora que venía lejana, y confundidos con su penetrante silbido empezaron a escucharse cercanos los alegres cantares de los obreros que volvían de su ruda tarea.

Era inútil rezar. A un lado estaban la sole-

dad, el egoísmo indiferente de todo lo que se siente morir, la puerta del templo cerrada para siempre; al otro los símbolos del porvenir, de la esperanza y de la vida. La Iglesia es como esas queridas desdeñosas que nunca vuelven a recibir entre sus brazos al que una vez se aparta de ellas. Lázaro se volvió cabizbajo a la posada. Junto al portalón de entrada, iluminados por la rojiza llama del hogar y las amarillentas luces de un velón, unos cuantos arrieros y mozos de mulas jugaban con barajas abarquilladas y sebosas, apurando vasos de vino; mientras otros más descuidados o menos resistentes al trajinar del día, dormían a pierna suelta encima de los arcones de la cebada y tumbados sobre las mantas y albardas de las bestias.

Lázaro los miró, casi con envidia, y pasó de largo.

XVI

Por un camino real que atraviesa los campos de Castilla rayanos con Andalucía, jinete en una mula parda, mal esquilada y sucia, va un hombre joven y de hermosas facciones, pero ojeroso, triste, pálido, dejando al animal que arregle a su capricho el paso, sin hostigarle con espuela ni palo.

En el cielo, de un azul intenso, no flota la más ligera nube. El aire, diáfano y trasparente, permite ver a grandes distancias las formas de las cosas, y el humo que se escapa de alguna choza perdida en la llanura, sube vertical y tranquilo a desvanecerse en la límpida atmósfera, sin que el más tenue soplo le conmueva.

Algún ventorrillo, con su rama seca colgada ante el portón, ofrece de trecho en trecho al caminante el cochifrito o el tasajo, compañeros del vino, y a lo lejos se extiende hasta perderse la blanca cinta de la carretera, manchada por los excrementos de las bestias, o hendida por las pesadas llantas de los carros. Dilátanse a uno y otro lado las estrechas paralelas de los surcos cubiertas por mieses amarillentas o verdosas, y esmaltando el gris oscuro de los secos terrones, crecen profusamente las encendidas amapolas, los azulejos pálidos y las margaritas de botón de oro. En las cunetas del camino, junto a los montones de guijo y pedernal recién partido, se arraigan los punzantes cardos, y rastreando entre los trigos, hurtando fuerza a las cañas y peso a las espigas, se extienden las tenaces gramas. El sol brilla con fuerza; en el suelo se recortan enérgicamente las sombras, y el poco aire que corre, impregnado de rústicos aromas, apenas consigue agitar las hierbecillas sedientas del agua de los cielos. Todo está seco; en cuanto alcanza la mirada no hay una noria, ni un árbol, ni una fuente. Como flotantes en el ancho espacio, se oyen sonidos que la distancia debilita: el campanilleo tembloroso de la recua,

el cántico semisalvaje del gañán, o el cansado voltear de alguna esquila de torre perdida en la soledad de la planicie...

La mula seguía su trote acompasado y lento, dejando tras sí lo que dejan todas las cosas de la vida: polvo que se alzaba en el aire, esparciendo un instante la nube sucia de sus átomos, para volver al suelo de donde procedía.

Las horas pasaban; a unos campos sucedían otros monótonamente iguales, repitiéndose sin cesar las quiebras del terreno, pareciéndose siempre en algo los caseríos, las granjas, los rediles vacíos, mientras sobre las lomas o en las laderas de los cerros se divisaban, como puntos inquietos blancos y negros, las ovejas y cabras que corrían acosadas por los celosos perros.

Ibanse luego poco a poco destacando del fondo luminoso del cielo los ángulos rectos y los macizos de las casas de las aldeas, con sus tapias de adobes y sus paredes blancas dominadas por la iglesia, en torno de cuyo campanario volaban las bulliciosas y alegres golondrinas y entonces Lázaro forzaba el trote de su cabalgadura, y llegando a la plaza del lugar, lo atravesaba rápidamente, sin reparar en las mujeres puercas ni en los chicuelos harapientos

que le miraban, curiosos y asombrados, desde las ventanas y los umbrales de las puertas.

En una revuelta vió de repente una sombra oscura extendida sobre la blancura del camino, que se movía avanzando lentamente en dirección contraria a la que él llevaba, y entre la cual brillaban a intervalos algunos puntos luminosos. Parecía una serpiente colosal de enormes escamas heridas por los rayos del sol, y seguida de una tenue nubecilla de polvo. Lázaro la dejó acercarse, parado en lo alto de un repecho, y al cabo de unos cuantos minutos vió clara, distintamente, lo que en un principio miró sin acertar qué era.

A pie, despedazados los trajes, roto el calzado, o descalzos y ensangrentadas las callosas plantas, casi sin ropa que mal cubriera su desnudez y les aliviara del frío, atados en parejas y alguno sujeto por los codos, venían hasta dieciséis o veinte hombres. Era una cadena de eslabones humanos brutalmente soldados; *gente forzada del Rey que iba a las galeras;* una cuerda de presos. En torno suyo caminaban custodiándoles, arma al brazo, unos cuantos guardias civiles. Lo que Lázaro había visto brillar en lontananza eran los hierros de las bayonetas.

Allí iban el que mató por odio; el que hirió por venganza; el que robó por codicia; el que hurtó por hambre; el que delinquió por flaqueza; el que pecó por vicio y el pervertido por la mala educación; aquel a quien la herencia de la viciada sangre hizo rabiosos los sentidos, y el de brutal naturaleza que dejó al instinto sobreponerse a la razón: juntos estaban el que holló la moral desconociéndola, y el que hizo mofa de ella despreciándola: atados a la par iban el avaro convertido en ladrón por la idolatría del oro, y el pródigo trocado en criminal por ansia de riquezas: caminando unidos, avasallados por la misma tristeza, iban el que fué malo por fanático y el que dejó de ser justo por incrédulo: llagas en los tobillos y heridas en las manos llevaban igualmente quien faltó a la ley por no tener, y quien la violó para tener más: todos respirando venganzas, invocando auxilios, premeditando fugas, distintamente sacudidos por el arrepentimiento o el rencor, pero sin que uno solo se eximiera de la pesadumbre y la vergüenza.

"Son los hijos de la pobreza y la ignorancia—pensó Lázaro.—La ley de la Naturaleza es la vida, pero la ley del hombre es el dolor. Ser bueno para sí es lo propio del débil: en serlo

para los demás están la sabiduría y la grandeza.„

La transformación que venía realizándose en su espíritu se completó en aquel momento y la metamorfosis que trueca en amor al prójimo el feroz egoísmo de la fe quedó cumplida.

Cuando estaba resuelto a sepultarse para siempre en la soledad y el olvido de su pueblo, el espectáculo de unos cuantos miserables que la sociedad expulsaba de su seno, amputados como miembros podridos, le persuadió de que si la fe puede morir, el amor a la humanidad es inmortal, Y aquella pobre criatura, el ateo capaz de conmoverse viendo rezar a un niño, el que sin creer en la amistad se hubiera sacrificado por un amigo, el que sofocó su pasión sacrificándolo todo al respeto de la mujer amada, dejó caer la cabeza sobre el pecho y lloró vertiendo sólo una lágrima, pero tan acre y tan amarga como si estuviese saturada de todos los infortunios de la tierra. Mas en seguida, de repente, rehecho y animoso, alzando el rostro, de cara al sol, inspirado por algo superior a sí mismo, dió la vuelta a la mula guiándola hacia la corte para lanzarse en el torbellino de la vida sin otra fe que el amor al Bien impuesto por la razón a la conciencia.

"Nadie tiene derecho—se dijo—a convertir el escepticismo en inacción. Mientras en el mundo suene una queja engendrada por la injusticia se debe luchar hasta morir, que para consagrarse al sacrificio no hace falta creer; basta amar."

En la misma dirección, pero a larga distancia, siguieron caminando entre dos remolinos de polvo, grande uno, imperceptible casi otro, los presidiarios y el jinete.

. . . . . .

¿Fué su alto y leal propósito a malograrse en la inmensa vorágine de los intereses del mundo? ¿Cayó como granizo que se derrite al contacto de la tierra o gota de lluvia que en el mar se confunde sin alterar la muchedumbre de sus olas? ¿Fué hierro candente sumergido en el agua que chasquea y se enfría? ¿Se desvaneció como la última vibración de la onda sonora perdida en el espacio? ¿O fué tal vez como el grano de trigo que el viento orea en la parva y cae en el montón predestinado a la siembra? ¡Quién sabe! Pero aquel espíritu sin esperanza, destrozado por la lucha del sentimiento que le impulsaba a creer, con la razón que le arrastraba a dudar, debió de escuchar una voz misteriosa que, como la de Cristo al

hermano de Marta y María, le arrancó del seno de las tinieblas y la muerte, gritándole enérgicamente:

—*¡Lázaro, ven fuera!*

Madrid, 1882.

JUAN VULGAR

I

Tiene, al comenzar este verídico relato, diecisiete años. Su infancia ha sido la de casi todos los muchachos de pueblo. Nunca estuvo para él la fruta demasiado alta, ni logró su abuela esconder las golosinas en sitio que no descubriera, ni había en la comarca perro que no le temiese. A pedradas turbaba el sosiego de los pájaros ocultos en las frondas, y entre burlas y veras, con sus requiebros, traía desasosegados los corazones de las mozas. Más de una, cuando él a la fuente se acercaba, fingió que no podía con el cántaro para que Juan la ayudase a levantarlo, mientras otra, dejándole ver los remangados brazos, alzaba vigorosamente el suyo, como dándole a entender cuán

apretado lazo formaría con ellos en torno de su cuello.

Una, a quien hasta sus compañeras llamaban Luisa *la bonita*, llegó, por fin, a hacerse casi dueño de su alma, y desde entonces Juan, buscándola incesantemente, comenzó a descuidar la vigilancia de la hacienda de su padre. Por la mañana, muy temprano, se apostaba cerca de la casa de Luisa para verla cuando se asomaba a colgar de un clavo la jaula del pájaro que entretenía sus horas de costura; ya entrado el día, iba a esperarla en el arranque del camino de la fuente, y le hacía tomar el sendero más largo, obligándola a andarlo despacito; a la tarde, sin que el calor le arredrase, pasaba varias veces ante su puerta, para verla cosiendo ante el cancel o para oirla, si estaba más hacia dentro, cantar coplas que querían decirle "aquí me tienes„. Después, al caer el día, hacían juntos el segundo viaje a la fuente, y al regresar envueltos entre sombras, ella le dejaba acercarse cuanto quería, más temerosa de la oscuridad que de los besos. Y luego, a la noche, cuando las gentes reposaban arrulladas por el airecillo que movía las ramas de los cercanos naranjales, él, apoyado en la reja y caído a sus pies el guitarro,

le decía ternezas con los labios y cosas muy atrevidas con los ojos, mientras la chica, de rato en rato, le abandonaba las manos, ya que los maldecidos hierros les separaban las caras.

Así pasaron algunos meses, hasta que el padre de Juan, labrador de mediano caudal y ambicioso de buen porvenir para su hijo, quiso poner por obra el proyecto que de tiempo atrás acariciaba. El chico de su compadre estaba en Madrid estudiando hacía dos años; a Martín Gonzalete, hijo de un ricacho del pueblo, sólo le faltaba un año para graduarse de boticario, y cuando en las vacaciones venía a pasar el verano con su familia, era de ver el contraste que formaban su traje y sus maneras con la ropa y los modales de Juan. Hasta el tío Pipierno, chalán que se pasaba la vida recorriendo ferias para vender burros reumáticos y caballos gotosos, había mandado uno de sus hijos a la corte a seguir la carrera de agrimensor. De suerte, que el padre de Juan, ganoso de prosperidades soñadas y espoleado además por el pícaro amor propio, fué de día en día encariñándose con su propósito. Cada vez que oía a la mujer de Gonzalete decir: "Cuando Martín *se desamine de últimas* le compraremos la botica de don Rufino„; cada vez que el tío Pipierno se llenaba la boca,

publicando que su chico estudiaba *pá engeniero der campo*, al pobre viejo le acometían intenciones de precipitarlo todo, enviando á Juan inmediatamente a la corte; pero luego, por no separarse de él, iba retrasándolo, temerosos su buen sentido y su corazón amante de la larga ausencia que era precisa. Los amoríos de Juan acabaron de decidirle. La muchacha era hija de unos arrendatarios suyos, que a duras penas podían pagarle cuando vencían los plazos; y aquel hombre, que se casó con mujer pobre, asustado ante la idea de que su chico hiciera lo mismo, decidióse repentinamente, y de la noche a la mañana corrió por el pueblo la noticia de que Juan marchaba a Madrid. Gonzalete iba a tener botica, el joven Pipierno iba a ser *engeniero*... pues Juan sería abogado, y con esto más señor que ninguno de ellos.

Cuando lo supo Luisa, el corazón comenzó a brincarle dentro del pecho como pájaro inquieto en jaula nueva, y aquella noche y las siguientes, hasta que Juan partió, el camino de la fuente y los hierros de la reja escucharon sonar más besos y oyeron más juramentos que tallos de hierba había en el campo.

Llegó por fin el día de la marcha.

Estaba la casa de los padres de Juan situada

al borde del camino. Tenía los muros escrupulosamente enjalbegados, y las ventanas pintarrajeadas de colores chillones y llenas de macetas floridas. En el caballete del tejado se perseguían unas cuantas palomas, y volando rápidamente ante los nidos hechos entre las vigas del alero, pasaban piando las golondrinas. A lo lejos, perdidos entre los trigos, se oían de rato en rato el chirrido de una cigarra, el rechinar de un carro o el canto de un bracero. Las enormes pitas de hojas punzantes y anchas proyectaban sus sombras caprichosas y enérgicas sobre las tapias del corral, y un gigantesco grupo de palmeras de áspero tronco se cimbreaba suavemente a impulsos del viento, que gemía entre el enorme y frondoso ramo de sus copas. Una luz muy ardorosa y un ambiente muy seco lo envolvían todo. La llanura amarillenta del campo se confundía en el horizonte con el intenso azul del cielo. La tierra estaba grietada, sedienta; en los lechos de las corrientes exhaustas brillaban al sol los cantos como pulidos y lustrosos; el paso perezoso de una bestia cansada o el brincar de un chicuelo, bastaban para alzar del camino una nube de polvo.

—Desde aquí hasta el tren, vas en el po-

tro,—había dicho a Juan su padre—allí lo dejas *confiao* al jefe, que ya nos conoce. Yo enviaré por la bestia.

En la puerta de la casa, cuyo ancho zaguán se veía hacia el fondo lleno de arreos de mula y aperos de labor, un mozo ataba a la silla del caballejo el maletín de Juan, mientras éste entre los brazos de su madre, por hacerse el fuerte, se tragaba las lágrimas. Ella lloraba poco y le apretaba mucho. La hermanilla pequeña sujetaba a duras penas con sus endebles manecitas la cabeza de un perro que ansiaba partir ladrando ante su amo; y apoyada en el quicio del portón, alguna de las que pusieron en Juan sus esperanzas le contemplaba tristemente, mientras él, ya desprendido de la madre, cambiaba abrazos y apretones de manos...

—Vete ya;—dijo por fin el padre—alguna vez has de empezar a ser hombre.

—Cuídate, no hagas barbaridades—añadió la madre.

Momentos después, la polvareda que iba levantando el primer trote del jaco ocultó a Juan en un recodo del camino. La madre agitó inutilmente su pañuelo, el viejo se frotó los ojos con el revés de la mano, y ambos se miraron calladamente. Hubo un momento en que

la pena que debía unirles parecía un rencor que les separaba.

—¡Bah... sea lo que Dios quiera!—exclamó el padre.—*Tiė* que hacerse hombre... Ya *gorverá*, mujer, ya *gorverá*. ¿No han *güerto* los demás?

Y arrojándose uno en brazos de otro, lloraron juntos...

El caballejo siguió trotando. Juan, dominado antes que por sus propios pensamientos por la sorpresa de dejarse a la espalda con tal facilidad gentes y cosas tan queridas, miraba como embobado la blanca línea de la carretera, que parecía irse alargando ante sus ojos. De pronto, al llegar junto a la linde de un olivar, que distaba del pueblo más de media legua, vió destacarse un bulto de entre los troncos: alguien venía a su encuentro.

Era Luisilla, que ansiosa de despedirse de él sin testigos, había salido del pueblo antes que su novio, y echando por un atajo le esperó a la sombra de unos olivos. Apeóse el muchacho, ató el caballo a un árbol, y estrechando entre las suyas las manos de la niña, le dijo con amante enojo:

—¿*Pá* qué has *venío*? ¿No ves que *er* día echa lumbre?

—¡Quería decirte tantas cosas!...

—Dímelas *toas*; pero díme antes que has de quererme, aunque no me veas, lo *mesmito* que si nos hablásemos.

—*Pá* eso sólo no vendría. Quiero otra cosa... Ya sabes que sé leer y *escrebir*. Pues tú me has de *escrebir*, y yo a ti también... y como me *orvides*, como no me quieras... en fin, que hasta que pase mucho tiempo y vea yo que no me *orvidas*, ¡vaya una vidita que me espera!

—¡Si me quisieras de *verdá*!...

—Veremos quién lo prueba mejor. Yo de ti no sabré más que lo que tú me digas. Cuando *guervas*, te dirán si yo he *procurao ná* porque me mire *dengún* hombre. Te *yevas* mi corazón... Más *aquejerada* me dejas, que si me hubiesen de matar...—Y al mismo tiempo que le hablaba, involuntariamente, sin malicia, pero avara de caricias, le echó al cuello los brazos diciéndole:—¡No quieras nunca a otras!

—¡Nunca, mi vida, nunca!

—¿Por estas?—dijo ella entrelazando los dedos de las manos y formando cruces.

—Por esas... y por estos—replicó él estrechándole las manos y dándole dos besos largos y muy apretados en la boca.

—Juan, véte ya, por Dios, que estamos locos... anda, que de aquí a allá te quedan

cuatro leguas. No pierdas el tren por culpa mía.

—¡Adiós, Luisa!

—¡Adiós, mi Juan!

Desató el jaco, sacóle del olivar al camino y montó. Entonces ella, subida sobre un montón de guijo de lo que había junto a la carretera para rellenar los baches, le dijo con lágrimas en los ojos:

—Dame otro beso.

Un instante después quedó sola, mirando cómo a lo lejos iba él todavía volviendo la cabeza. Luego, el bulto formado por la bestia y el jinete fué haciéndose con la distancia cada vez más pequeño hasta que al fin desapareció tras el declive de una cuesta.

Volvióse ella triste y acongojada hacia el lugar, pero andando de prisa, porque no chocara su tardanza; y aquella tarde, para ocultar su pena, mientras tendía en el corral de su casa unas ropas recién lavadas, cantó las mismas coplas que cantaba cuando sabía que *él* pasaba ante su puerta.

. . . . . .

Tú eres mi dueño querido,
No lo llegues a olvidar,
Que tus hijos y los míos
Hermanos se han de llamar. (1)

(1) Copla andaluza.

II

Juan tenía más imaginación de la que conviene al hombre: *la loca de la casa*, dominaba imperiosamente en su espíritu. Nunca le parecieron, como a don Quijote, alcázares las ventas, ni tomó por princesas a las criadas de mesón; mas su fantasía, alterando las impresiones de la realidad, todo lo engrandecía y poetizaba. A cualquier mal hallaba remedio su esperanza; ningún bien era mezquino ante sus ojos; los ideales más lejanos le parecían fácilmente realizables; amaba el bien, y sentía la belleza por instinto; pero su imaginación se encargaba luego de exagerar lo bueno o agrandar lo bello; y su mente, considerándolo todo bajo el influjo de un optimismo engañador, se iba poblando de ideas falsas sobre el mundo y la

vida. A todo pensamiento hermanaba algo de aspiración: el porvenir era para él un libro en que faltaba la palabra Imposible.

Aquella predisposición a deleitarse fácilmente con lo hermoso y a sentirse atraído por lo bueno, se manifestó en Juan desde los primeros años de su juventud. En tanto que otros mozos del pueblo trabajaban con la frente sudorosa y la mano encallecida, él se abismaba contemplando los celajes de una puesta de sol, y a veces, más que el ver llenar las trojes de su padre, le entretenía observar si las enredaderas habían trepado bien en torno de una ventana.

Los grupos de gañanes y mozas que naturalmente se formaban en la recolección de la naranja, con sus fondos de boscaje verde y su brillante luz meridional, le encantaban por su aspecto artístico sin dejarle pensar cuánto produciría todo aquéllo; y si alguna vez oía de los sujetos al duro trabajo corporal una maldición o una queja, imaginaba que ha de venir un tiempo en que nadie reniegue de su suerte. Pero su fantasía, vigorosa al fingirse esperanzas, era indolente al concebir remedios; sin darse cuenta de ello, se asemejaba a esas plantas que viven del rocío y lo esperan lozanas,

cual si estuviesen seguras de que no les ha de faltar nunca.

Aunque Madrid le puso luego más cerca del dolor, como tenía asegurada la existencia, fué en vano que sus ojos presenciaran lástimas y sus oídos escuchasen lamentos. Partió el tiempo entre el estudio y los placeres, y cuando su optimismo le ofreció en las ciencias alivio a todos los males de la tierra, hasta llegó a creer que el trabajo podría ser un goce. La humanidad le pareció la eterna desposada del progreso. Para él, existía entre el hombre y la esperanza un maridaje indisoluble.

A los tres años de haber salido del lugarejo en que nació creía tener ideas fijas.

. . . . . .

Pasó en Madrid muchos meses sin contraer amistad con nadie. Sus paisanos, Martín Gonzalete y el hijo del tío Pipierno, llevaban una vida que hizo imposible toda intimidad. El primero estaba en amores con una mujer que no le dejaba nunca libre y el segundo pegado como un parásito a un señorito rico y muy bruto, que se aficionó a él por lo entendido en cosas de caballos. El señorito rico elegantizó al Pipierno, y éste instruyó en lo caballar a su protector.

Vino, por fin, una época en que Juan comenzó a tener amigos. Un día, en cátedra de derecho romano, como hubiese faltado dos mañanas a clase, se atrevió a pedir prestados los apuntes de la explicación al compañero que tenía al lado. En realidad, aunque necesitaba los apuntes, también le movió a pedírselos a aquel condiscípulo y no a otro de los que cerca de él se sentaban, el haber observado una cosa que no acertaba a explicarse. Pepe Villena, que este era su nombre, tomaba los apuntes escribiendo renglones muy estrechos, y Juan quería saber a qué obedecía tal rareza.

—Advierto a usted—le dijo Villena al darle el cuaderno—que aquí faltará mucho... Yo tomo los apuntes en verso.

Era verdad. La manumisión, las justas nupcias, el tratado de testamentos, la patria potestad, estaban puestos en romances y en redondillas. Pepe Villena no tenía afición a la carrera de Derecho; la seguía por dar gusto a su familia y procuraba de aquel modo distraerse en clase y ejercitarse en la versificación, para la cual mostraba excepcionales condiciones.

Juan, que había ya leído a Espronceda, a Becquer y a Bernardo López García, los tres poetas favoritos, y no sin razón, de los estu-

diantes españoles, formó excelente idea de Villena; y, sobre todo, cuando supo que publicaba poesías en varios semanarios y que habían admitido un drama suyo en el *Teatro de la Risa*, creyó tener un amigo ilustre. Púsole luego Villena en contacto con otros condiscípulos, y de allí a pocas semanas Juan dejó de andar solo por los claustros de la Universidad. Como no le faltaba ya con quién hablar, asistía más temprano a clase, para estarse un rato en la puerta de la calle Ancha charlando con los amigos y requebrando a las muchachas; al salir, solía ir con ellos a una pastelería de la calle del Pez, donde por turno se convidaban a bizcochos borrachos; y cuando había dinero para más, solían jugar al billar en la travesía de las Pozas.

Los amigos de Pepe Villena lo fueron siendo rápidamente de Juan, y al llegar las últimas semanas de aquel curso, en esa época en que los estudiantes se emparejan para repasar juntos, resultó que era ya íntimo de media docena de compañeros.

A primera hora de la noche acudían a un café de la calle de la Luna, donde con la mayor tolerancia saboreaban el brevaje que les hacían tomar por moka: después se iban ence-

rrando en sus casas de dos en dos, para dominar tal o cual asignatura con el programa a la vista; y ya muy tarde, unos se acostaban y otros se marchaban a sus pupilajes, hartos de leyes, fechas, nombres latinos y pareceres de comentaristas.

En el café citado costaba el brevaje real y medio, que con el medio de la propina ascendía a media peseta; pero era tan malo, que cada sorbo daba un disgusto. Pedro Urgell, el mejor amigo de cuantos tenía Villena, dijo varias veces:

—Esta pócima cuesta aquí lo mismo que en todos lados, pero es peor que en ninguna otra parte. Debemos pensar en favorecer a un establecimiento más digno de nosotros.

El grupo continuó, sin embargo, por rutina, yendo algunos meses al café de la calle de la Luna. A esto llamaba Luis Valgrana, que era en todo aficionado a novedades, *la fuerza de la tradición*. Por fin, los sucesos arreglaron las cosas de otro modo.

Uno de los que formaban el grupo, Paco Recilla, tuvo la desdicha de que su patrona, mujer entrada, no en años, sino en decenios, se enamorase de él, dando en la mala costumbre de ir todas las noches con una amiga y el

sobrino de ésta al café de la calle de la Luna. Allí se sentaba a primera hora cerca de la mesa de los estudiantes, y hasta que se marchaban no dejaba de lanzar miradas incendiarias al pobre Paco, quien viéndose puesto en ridículo, rogó a sus compañeros que trasladaran la tertulia a otro café. Eligióse, por lo céntrico, el *Suizo*, y allí continuaron reuniéndose Juan Vulgar, Pepe Villena, Pedro Urgell, Luis Valgrana, Paco Recilla y otros cuyos nombres no pueden quedar en el olvido, como Juan Rejas y Félix Quemada.

Pronto reinó entre todos franca y verdadera intimidad. El prestarse apuntes, hacer novillos en cuadrilla, emparejarse para estudiar, ir al Retiro las mañanas de primavera, y al paraíso del Real por las noches, fueron cosas que contribuyeron poderosamente a consolidar las amistades. En el paraíso del Real, sobre todo, se realizó la estrecha unión del grupo, quizá debida a la afición que los más de ellos tenían a la música. Paco Recilla y Pepe Villena, especialmente, no pensaban más que en el Real. El primero llevaba un cuaderno en el cual anotaba las óperas que oía, los cantantes que *debutaban*, las representaciones que lograba cada partitura y hasta las piezas que se repetían: el

segundo era la desesperación de Paco, porque, presumiendo ambos de buena memoria musical, todos decían que éste tenía mejor oído. Lo cierto era que entre ambos retenían casi toda una ópera nueva la noche de su estreno, y a la segunda salían tarareándola.

Al cabo de seis meses, no era ya aquel un grupo de amigos, sino una orden sin convento. Salvo el habitar cada uno en su casa, puede decirse que hacían vida común. Por la mañana se veían en clase, o mejor dicho, en la puerta de la Universidad, porque desde allí se iban de paseo, o a la parada. A la tarde se reunían ante *la bola verde* que había en el escaparate de una antigua botica de la Puerta del Sol, bien para merendar pasteles en el *Suizo*, bien para repetir los paseos de la mañana o ir a ver cualquier novedad que en Madrid hubiese. Llegada la noche, vuelta al *Suizo* a tomar café antes de ir al Real, y retorno al mismo sitio después de terminada la ópera. ¡Mil veces a la vez bendita y maldita mesa del *Suizo!* De las veinticuatro horas del día, los que componían el grupo, pasaban de codos en ella lo menos ocho. Cómo y cuándo estudiaban, nadie ha podido averiguarlo: lo cierto es que, a fin de curso, ocurría aquello de *intelectus apre-*

tatus discurrit qui rabiat, y era raro que hubiese entre ellos un suspenso.

Siendo todos muchachos de claro talento, buen natural y genio alegre, se llevaban perfectamente; y en juntándose dos o tres, el tiempo se deslizaba que era un gozo. Jamás reñían, ni aun por el gusto de hacer las paces. Han pasado bastantes años, y nunca ha habido entre ellos un enfado formal. Sin embargo, aquel apiñamiento de amistades les fué indudablemente perjudicial. Todavía se reunen en la mesa del *Suizo*, la fraternidad que allí reina es la misma, y a pesar de ella, todos comprenden que aquel mármol, donde tantas y tantas noches se han apoyado, ha influído poderosa y no benignamente en su vida. En fuerza de acostumbrarse a estar juntos, cobraron injusta antipatía a todo el que no formaba parte del grupo. Cuando se les acercaba un desconocido, en seguida se le estudiaba el lado flaco para ridiculizarle; si alguno venía acompañado de un extraño a éste, se le ponía mala cara, y luego al íntimo que lo presentó se le increpabá duramente. La antigua preocupación romana, de que en todo extranjero hay un enemigo, llegó a ser para ellos artículo de fe.

Esta intransigencia y aquella concentración

de afectos produjeron malos resultados. Ninguno frecuentó círculos, ni casas donde pudieran adquirir conocimiento del mundo; todos descuidaron las amistades que les legaron sus padres; todos tuvieron escasas aventuras amorosas, y todos llegaron a hombres con muy poca o ninguna experiencia de lo que es el corazón de la mujer. En cambio, no contrajeron relaciones peligrosas, no se entregaron a la vida frívola de bailes y tertulias, y, lo que aún vale más, estudiándose unos a otros, viviendo casi en unidad de sentimientos e ideas, llegaron a apreciarse mutuamente con exactitud del valer de cada cual, y a conocerse a sí mismos. A ello contribuían por igual la ruda lealtad del aragonés, la finísima burla del criado en tierras andaluzas, la llaneza del castellano y el sentido práctico del catalán; porque entre los que formaban el grupo los había de casi todas las regiones de España, como también de las más opuestas aptitudes. Las discusiones interminables, el choque de ideas, lo que los gustos de unos influían en los de otros, aquel roce moral, persistente y continuo, concluyeron por absorber parte de la actividad de todos, dándose el fenómeno de que estando juntos tuvieran más ingenio que separados, como si su en-

tendimiento fuera un compuesto de partes que al disgregarse se debilitaban.

Finalmente, Juan, por completo consagrado a sus amigos, ni había adquirido en Madrid relaciones, ni trataba mujeres, ni tenía novia, ni puede decirse que personalidad independiente, ni se le alcanzaba del mundo sino aquello que en la mesa del *Suizo* se puso a discusión. Eso sí; la tal mesa era como un receptáculo donde venían a confundirse la ilustración, las lecturas y las reflexiones de cada uno para repartirse en provecho de todos. Hasta puede decirse que lo sabido por uno dejaba en seguida de ser ignorado por lo demás.

. . . . . .

. . . . . .

Así pasaba para Juan dulcemente el tiempo. Algunos años por Navidad, y todos durante las vacaciones de verano, iba a su pueblo, donde enorgullecía a sus padres con el cambio que en él se operaba rápidamente. Entonces experimentaba una recrudescencia pasajera en su amor hacia Luisilla. Mientras estaba en Madrid, de cada cuatro cartas de ella, contestaba a dos; pero al llegar al pueblo la veía con gusto, sentíase halagado por la constancia de la chica, y aunque sin fijar con la voluntad, tér-

mino legítimo ni pecaminoso a sus amores, se complacía en ellos.

Quien no transigía con el noviazgo era su padre. Hasta tal punto llevó su empeño en cortarlo, que para ello dió en ventajoso arriendo al de Luisilla unas tierras distantes del pueblo, a fin de que fijara en ellas su residencia con la muchacha. El plan produjo el resultado apetecido, y cuando al año siguiente volvió Juan, ya no vivía Luisilla en el lugar.

Ella, que confiadamente le dirigía las cartas a Madrid sin más que echarlas al correo, las suspendió, por no enviárselas a casa de su padre, hasta tener conocimiento de que hubiera regresado a la corte, y aquella tregua de todo un verano acostumbró insensiblemente a Juan a no sentir la falta de las ternezas que Luisa le escribía. Pero tornó a Madrid, pasado Agosto, y comenzaron a llegar a sus manos las cartas de la enamorada.

Ya era tarde. La primera le causó sorpresa. Se había creído olvidado, y hasta le fué indiferente el olvido. Al recibir la segunda, le molestó la duda de si contestaría o no. La tercera, y esto no le había ocurrido hasta entonces, le hizo reir por su carencia absoluta de comas y puntos, sus faltas de ortografía y sus giros

vulgares. Al llegar la cuarta, estaba vistiéndose para ir al café, en que le esperaban los amigos una tarde que convinieron ir juntos de paseo, y, sin abrirla, la tiró dentro de un cajón, donde se la encontró entre unas corbatas viejas a los ocho días. Mudóse luego a otra casa de huéspedes, pero como no volvió a escribir a Luisa, ni dijo a la antigua patrona dónde iba a parar, las cartas de aquélla se perdieron durante meses enteros. Alguna vez pensaba: "¿Me habrá seguido escribiendo aquélla? Mañana iré a Correos...„

Aquel mañana no llegó nunca.

Luisa continuó todo un invierno escribiéndole con frecuencia, dejando de comprar flores para pagar sellos, hasta que al fin, suponiendo que Juan pudiera estar enfermo, fué una mañana de su cortijo al pueblo, averiguó que los padres del muchacho tenían carta segura un día sí y otro no, y entonces, desengañada y herida en su amor propio, cesó de escribirle.

Cuando tomó esta determinación hacía varios meses que la tenía él enteramente olvidada.

III

Entre asistir a la Universidad y reunirse con sus amigos pasaba Juan la vida, y entre el manejo de los libros y el roce con los compañeros, iba su entendimiento ilustrándose.

El rasgo distintivo y más notable de su inteligencia, era una extraordinaria fuerza de asimilación. Lo que otros aprendían con esfuerzo, él lo dominaba casi fácilmente; por una sola manifestación, apreciaba la esencia de una idea: de cada hecho, de cada suceso, lo más importante, aunque fuese lo menos ostensible, era lo que mejor fijaba su atención; y así en sus estudios, como en el trato de las gentes, su talento consistía en saber distinguir y separar unas condiciones y unas cualidades de otras. Condensando sus impresiones en muy

pocas palabras, y expresándolas sobria y enérgicamente, mostraba poseer juntamente aquel hermoso don de asimilarse el fruto del trabajo ajeno, y una aptitud envidiable para trasformar en pensamientos propios las ideas que en su mente despertaban la reflexión, el estudio y el roce con los hombres. Pero junto a tales excelencias, faltábanle la constancia y el vigor intelectual que obrando a modo de fuerza de cohesión, confunden lo que se estudia y lo que se siente, para utilizarlos prudentemente. De aquí que no adquiriese en nada principios fijos, y que para él, aun las nociones más claras, fuesen como imágenes prontas a desvanecerse cediendo el puesto a otras distintas. Con la misma facilidad que aprendía, desvirtuaba lo aprendido; y al modo que un río ancho y sereno refleja sin detener su curso celajes infinitos, así su imaginación, impresionada un punto por lo que la hería, continuaba luego su carrera sin término.

En ninguno de sus diversos estudios logró dominar aquella movilidad de pensamiento esterilizadora de sus mejores facultades. Nunca supo escoger entre teorías y sistemas opuestos. Carecía de ese sentido práctico, especie de instinto, que hace al hombre atisbar lo mediano

entre lo malo y lo mejor entre lo bueno. Lo claro de su entendimiento daba envidia; lo débil de su juicio inspiraba lástima, asombrando que pudieran en un mismo espíritu darse juntas tanta facilidad para convertir la observación en conocimiento, y tal falta de disposición para imprimir forma provechosa a la experiencia.

Era voluble al estudiar, como algunas mujeres al querer. Durante dos o tres inviernos, no hizo sino sorberse libros de derecho penal, afanándose en saber cuanto se había escrito y continuaba publicándose sobre el poder que tiene la sociedad contra el individuo que delinque. Otra larga temporada le dió por la economía política, y pasando de unas escuelas a otras, las estudió todas. Después, apartándose de lo peculiar de su carrera, comenzó a leer obras literarias y de crítica artística; y así, confundiendo unas materias con otras, gozando en conocer muchas sin sacar fruto de ninguna, fué dejando pasar inútilmente el tiempo. Ni de los libros ni de los años sacó cosa de provecho.

Pero, ¿qué podía importarle, si su imaginación no cesaba de fingirle sendas distintas y fáciles que conducían a un porvenir seguro? ¿Hablaban las revistas extranjeras de una obra

histórica notable? Pues Juan, en seguida, enderezando el pensamiento por aquel camino, se decía: "¡Qué gran estudio podría hacerse, por ejemplo, con la *Influencia del espíritu religioso en la decadencia española!*„ Y con tal vehemencia acariciaba la idea, que a poco de concebirla se le figuraba ver el libro recién salido de las prensas, todavía húmedas las pág iginas, oliendo a tinta de imprenta y ostentando en el lomo de la cubierta el nombre del autor en letras negrillas, muy visibles: **¡¡¡Juan Vulgar!!!** ¿Le prestaba un amigo un tratado de derecho político? Lo devoraba en horas, se empapaba bien de su espíritu, y en seguida, dándose a pensar en el gobierno de los pueblos, llegaba a crear un sistema de política fundado en bases enteramente originales y nuevas, tan nuevas, que conseguía hermanar el espíritu de la tradición con la tendencia del progreso, o confundir el egoísmo del rentista con el hambre del proletario. ¿Iba con sus amigos al estreno de un drama? Pues apenas se apoderaba del asunto, tratado por el autor en la exposición del acto primero, él se forjaba otro drama, casi creía verlo en la escena, y cuando al final algún cómico salía a decir al público el nombre del autor, se le figuraba que

las gentes acogían con una salva estrepitosa de aplausos su propio nombre, y que al poco rato todo Madrid hablaría del drama de Juan Vulgar...

Las quimeras y las ilusiones se sucedían continua e incesantemente en el ánimo de Juan, de suerte que a punto ya de terminar la carrera, no mostraba predilección por nada, ni a nada parecía mostrar afición resuelta. Vivía con el dinero que su padre le enviaba, sin gastar sino aquello de que podía disponer, sin contraer deudas, porque no era vicioso; estudiando infatigablemente y gozando en comunicar a los amigos el fruto de sus lecturas; pero sin darse a pensar nunca en lo que haría, ni qué camino debía seguir al llegar ese momento en que el hombre tiene que vivir por sí solo. Transcurrieron meses y meses; continuó haciendo la misma vida hasta el día de graduarse; diéronle su título, y excepto ir a la Universidad, prosiguió después sin alterar en nada las costumbres adquiridas, cual si estuviese cierto de que el momento menos pensado la fortuna llamando a sus puertas le diría: "Vengo a ser tuya, ¿qué quieres?"

Varios de sus compañeros soñaban con defender pleitos; otros tenían inclinación a la po-

lítica; cuál fundaba su ambicion en escribir para el teatro; quizá hubiera entre ellos quien pensase hacerse rico de cualquier modo, pero todos sabían lo que se habían propuesto.

El único que ignoraba lo que quería ser, era Juan. Creyéndose, tal vez, capaz de todo, nada acometía con empuje. Su voluntad, siempre indecisa, parecía la aguja de un barómetro descompuesto.

IV

Al año siguiente de haber concluído la carrera, citáronse una noche de verano a las ocho en el *Suizo* casi todos los amigos del grupo. Cuando los demás, cansados de esperarle, se habían marchado, llegó Juan, contra su costumbre muy elegante, con levita, sombrero de copa y corbata negra.

—Ya se han ido, señorito—le dijo el mozo, restregando con un paño sucio el mármol de la mesa.

—¿Sabes dónde?

—Pues... unos decían que al Circo de caballos, porque es *día de moda*, otros que al Retiro... de cierto no lo sé.

Juan tomó café; pasó unos momentos dudoso sobre lo que haría; casi estuvo a punto de

quedarse allí toda la noche, como otras veces, leyendo *El Correo, La Correspondencia*, *Le Temps* y las *Ilustraciones*, todos los periódicos que hallase a mano; pero, por último, viéndose en un espejo con su levita negra y su camisa recién puesta, pensó: "No, hoy no me quedo sin ir a alguna parte."

A los dos minutos bajaba por la calle de Alcalá, codeándose con las gentes que, mostrándolo de antemano por el aspecto de sus ropas, unas más elegantes, otras más humildes, iban al Retiro o al Prado. Al llegar frente a la calle del Barquillo acortó el paso, como quien duda, y luego se dijo: "Estarán en el Retiro" y siguió andando.

Era la noche calurosa, pero soplaban a ratos débiles ráfagas de aire fresco que anunciaban el templado otoño madrileño. El polvo flotaba en la atmósfera, envolviendo los faroles en un ambiente que parecía palpable; al ensordecedor trajín de los carruajes, se confundía el pesado rodar de los tranvías que, dominando con su pito los demás ruidos, bajaban con las plataformas llenas de gente; de las bocacalles estrechas afluían parejas y grupos ansiosos de respirar mejor en las vías anchas; por cima de la muchedumbre que con andares de tortuga

cansada paseaba en el Prado, brillaban las luces de los faroles como puntos de fuego trazados sobre una niebla sucia, y en las cuestecillas del jardín del Ministerio de la Guerra lanzaban su fulgor intenso de intermitencias bruscas los focos eléctricos, envolviendo el alto edificio en una claridad vivísima que reverberaba en los vidrios de los balcones. Hacia la subida de la Puerta de Alcalá veíanse parados en apretada y doble fila los coches de la gente rica, mientras los lacayos, en alegres corros, murmuraban y maldecían de sus casas comentando las trampas de sus amos. En torno de los aguaduchos estaban sentadas las familias modestas, que se contentan con ver pasar a los que van a divertirse, y ante la puerta de los Jardines del Buen Retiro se apiñaban los curiosos y los que esperaban algo para decidirse a entrar: ya el señorito que aguardaba la llegada de la novia para seguirla de cerca, ya el que acechaba la entrada de uno que no pagase, para ver de penetrar con su auxilio.

Juan tomó su billete, lo entregó a los recibidores, y entró lentamente por el estrecho paseo de la derecha, en cuya arena las luces eléctricas proyectaban las sombras intensas del ramaje, semejantes a dibujos japoneses recor-

tados y negros. Cuando llegó al centro del jardín, había aún poca gente. En derredor del kiosko de la orquesta veíanse las sillas de enea, sucias y ennegrecidas por la lluvia, formadas en círculos concéntricos, vacías casi todas y tiradas algunas por el suelo. Frente al sitio por donde Juan había entrado, algunas familias charlaban reunidas en pequeños corros, los hombres mostrando a medio consumir el cigarro encendido de sobremesa, y ellas, vestidas con telas claras, abanicándose y arreglándose los pliegues de la falda. Por el ancho paseo circular daban vueltas, parándose de rato en rato, parejas de amigos engolfados en su conversación; algún pollo solo, con los brazos encogidos, el bastón sujeto por en medio, echada hacia adelante la cabeza iba mirando a los lados como quien busca lo que aguarda impaciente, y a la parte del *restaurant* oíanse de cuando en cuando chocar de platos y alegres risotadas.

Por ser noche de concierto y no de ópera estaban apagadas las luces del teatro, excepto las del proscenio, que alumbraban débilmente las letras multicolores y enormes del telón de anuncios; y mientras el público iba llegando en oleadas negras, esmaltadas acá y allá por

los brillantes tonos de las sedas, comenzaban a escucharse los desagradables sonidos de la orquesta, donde los músicos afinaban sus instrumentos.

Juan dió dos o tres vueltas buscando con afán a sus compañeros, y luego se sentó frente a la entrada, cerca de unos cuantos gomosos que hablaban como chulos, y al lado de una mamá con dos hijas cursis, pálidas y consumidas en la eterna espera de un novio quimérico.

Pronto fueron apareciendo cada instante en mayor número esos mil tipos madrileños que salen a luz los veranos, y que nadie vuelve a ver durante el invierno en ninguna parte: madres obesas con niñas espolvoreadas de arroz, vestidas con tres modas de retraso, y mostrando en sus pobres trajes la habilidad de sus manos junta con la escasez de sus recursos; papás que marchan a remolque echando de menos la tertulia del café donde hablan del entusiasmo político que había en 1840, y hermanos que acompañan a la hermana de mala gana mirando a la novia de reojo, como quien dice: "No lo he podido remediar„. Luego llegaron los que habían comido tarde, trayendo todavía en la boca el puro de grande espectáculo y las

damas que forman corrillos en los sitios menos visibles, para reir libremente los chistes de sus contertulios. Ya cerca de las diez, la muchedumbre compacta y apiñada empezó a dar vueltas por el paseo circular, cada vez más despacio, mientras los que permanecían sentados saboreaban ese placer propio del hijo de Madrid, que dispara una gracia contra cada uno de cuantos ve pasar.

Poco a poco, la animación había llegado a su apogeo. Los hombres miraban a las mujeres con descaro, y ellas sostenían la mirada, confiando a la ardiente expresión de sus ojos lo que debieran esperar de su recato; unas sonrientes como agradecidas, otras, irguiéndose desdeñosas. Cual plantas sanas y nocivas, crecidas en el mismo vivero, pasaban las buenas mezcladas con las malas, tal vez aquéllas envidiando las galas que éstas lucían. La casualidad, eterna creadora de contrastes, hacía que se codearan la niña honrada que sueña con los exámenes del muchacho a quien quiere, y la pecadora de oficio que suele, distraída, pronunciar en brazos de uno el nombre de otro: en el mismo grupo veíanse confundidas las señoritas ricas, elegantes, calzadas primorosamente, pero anémicas y ojerosas, y las mucha-

chas de mal disimulada pobreza, hermosas con esa hermosura fresca y lozana que desconoce los insomnios de las grandes fiestas y los tormentos de la vanidad, y en cambio vestidas a fuerza de economía y de maña, con las botas roídas por el uso.

Al paso de los hombres se escuchaban fragmentos de conversaciones, revelando a veces una sola palabra, un triunfo, un desengaño, una conquista; la grosera interjección de uno quedaba borrada por la frase de esperanza que decía el que iba detrás, y a los que acompañaban mujeres se les sorprendía la queja de los celos, la súplica impaciente o la cita para el día inmediato... Las harmonías de la música quedaban apagadas por el ruido de los pasos, el caer de las sillas, el crujir de las sedas, los murmullos de los corros y el airecillo de la noche, que agitaba las ramas de los árboles. El metal de la orquesta, sobreponiéndose de pronto a todos los demás rumores los apagaba con notas penetrantes; y luego, al llegar el canto dulce de una melodía llevada por la cuerda, tornaban a dominar el bullir de las conversaciones y el chocar de los pies sobre la arena. En los bancos cercanos al café, bajo las luces eléctricas que a ratos interrumpían bruscamen-

te su fulgor, veíanse los grupos de políticos sentados en torno de algún personaje, y al pasar junto a ellos se escuchaba una frase de adulación, el nombre de un periódico o un juicio relacionado con el suceso del día. Al hablar *el jefe* todos enmudecían, haciendo signos de asentimiento, y prestando mucha atención para repetir donde les conviniera lo que acababan de oir. En torno del kiosko correteaban jugando los niños, llevados por el egoísmo o el mimo de sus padres, causando la desesperación de los fanáticos por la música que les imponían silencio con chicheos y maldiciones; apoyada la silla en el tronco de un árbol, dormitaba alguna madre mientras la hija se hacía toda oídos para el galán que la cortejaba; de los corrillos aristocráticos se escapaban, quizá como comentario a un episodio de la crónica escandalosa, alegres carcajadas; y por el ancho paseo, donde la gente comenzaba a disminuir, iban en parejas, de prisa, mirando con descoco y llamativamente engalanadas las que, de no vender amor aquella noche, quizá no tuvieran qué comer al otro día...

Juan buscó inútilmente a sus amigos: no les halló en ningún corro, ni les vió pasar. Después de dar unos cuantos paseos, cansado,

aburrido, pero sin querer volver al café, porque aun era temprano para su tertulia de última hora, compró un periódico y se sentó por segunda vez.

Muy cerca de él, y clarísimamente iluminadas por uno de los focos eléctricos, había dos señoras, madre e hija, a juzgar por la semejanza de sus rostros. Acreditábanlas de ricas una sencillez estudiada y una rara elegancia en los menores detalles de sus trajes: ambas eran hermosas; la hija, con la agradable viveza de la juventud; la madre, con el encanto poéticamente melancólico de una beldad que no se resigna a ser víctima de los años.

—Mira, mira—dijo la dama—allí va la de Rasete con su chica y el majadero del novio.

—¡Qué facha de tonto!, ¿eh?

—¡Jesús, Dios mío, para tenerlo así más vale que no lo tengas nunca!

Juan, al oirlas, volvió la cara y miró sin descaro, pero con curiosidad. ¿Quiénes serían? ¡Qué hermosa era la niña!

Por bajo de la falda de una tela blanquecina y ligera, adornada de cintas y volantes de encaje, dejaba asomar los pies monísimos, calzados de zapatitos primorosamente hechos y finísimas medias encarnadas: llevaba un abrigo de

tan flexible tejido, que revelaba la esbeltez del talle: su animado rostro, de boca chica, nariz graciosa y grandes ojos azules, aparecía sombreado por el ala de un enorme sombrero coquetamente puesto, pero sobrio en adornos, y sus manos pequeñas, que jugueteaban con un abanico enorme de flores japonesas, estaban cubiertas casi hasta el codo por guantes de seda de un tono muy oscuro, sobre el cual resaltaba el círculo mate de un ancho y sencillo brazalete de plata. Su fisonomía picaresca y toda su figura, tenían, contrastando con las galas que ostentaba, los rasgos propios de las hijas de nuestro pueblo bajo, en quienes la gracia absorbe los demás encantos; y sus gestos burlones, sus miradas maliciosas, bastaban para adivinar en ella a la madrileña neta que, aun extranjerizada por la educación y las modas, conserva castizo y puro un tipo nacional. Parecía un modelo de Goya vestido por una costurera de París.

A cada suelto y cada noticia que Juan leía, la dirigía una mirada. Por fin, dobló y guardó el periódico; pero en seguida volvió a sacarlo y tornó a leer y a mirar cada vez con más insistencia. ¡Qué bonita le parecía! Ella, aunque sin corresponder a sus miradas, se sintió ha-

lagada; el aspecto varonil y elegante de Juan no le fué desagradable. Al cabo de un rato, cuando le creía más entregado a la lectura, miró también, y entonces, sorprendida por él, bajó los ojos, dejando caer lentamente los párpados. Juan desde aquel momento cesó de leer para fingir que leía; el periódico se trocó de distracción en pretexto; y sin pensar nada, sólo por placer de contemplarla, á cortos intervalos, siguió gozándose en mirarla a hurtadillas. Hubo un momento en que se fijó en los pies y sostuvo en ellos la mirada. Ella, a pesar de notarlo, no los ocultó.

"Es coqueta„, pensó Juan.

Luego, imaginando, por la falta de costumbre en tales aventuras, que quizá pecaba de descarado, leyó sin alzar los ojos tres o cuatro sueltos muy largos, y entonces advirtió que ella le miraba con disimulo.

De allí a un rato, sentóse al lado de las damas un caballero entrado en años que las habló familiarmente; se oyó a la niña decir varias veces "papá„, y pocó después se levantaron. Juan las fué siguiendo con la vista hasta que se confundieron entre la gente, y al verlas desaparecer, se puso en pie.

Desde que estaba en Madrid, era la vez pri-

mera que se había fijado en una mujer para él desconocida.

"Estas son las consecuencias de venir solo,, se dijo, como si hubiese hecho algo malo. Y echó a andar para ir al *Suizo*; mas dando la vuelta al paseo ancho en sentido opuesto a la dirección que tomaron las desconocidas, se halló de pronto frente a frente con ellas, cerca de la estrecha alameda de salida, donde la aglomeración de los que se marchaban hacía a todos acortar forzosamente el paso. Sus miradas y las de la niña volvieron a encontrarse, y en el rostro de ésta se dibujó una sonrisa ligerísima, apenas perceptible, que nadie pudiera tomar por signo de descaro ni aun medrosa señal de complacencia, pero que mostraba a las claras estar muy lejos de expresar enojo.

La escasa gente que en el jardín quedaba, tenía el hastío pintado en la cara. La orquesta había callado. A bastante distancia se oían las voces que daban unos cuantos hombres en los corrillos políticos; los gomosos, sintiéndose más libres, paraban a las pecadoras tuteándolas alto, para que les oyesen los que pasaban; alguna de ellas seguía dando vueltas llevando de la mano por fuerza, casi arrastrándole, a un niño de seis o siete años; otras continua-

ban sentadas bajo los faroles, contestando con dicharachos a las frases groseras y dando a los amigos de una noche golpecitos con el abanico...

Cuando quedaba ya muy poco público, sonó a lo lejos lentamente la campana de las monjas de San Pascual; los focos eléctricos comenzaron a apagarse, lanzando destellos y chisporroteos rojizos; y mientras, hacia la verja de salida, persistía el alegre rumor de los que se iban, en el sitio poco antes centro de tanta animación, sólo se escuchaban los pasos de algún vigilante o el ruido que producía un pobre viejo, cansado y soñoliento, al recoger los atriles de la orquesta.

Juan subió solo la calle de Alcalá, imaginando el modo de empezar su relación para referir a los amigos lo que le había ocurrido; porque aquello, para él, tenía todo el carácter de una verdadera aventura. Al llegar a la calle de Cedaceros, lo que le preocupaba, no era ya la manera de dar comienzo al relato, sino el recuerdo que dejó en su imaginación la figura de la señorita que le había mirado: "Sí, es indudable; me ha mirado... ¡y qué bonita es!..." Después entró en el *Suizo*, y por un raro propósito de discreción instintiva, no obstante su

primer impulso de ser comunicativo, á nadie contó nada.

A la noche siguiente, fué uno de los primeros que llegaron al jardín del Buen Retiro.

V

A pesar de aquel rasgo de prudente reserva, no tenía Juan carácter para callar por mucho tiempo a sus compañeros lo que le ocurría. En un principio, temeroso de las bromas que pudieran gastarle, guardó silencio; hasta pensó que era gran mérito aquella discreción, que tanto trabajo le costaba; pero a poco más de un mes, la vanidad que su buena suerte le produjo despertó en él vivísimo deseo de buscar confidente, y su fantasía, propensa a abultar los sucesos y desvirtuar los hechos, le pintó con alegres colores la perspectiva de referir pronto lo que le pasaba. El gozo no le cabía en el pecho; creyó amar, se supuso amado; todos los desvaríos de su imaginación, fundados en libros, teorías y estudios, cedieron el

puesto a la que él se fingió pasión avasalladora; y, como cuando solía edificar castillos en el aire con el plan de una obra que había de hacerle inmortal, o a semejanza de los ratos en que sus lecturas le arrancaban a la realidad, empezó a cimentar desatinadas esperanzas sobre la incierta y movediza base del capricho de una niña bonita.

Muchas veces, paseando con cualquier amigo, estuvo a punto de revelarle su secreto. Había días en que el primero a quien encontraba le parecía capaz de comprender lo que él sentía: otras veces desconfiaba de todos, suponiéndolos indiferentes, fríos, egoístas. Hasta llegaba a creer que, hablándoles de su dicha, sólo despertaría en ellos envidia. Por fin, una noche salió del café con Pedro Urgell, el catalán razonador y frío, y dando vueltas por las calles, tras hablar de cosas indiferentes, se encontraron otra vez ante la puerta del *Suizo*.

—Chico—dijo Juan—tengo mucho calor, yo no me meto ahí.

—¿Pues qué hacemos? No sabe uno dónde ir.

—¿Seguimos paseando?

—Como quieras.

—Casi todas las noches nos sucede lo mismo.

—Como que estamos limitados a nuestro propio círculo; no vemos, no tratamos a nadie, ni vamos a ninguna parte...

—Os lo he dicho muchas veces — continuó Urgell—el café es para nosotros una calamidad: nos hemos enviciado en venir aquí todas las noches... y, además, nos falta un gran elemento, la mujer...

—Sí, porque a cierta edad—le interrumpió Juan, cual si fuese hombre experimentado,—las que andan sueltas por ahí no le bastan a uno.

—Necesitamos otra cosa.

—Pero el tener novia también trae sus inconvenientes. Además, ya no podemos dedicarnos a recorrer tertulias cursis, ni enredarnos con la hija de la patrona.

—¡Sí, buenos calaveras estamos!

—¿Sabes cuál es el término de todo esto, de este desconocimiento en que estamos de lo que es la mujer?

—¿Cuál?

—Que caeremos con la primera que nos guste...

—Si nos hace caso.

—Eso no es tan difícil como supones. Lo malo es que no sabemos tratarlas, y pensamos

que van a reirse de nosotros... Es una tontería; porque, mira, otros que conocemos, sin que valgan más que nosotros, ¡tienen cada *lío!*... Por supuesto, que no son *líos* los que nos hacen falta... para eso cualquiera es buena.

—Lo que le halaga a uno es tener quien le quiera.

Juan no pudo ya contenerse, y haciendo bruscamente la revelación, dijo:

—Sí; como me sucede a mí.

—¿A ti?

—Sí, hombre, a mí... ¿Qué tiene eso de extraño? ¿No me puede querer a mí una mujer?

—Cuenta, cuenta... ¡Qué callado lo tenías!

—No digas nada a esos, ¿eh? Ya sabes; luego empiezan las guasas, y esto no es cosa de juego, sino muy seria.

—¿Pero se trata de una señorita?

—Tan señorita... hasta tiene coche.

—¿Y te hace caso?

—Sí. No nos hemos hablado más que unas cuantas veces; pero me han ofrecido presentarme en su casa.

—Chico, te pescan.

—Hombre, tanto, tanto... en eso no hay que pensar por ahora.

—Pero, ¿cómo, dónde la has conocido?

Juan refirió a Urgell la aventura del Retiro, y luego prosiguió:

—Su padre fué hace muchos años subsecretario de Hacienda o director del Tesoro, y dicen que robó. Están ricos, pero a mí eso no me importa.

—Nunca viene mal. Continúa.

—Volví al concierto cuatro o cinco noches seguidas, pero no las vi. Como ella me había mirado, sobre todo al marcharse, yo estaba deseando volver a encontrarlas, por ver lo que hacía. Además, te advierto que la chica es una monada... Por fin, al viernes siguiente, que era día de moda, las hallé sentadas en el mismo sitio y comencé el ataque.

—Pero, hombre, ¿tú?

—Sí, yo; lo mismo que un gomoso. Ella *tomaba varas*; me coloqué a corta distancia, y estuvimos así, *timándonos*, hasta que se levantaron. Al poco rato vi que las saludó Pepe Alones, y a la otra vuelta le pregunté quiénes eran. Son las de Volandas, y la chica se llama Mariquita; es una de las muchachas más elegantes de Madrid. La doncella me ha contado que les traen de París hasta las botas y los polvos de arroz.

—¿De manera que te entiendes ya con la doncella?

—Es una mezcla de aya y de doncella. Como hace mucho tiempo que está en la casa, y es inglesa, tienen en ella gran confianza. Esta confianza ha permitido que Mariquita y yo podamos hablarnos.

—¿Y cómo te has compuesto para ello?

—De un modo sencillo; bien es verdad que Mariquita lo facilitó mucho. Viven en la calle Ancha de San Bernardo, y un domingo que estaba yo esperando en la calle por si iban a misa, la vi salir sola con la inglesa. Puedes suponer que, por mucho que ella me había alentado mirándome en el Retiro y dos o tres noches en el Circo de Rivas, no me atreví a acercarme, pero la seguí hasta las Calatravas; luego fueron a comprar guantes, y la chica, casi todo el rato que estuvieron en la tienda siguió mirando a través del cristal del escaparate... Ya ves si esto era significativo. ¡Ah!, además, después supe que tienen costumbre de ir a misa en carruaje, y que aquel domingo fueron a pie, porque ella lo dispuso así para que yo pudiera seguirla.

—Nada, chico, la has flechado.

—Al volver de misa, cuando las dejé *encerradas*, me quedé en la acera de enfrente, por si se asomaba... y no se asomó; pero a

los pocos minutos volvió a salir el aya sola.

—¡Te irías a ella como un león!

—En el modo de mirarme cuando pasó a mi lado, conocí que no había de pegarme un bufido... y, en fin, chico, la acompañé un rato, la llamé elegante, la dije que a cien leguas se descubría en ella a la persona fina, distinguida, y concluyó por acceder a que escribiese a la señorita, pero dirigiéndole a ella el sobre.

—¡Eres un pillín! ¡Bueno te van a poner esos!

—Por Dios te pido que no les digas una palabra... Entre nosotros todo es motivo de burla.

—Y, ¿habéis hablado mucho? ¿Sabe quién eres? Porque te advierto que nuestra situación, y digo nuestra porque la tuya es poco más o menos la misma, no es muy a propósito para que la chica se ponga loca de alegría. Tenemos la carrera acabada... y nada más... Eres uno de los muchísimos abogados que andan por ahí sin tener a quien defender ¿Y el padre? ¿Te conoce? Porque tú no habrás dicho que tenías el oro y el moro.

—No, hombre, no. ¿Cómo había de mentir así? Pepe Alones, que es quien ha de presentarme, dirá la verdad: que soy abogado, y que mis padres son propietarios andaluces...

—¿Propietarios? Dirás labradores... De fijo que no llegas a entrar en la casa.

—Labradores... propietarios...—repuso Juan sin dejarle seguir—lo mismo da. Las tierras que tienen son suyas.

—No lo niego; pero cuando se dice propietario, parece que suena a rico; al que sólo tiene unos cuantos terrones, nadie le llama propietario. ¿A que no confiesas que pagas doce reales diarios a la patrona, y que cuando te marchas al pueblo los veranos vas en segunda?

—¡Qué cosas tienes!

—Chico, por tu bien te lo digo. No te forjes ilusiones. Rico no eres; haciendo de ese modo, *par lo fino*, el amor a una señorita, el día menos pensado te disparan la pregunta horrible de "¿cuándo se formaliza esto?„ y, ¿qué contestas? Aun suponiendo que la niña te adore hasta el extremo de renunciar a las comodidades de su casa... pero ¡quiá!... ¿O crees tú que todavía hay muchachas de las de "contigo pan y cebolla?

—¡Qué frío eres! Para animarle a uno, te pintas solo.

—¡No digas tontunas!

—Ella me quiere,—replicó Juan con aire de triunfo—me ama.

—Pues dejará de quererte en cuanto sepa quién eres, cómo vives, y tu origen humilde, y que tu padre es un rico... de pueblo. Sí; rico allí, pero aquí no. Tú mismo me has confesado que a veces te remuerde la conciencia cuando recibes el puñado de duros que te envían al mes.

—No se puede hablar contigo. No crees en nada. Para ti no hay amor.

—¡Otra majadería! Vaya, voy a convencerte de que estás haciendo una tontería. ¿Ha ido, por casualidad, el aya esa que dices a llevarte a tu casa algún recado? ¿Ha entrado en tu cuarto, donde todo lo que hay no vale una onza?

—Y los libros, ¿no valen nada?

—¡Qué libros ni qué niño muerto! ¡Si creerás tú que va la inglesa a fijarse en los libros! Sólo verá que no tienes ni aun percha, que cuelgas los pantalones de un clavo, y que en vez de zapatillas usas unas botas más viejas que las Partidas... Acuérdate de lo que te digo: si va el aya a tu casa y cuenta a su señorita lo que es aquella mansión de delicias, entonces se te caerá la venda.

—Si me hubiera figurado que ibas a hablarme así, no te cuento nada.

—Eso es: cierra los ojos a la realidad. ¿Hay desdoro en ser pobre?

—¿Pero le está vedado al hombre de posición modesta casarse con?... ¿Vas a sostener que sólo el rico puede ser feliz? Afortunadamente, ella tiene un corazón de oro; no es de esas niñas interesadas... abrasadas por la fiebre del lujo...

—¡Qué corazón de oro ni qué ocho cuartos! No niego que sea un ángel. Pero si le traen hasta las botas de París, y ha sido su papá director del Tesoro y ha metido las uñas hasta el codo, ¿piensas que va a concederte la mano de su hija?... ¡Calla, hombre, no seas bolonio! ¡Qué te ha de conceder la mano!... ¡Ni siquiera un guante viejo para que limpies esa cadena de similor que compraste el otro día... ¡Calla! y ahora me explico la manía que te ha dado por vestir de moda, y las preguntas a Perico sobre cuánto le llevó el sastre por el frac... ¡Vamos, hombre, te digo que vas a tener un desengaño feroz!

Después de callejear mucho, llegaron otra vez a la puerta del *Suizo*.

—No hables de esto con esos—dijo Juan.—Me voy, porque tengo que escribirle. ¡Tú has perdido la fe en todo!

—Daría cualquier cosa por leer las cartas que os escribís. O tú, sin doblez, por esa des-

ordenada imaginación que tienes, la estás engañando sin saberlo, o ella es tonta de capirote, o ¡qué sé yo! un pájaro raro...

—Tú lo has dicho—*nigroque ciycno*—añadió Juan, encajando uno de los poquísimos latines que sabía.

Urgell entró en el *Suizo*; Juan se marchó a su casa y por el camino, sin reparar en que tropezaba con las gentes que no querían dejarle la derecha, sin hacer caso de lo que le rodeaba, ni de los encontronazos que se daba hasta en los faroles, iba pensando: "Este cree que ya no hay amor en la tierra. ¡Pues no ha de haberlo! Las sociedades se fundan sobre el amor... esa eterna fuerza niveladora, democrática, incontrastable... ¿Qué tendrá que oponer a esto el padre de María? Hoy las clases sociales no están realmente separadas unas de otras... Quedan preocupaciones, pero han desaparecido los privilegios. Y, sobre todo, queriéndome ella... No soy rico; ¿y qué? Puede que llegue a serlo. Mi padre tiene tres naranjales, la naranja adquiere cada día precios más altos... Si yo fuera diputado, propondría que en toda la costa de Levante se crearan por el Estado colonias agrícolas y se plantaran muchos naranjos... Esto de las colonias agríco-

las bajo la tutela oficial sería una gran cosa. ¡Qué hermoso discurso podría hacerse! "Sí, señores (ya se veía él en pleno parlamento); nuestro comercio se acrecentará considerablemente en esa parte del país, cuyas tierras se trocarán en encantadores paisajes; cada año exportaremos tantos o cuantos millones de cajas de naranjas. (Aquí ponía una cifra fabulosa.) ¡Ya veo, señores, aquellos campos, hoy incultos, poblados de frondosísimos y productivos huertos, sobre cuyo ramaje oscuro resaltan como esferillas de oro los preciosos frutos y las olorosísimas flores que son símbolo de la pureza!...„ ¿Y que me contestaría el padre de María si yo le dijera: "Mire usted... tengo este proyecto... el Estado le da a usted tierras... o se compran, para el caso es lo mismo... Usted pone su dinero, yo mi iniciativa. La iniciativa es un capital...„

Continuó andando, y al atravesar una plaza pasó junto a un grupo de gente arremolinada, de cuyo centro salían gritos y protestas. Acercóse y vió que dos agentes de orden público maltrataban brutalmente a un borracho. Después siguió su camino; pero aquel espectáculo dió rumbo distinto a sus ideas: "¡Floja paliza les pego yo a ser el gobernador! Si la gente se

les llegara a echar encima y les moliera a puñetazos, no faltaría quien dijese que quedaba hollado el principio de autoridad... En rigor, esto del principio de autoridad nunca ha estado muy claro para mí. Porque, vamos a ver: ¿qué derecho puede tener el Estado, por el mero hecho de ser una colectividad, contra el ciudadano, que es un solo individuo? Cuando el derecho de todos se opone a la autonomía personal, antes que derecho parece fuerza, la fuerza brutal del número. Y en otras esferas de la vida sucede lo mismo; todo fundamento de autoridad, es problemático, dudoso, contestable... Si Mariquita me quiere, aunque yo no tenga dinero, ¿qué autoridad, ni qué patria potestad, ni qué ley Moyano, ni qué diablos? ¡Vaya unas monsergas! Para vivir, no hace falta tanto. Lo que se necesita es orden, método; la vida del hogar debe regularse calculándose de antemano como quien hace un presupuesto o redacta el programa de una asignatura... Y, a propósito... ¿por qué no he de hacer yo oposiciones a una cátedra vacante?... Podría decir a mi futuro suegro: "Soy del claustro de la Universidad de Madrid„, o de otra parte; pero lo que más me convendría, sería quedarme en Madrid. ¿Que esto no es muy seguro?

¡Pues no ha de ser! Pronto vendrá un día en que la independencia del profesorado sea una verdad... La educación del pueblo es lo primero. No se verá entonces a los polizontes pegar a los borrachos, suponiendo que el que vi allá abajo fuese borracho... más parecía mendigo. ¡Cuántos hay! El pauperismo es una llaga social... ¡Ya se daría el Sr. Volandas con un canto en los pechos! De María estoy seguro; no es una mujer vulgar. De fijo que aprueba esto de las oposiciones... Cuando nos casemos dirá un periódico: "Ayer se verificó el enlace de nuestro querido y particular amigo el joven—porque soy joven—y distinguido, no, del ilustrado catedratico don Juan Vulgar con la bellísima señorita...„

Había llegado a la puerta de su casa. El sereno le abrió; pero cerró sin alumbrarle, porque Juan no le daba sino un par de *perros grandes* cada cuatro o seis días. Subió a oscuras, estuvo llamando largo rato en la puerta alta, hasta que la criada de la patrona salió gruñendo y restregándose los ojos a descorrer el cerrojo; entonces encendió un fósforo y fué a coger un quinqué que había en el pasillo sobre una cómoda arrinconada por vieja.

—¡No!—gritó la Maritornes;—ha dicho doña

Rosa que gasta usted un litro cada noche; en la mesilla tiene usted un cabo. ¡Y no tire usted la ropa de golpe sobre el sofá, que he puesto allí las tres, es decir, todas las camisas recién planchadas.

Efectivamente, en la mesilla colocada junto a la cama, encima de un montoncillo de libros, cuyos lomos mostraban en extraño consorcio los nombres de Rœder, Galdós, Schopenhaüer, Dickens, Arolas, Herbert-Spencer y Zola, había un cabo de bujía pegado con la esperma derretida a una caja de fósforos mugrienta de puro sobada, y sobre el sofá cojo, de *reps* verde, había tres camisas cuyos puños parecían tener flecos en fuerza de estar deshilachados por el roce.

"Con esto—se dijo Juan aplicando el fósforo al cabo—no hay para leer un cuarto de hora. No importa: cuanto más lee uno menos sabe... Lo que siento es no poder ahora escribir a María... ¡Bah! madrugaré„. Y se acostó.

Eran ya los primeros días del otoño. El balcón se había quedado entreabierto, el cuarto estaba frío y la ropa de la cama era escasa. Juan tuvo que levantarse para volver a ponerse los calzoncillos y echar sobre la colcha un gabancillo de verano.

A los pocos momentos se fué sosegando su alterado espíritu, dió al olvido la razonadora frialdad de su amigo Urgell, a quien suponía incapaz de comprenderle, y se borraron de su mente los proyectos y las ideas que se le habían ocurrido por el camino: ni siquiera le desveló el recuerdo de María.

Los que sueñan despiertos suelen dormir profundamente, sin que nada altere su reposo; cual si su imaginación, harta de desvaríos y quimeras, se aquietase como niño rendido por el cansancio y hastiado de juguetes.

VI

¿Estaba Juan verdaderamente enamorado? Ni él mismo hubiera podido decirlo, a ser fácil que su fantasía le dejara razonar sin confundir la realidad con la ilusión. Lo único indudable era que María le gustaba mucho. Aquella señorita fina, instruída, si se la comparaba con las mujeres que trató hasta entonces; discreta, que escribía mezclando a su natural ingenio las reminiscencias de cien párrafos de novelas, y que parecía apreciar con regocijo la diferencia que notaba entre él y los insulsos mequetrefes que antes la cortejaron, causó en su ánimo una impresión muy honda y sincera, pero distinta del amor. Cualquier mujer, regularmente agraciada y de esfera superior a la suya, le hubiese producido igual efecto. Lo que su-

puso amor, no era sino la aspiración que siente todo hombre de instintos delicados a una pasión noble. Habíase ya olvidado por completo de la Luisilla del pueblo; yaunque la hubiese recordado, la muchacha lugareña, amante y cariñosa, habríale parecido zafia y tosca para el hombre habituado al refinamiento intelectual que en él se desarrolló por el estudio y la vida cortesana. De aquel idilio de aldea no quedaba en el ánimo de Juan sino la impresión vaga de una niñería: si acaso de tarde en tarde venía a su pensamiento el nombre de Luisa, se acordaba de ella como del huerto de sus padres o como de las tardes en que con los otros chicos del pueblo salía a cazar tordos en el olivar cercano; pero jamás, desde que arrojó al cajón de la cómoda, sin leerlas, las últimas cartas de la niña, volvió a traer amorosamente aquel nombre a su memoria.

Por otra parte, exceptuada Luisa, no había tenido amores con mujer alguna, ni conocía del amor sino esa satisfacción física, rápida y exenta de poesía, que proporciona el placer comprado. No era, pues, de extrañar que le halagase el suponerse querido por María; ni había tampoco nada extraordinario en que ésta, a su vez, aunque sin sentir por él pasión ver-

dadera, prefiriese la hermosura varonil, la discreción y la elegancia natural de Juan a las figuras ridículas y enclenques de los caballeretes que frecuentaban su casa, y sólo sabían decirle galanterías vulgares o hablarle de modas, como si fuesen mujercillas.

Hasta las dificultades con que ambos tropezaban para tratarse, servían a su amorío de acicate. Juan, al par privado y temeroso de frecuentar la casa de los padres de María, si quería verla tenía que seguirla en los paseos, cuando iba a misa o salía a tiendas.

La idea de penetrar en casa de su novia, casi le producía mareos. ¿Qué papel iba a hacer entre la aristocrática gente que asistía a aquellos ricos salones donde imaginaba que todo eran tapices, plantas raras, rasos, muebles tallados y grandezas del lujo moderno? ¿Con quién podría hablar, si a nadie conocía, ni a quién tendría valor de acercarse? Todo esto, suponiendo que hiciese el sacrificio de encargarse frac. Varias veces María le había escrito y dicho que buscara quien le presentase a sus padres, pero a él esto le daba miedo. Sabía que hablándola a solas o por cartas, no perdería, antes por el contrario, ganaría a sus ojos, y al mismo tiempo repugnaba verse ex-

puesto, por falta de mundo, a caer en ridículo.

Entretanto, hablábanse gracias a un medio que, si pecaba de imprudente y a propósito para comprometer a María, daba a aquellas relaciones un tinte novelesco, que tenía encantado a Juan, y que si en ella era atrevidísimo recurso de arriscada niña madrileña, a él se le antojaba prueba de gran cariño.

Cuando algunas mañanas María salía sola con el aya, a tiendas o a misa, Juan las esperaba paseando a cierta distancia de la casa; al verlas echaba a andar precediéndolas, y ellas le seguían con precaución hasta una de las calles inmediatas, en la cual había un café pequeño donde nadie entraba de día y que seguramente no habían de frecuentar gentes que conocieran a los padres de la imprudente damisela. Entraban, él delante, ellas detrás; se sentaban en un rincón no muy claro, pedía Juan cualquier cosa, además de una botella de cerveza inglesa para el aya, a quien tenía la atención de llevar alguna de las novelas que continuamente le pedía prestadas, y mientras la poco rígida ciudadana de la Gran Bretaña hojeaba algún tomo de Javier de Montepín o Adolfo Belot, sus autores favoritos, los muchachos comenzaban a decirse ternezas.

Así pasaban media hora, a veces una; luego ellas tomaban un simón, hacían de prisa aquello a que habían salido, y dejando después el coche antes de llegar á la casa, entraban en ella renegando y maldiciendo de lo que las hicieron esperar en las tiendas, o quejándose de la lentitud con que el cura había dicho la misa.

En una de estas entrevistas, María, impulsada por la natural aspiración al temible sacramento, y Juan, dejándose llevar de su imaginación, hablaban de esta suerte:

—Así no podemos continuar;—decía María—el día menos pensado nos ve alguien, se descubre todo, y tengo un disgusto. ¿Por qué no buscas un amigo que te lleve a casa? Después... todo se andará.

—Tengo miedo a tus padres.

—¿Crees que te van a comer?

—No; pero conocerán que nos queremos, y en cuanto se convenzan de ello... se acabó todo. Tus padres no se resignarán nunca a que seas de un hombre que no tenga una gran fortuna, al menos una posición muy desahogada...

—Me quieren mucho, y no creas tampoco que son tan interesados. Además, aunque no seas rico, muy rico, algo tienes; tus padres es-

tán bien... Y, sobre todo, el primer día que vengas no han de hablar de esto, y luego... cuando vean que nos amamos... Dios dirá.

—Dios dirá lo que mejor le parezca, pero no me dará miles de duros.

—No seas descreído; dice papá que eso es de republicanos y de gentes que no tienen nada que perder.

—¡Ah! Tu padre llama perdidos a los republicanos. ¿Ves? Otro abismo nos separa.

—Bueno, eso a mí me es igual. Yo te quiero, y no me importa que pienses así.

—¿Me quieres mucho, de verdad?

—¡Más que a mi vida!

—¿Serías feliz conmigo? ¿Tendrás valor para renunciar a la vida de Madrid, y cuando yo sea catedrático venirte a una capital de provincia?

—Tener valor, sí que lo tengo; pero no habíamos de estar tan pobres. Viviendo aquí, con cierta economía .. Tampoco será cosa de tener una que privarse de lo necesario.

—Para mí, lo necesario es tu cariño.

—Yo te quiero con toda mi alma.

—Pero estás educada entre grandezas; tu casa debe de ser un palacio; vives rodeada de comodidades, de lujo, de bienestar. Tus pa-

dres, por cariño mal entendido, por error propio de vuestra clase social, no te han criado para los dulces goces de un hogar modesto, sino para que brilles en los salones como una flor costosa en la atmósfera embalsamada y tibia de un invernadero. (Esta figura le pareció a Juan afortunadísima.) Yo no soy más que un pobre catedrático (ya se creía catedrático), uno de tantos hijos del trabajo, a quienes la revolución no ha abierto aún camino a través de las preocupaciones tradicionales... tú eres la niña mimada de la fortuna. ¡Yo soy—añadió, recordando una escena del *Ruy Blas*, de Víctor Hugo—el gusano enamorado de una estrella! Pero vendrá un día en que las revoluciones...

—No seas simple. ¡Qué revoluciones, ni qué pamplinas! Mi papá también se metió en la revolución, y hoy dice que fué una barbaridad. Lo que hace falta es que me quieras mucho.

Aquí llegaba el diálogo con honores de arrullo, cuando la inglesa, paladeando el último sorbo de cerveza, dijo a María de pronto y al oído:

—Vámonos, señorita: es domingo, se hace tarde, van a cerrar la tienda, y si no llegamos

a tiempo puede que lleven otra vez la cuenta de los guantes... y con esta serán cinco.

La niña se levantó tendiendo la mano a Juan, que se la estrechó amorosa y largamente en actitud dramática. Un momento después salieron ellas del café y tomaron en la esquina más próxima el consabido simón, mientras él se quedaba pagando al mozo.

. . . . . .

. . . . . .

A los quince o veinte días de aquella entrevista, cuando después de otra parecida llegó Juan a su casa ebrio de alegría, encontró sobre la mesa de su cuarto la siguiente carta, tan pobre de ortografía como rica en ternura:

"*Alhamiya del Arroyo 4 de *** de 18****

Querido ijo juanito: Mealegraré que al resibo destas cortas lineas estes gueno, la nuestra es guena a Dios grasias ila familia tambien lo esta. sabras juanito de como tu madre y llo estamos mu tristes que es la primera bez de que estas aí que no podemos mandarte los treinta duros sino una onza nada mas polque todo esta mu arrancao y er gobielno celo yeva too. ay ijo mio tu provesita madre que pena tiene deno po-

del mandaltelo too pero cada dia bamos a pior y ayel degolvieron der tren los capachos del urtimo invio de narangas que dijo el contratista que no tomaba mas y asi vá too y nada temos querido icir hantes por no afligirte. en fin que como no eres gastoso menos mal digo yo que si pudieras emplealte en argo polque si no nosotros nopo demos como ban las cosas y sabe dios el mes que biene lo que cerá, pues cada semana etenido que despedil gente der trabajo y estamos toos tan tristes que parese que senos an caio los palos der sombrajo. adios ijo demi arma y resibe muchos besos de tu madre y espresiones de toos y el corazon de tu padre que lo es y berte desea

Antonio Vulgar y Oliva.

P. D. Como ya me afiguro que dempues der tiempo que a pasao que fué tu nobia y aunque lo sientas que le as de hacer. sabrás que la Luisilla que en paz descance murio ante aller en er pueblo que la abian traido ace un mes ya mu mala. don Roque el medico dijo ques taba tisis y oi a sido la Misa.

. . . . . .

¡Sus padres en situación angustiosa! ¡Luisilla muerta! Presa de una impresión tanto más fuerte cuanto más inesperada, Juan se dejó caer casi acongojado sobre una silla, arrugando la carta entre las manos. La perspectiva de la pobreza apareció terrible y despiadada a los ojos del soñador. Su imaginación, acostumbrada a aumentarlo todo, se fingió los que tal vez fuesen apuros pasajeros como irremediable ruina. Casi le pareció contemplar el triste cuadro del caserón de sus padres con los pobres viejos sentados junto al hogar sin lumbre, en tanto que los árboles les negaban sus frutos y hasta el agua de las acequias se secaba sorbida por la tierra al cruzar las asoladas heredades. ¡Padres del alma! ¡Qué dolor para ellos mirar al pie de los troncos dañados la fruta perdida antes de su sazón, y el huerto mudo de aquel alegre vocerío que alzaba de entre las ramas el regocijado cantar de los gañanes! En el fondo del arca donde el viejo guardaba el sobrante de los años buenos, estaría el taleguillo del ahorro vacío de monedas... Tal vez aquella onza que le enviaban sería la última. ¡Cómo debían de sufrir! ¡Cuánto tiempo haría que le tenían callada la ruina! Luego, desarrugando el papel, su vista se fijó en el nombre de Lui-

sa. ¡Pobre muchacha! El recuerdo de su hermosura vigorosa y enérgica, pareció retoñar en su memoria. ¡Qué ojos tenía tan grandes y tan negros! Su voz, temblorosa de amor, ¡qué sonido tan dulce cuando él, camino de la fuente, le hablaba cariñoso!... Durante una larga temporada gastó un vestidillo de percal oscuro con pintitas rojas, y al estrecharla el talle la tela cedía, dejándole sentir en los dedos el calor dulce de su cuerpo, que temblaba entre estremecido y pudoroso... Citas de amor, besos hurtados, frases de ternura, ¡cómo surgisteis en su corazón con forma de remordimientos! Vestido de pintitas rojas, pañoleta de crespón, que cubría su garganta, ¡cuántas veces os tocaron las atrevidas manos! ¡Todo resucitaba!...

La tarde que salió del pueblo, ella le fué a esperar media legua más allá de las últimas casas, junto al olivar, y se dieron un beso largo, muy largo... ¿Cómo se había borrado aquel beso de sus labios? ¿Cómo después no le abrasaron la boca otros besos que había comprado algunas noches en cualquier callejuela asquerosa al retirarse a su casa? ¡Qué animal tan repugnante es el hombre! Se olvidó de ella, dejándola morir sin una palabra de consuelo... Porque a los ojos de Juan era ya indudable,

que la había matado el dolor. "¡La tisis,—pensaba él—la enfermedad de las amantes abandonadas!„ Casi creyó verla, desencajada y pálida, recorrer los sitios de las citas pasadas murmurando su nombre... Aun conservaba sin haberlas abierto sus últimas cartas. Sí; debían de estar en el fondo del baúl, donde las echó al sacarlas del cajón de la cómoda cuando se mudó de casa, entre calcetines que ya no se podían zurcir de puro agujereados y corbatas viejas. Las buscó febrilmente, con los ojos llenos de lágrimas, sin olvidar la miseria de sus padres, pero experimentando al mismo tiempo, a modo de amargo consuelo, un sentimiento extraño de vanidad satisfecha. Quedaban cuatro. En ellas se sucedían las quejas, los reproches y las reconvenciones, mezcladas con expresivas frases amorosas, pobres de artificio, pródigas de ternura. En una de ellas le recordaba sus besos, le pedía celos, maldecía a Madrid, y después de decirle que ya no volvería a escribirle nunca, le pedía que la enviara sellos, porque sus padres no le daban cuartos.

Aquella noche apenas pudo pegar los ojos; no se acordó de María, y, al poco rato de un sueño intranquilo, despertó completamente desvelado y siguió saboreando sus penas como

un enfermo que contara los latidos del dolor. Después, con esa ficticia y pasajera fuerza de voluntad que caracteriza a los débiles, procuró serenarse, tratando de convencerse por mil modos de que la situación de sus padres acaso no fuese desesperada, y diciéndose que quizá Luisilla le hubiera olvidado mucho antes de morir. Todo aquello del abandono acaso fuese mera exageración suya. Lo principal era pensar en sus padres, aliviarles, buscar una colocación y trabajar, trabajar pronto, y, ante todo, escribirles diciendo que no le enviaran dinero, que él viviría como pudiese. "En estas situaciones se conoce a los hombres. El que no mira cara a cara serenamente a la desgracia, es un cobarde. La voluntad lo es todo en el mundo. ¡Escasez, pobreza! ¡Sois obstáculos insuperables para el apocamiento, estímulos para el alma bien templada! Vivir teniendo el porvenir asegurado, no es vivir; el que no lucha... la lucha por la vida, eso es, la eterna lucha por la vida, *struggle for life*, como dicen los ingleses. Todo es pasar mal unos cuantos meses. Me encierro en casita, me preparo bien, hago las oposiciones a una de las cátedras esas de que me hablaron el otro día... y si me la dan... ¡Qué mayor gloria que no deber a nadie nada! ¡Llegar

a ser hombre sin apoyo, sin auxilio, sin protección!„ La idea de la cátedra trajo entonces a su mente, el recuerdo de María. "Sí; al fin y al cabo, un catedrático no había de casarse con una chica de pueblo. ¡Pobre Luisa! Pero vaya usted el día menos pensado al extranjero a un congreso internacional teniendo por mujer una lugareña... Pero si le digo a mi padre que no me mande ya dinero... ¡Bah! dos meses, dos mesecitos más, y ni una peseta... ¡Yo seré quien les envíe la mitad del sueldo!„

Pasadas algunas horas, fué a echar al correo una larga carta para su padre, llena de tiernísimos consuelos, y por el camino, entre los proyectos y esperanzas que ya se iba forjando seguro de hallar remedio a todo, le asaltó la idea de que debía un tributo, alguna demostración de dolor a la memoria de la pobre Luisa. Lo primero que se le ocurrió fué enviar al pueblo, para que la colocasen en su sepulcro, una gran corona de pensamientos sin inscripción en las cintas; pero en la tienda donde entró le pidieron doce duros, y tuvo que desistir. ¿Escribir a los padres de la chica? No entenderían su estilo. Por último decidió vestirse un mes de luto; y si alguien le preguntaba la causa, contestar que era por una tía segunda.

En cumplimiento de su resolución, comenzó a usar a diario la levita, el chaleco y el pantalón negros; mandó poner al sombrero una tira estrecha de gasa, y compró para el cuello un pañuelito de seda a listas blancas y negras.

A los pocos días, llevando ya en el bolsillo un número de la *Gaceta* en que acababa de leer la convocatoria a los ejercicios de oposición a dos cátedras vacantes en Valencia y Sevilla, decía para sus adentros, paseo arriba, paseo abajo por lo alto de la calle Ancha de San Bernardo, mientras esperaba que saliesen María y el aya: "Lo mismo me da; ahora, a Sevilla o Valencia; andando el tiempo, por concurso o por medio de otra oposición, a Madrid. Veremos qué tiene que pedir el gaznápiro de su padre. ¡Mucho hay que trabajar, pero no importa! ¡El trabajo... la gran palanca! ¡Mis padres... el deber! ¡María... la mujer amada! ¡Qué grandes estímulos!„

Cuando ella se le acercó, sus primeras palabras fueron estas:

—Creo que en mi casa sospechan algo; ahora te contaré. Pero, calla, ¡qué guapo estás con la ropa negra!

Y entonces él, involuntariamente, se acordó de Luisilla, quizá muerta por su culpa, ente-

rrada en el miserable cementerio del pueblo y escarnecida con la farsa del luto.

Para su conciencia fué aquel un momento muy amargo. Por primera vez en la vida se vió ante sus propios ojos despreciable y ridículo.

VII

De las dos cátedras que había vacantes, una era de Historia de España, otra de Literatura Nacional. Juan comenzó a dudar por cuál de ambas se decidiría, pareciéndole que bastaba optar por una y prepararse bien para que lo demás marchase a medida de su deseo. El desequilibrio intelectual que sometía sus raciocinios a sus ilusiones; la imaginación, siempre dispuesta a desnaturalizar cosas, ideas y sucesos, que le hizo en otro tiempo creer que amaba a Luisa y que dió a su ánimo valor ficticio para luchar contra la adversidad; aquella misma acalorada fantasía, que pintaba a sus ojos como pasión incontrastable la inclinación que María despertó en él, le indujeron también a

forjarse nuevas ilusiones, destinadas a resolverse en nuevos desengaños.

Explicar Historia de España le pareció tarea hermosísima, y el prepararse bien para la oposición cosa no muy difícil en realidad. ¿Qué tenía que hacer? A juicio suyo, demostrar que conocía las glorias y las desdichas patrias contadas por ilustres escritores; compendiar en concisas frases y abarcar en grandes síntesis el carácter de cada época, la tendencia de cada período, la índole de cada personaje; y luego estableeer unas a modo de reglas generales, convergentes todas al ideal del progreso, que llamaría leyes eternas de la historia. Esto, sazonado con toques de erudición inesperada. Citas, pocas, pero raras. No hablar casi de las obras muy conocidas: nada de don Modesto Lafuente, ni del Padre Mariana, ni de Prescott, ni de Solís; y en cambio sacar a relucir párrafos de crónicas olvidadas, de historiadores, de hechos aislados, de cronistas regionales, y buscar datos en documentos literarios, revelando por la apreciación de los hombres contemporáneos a cada suceso el alcance que se atribuyó a las revoluciones y las ideas en los tiempos pasados. Había que redactar el programa de la asignatura, pero esto tampoco le

parecía difícil. "Época primitiva—se decía:—celtas, iberos, cántabros, Tubal, etc., etc., y luego fenicios, griegos, cartagineses, romanos, godos, árabes, la Reconquista,—allá iba todo de un golpe—la reunión de las dos coronas, la coronilla, la unidad nacional, la casa de Austria, la decadencia, los Borbones... y se acabó la historia de España." Con la misma facilidad que hacía esta enumeración, pensaba poder escribir completísimamente el programa exigido. Y luego, cuando le tocase discutir con sus contrincantes, ¡vaya unos discursos que pronunciaría! ¡Pobre Felipe II! ¡Desgraciado siglo XVII! ¡Cómo iban a quedar! Pues, ¿y la resurrección nacional de 1808? ¡Hermoso cuadro! Llamaría *sacratísimos* a los escombros de Zaragoza y de Gerona; haría el elogio de los guerrilleros; ensalzaría el sentimiento popular de horror a la invasión, y procuraría justificar la tendencia revolucionaria e ilustrada que dominaba en los afrancesados. Esta le pareció una idea muy original: sí, era preciso fundir en un solo latido patriótico el horror al extranjero y el influjo de la Revolución francesa. Así le sucedía en todo: partiendo de ideas sensatas luego comenzaba su imaginación a desbarrar.

Pues, ¿y la cátedra de literatura española? Tampoco había para qué asustarse. La única dificultad estribaba en saber demostrar al descuido mucha erudición y ser muy original en las apreciaciones. Lo primero era probar que conocía los críticos extranjeros; respecto a los orígenes del teatro, hablar de los *contrafacedores,* de las *albas* y *pastoretas*, sin olvidar la *comedieta de Ponza*; decir algo de los escritores arábigos, sacando a relucir que según algunos las coplas de Jorge Manrique son del Rey poeta Al-Motamid, de Sevilla; decir a este propósito algo de escritores moros, tan notables como Ibn-Chalikan, Makari y otros, en cuyas descripciones orientales parecen haberse inspirado nuestros mejores líricos; estudiar bien el Romancero y los *cantos de gesta;* suscitar la cuestión del naturalismo para probar que Quevedo ha dicho más porquerías, Cervantes más desvergüenzas y doña María de Zayas mayores inmoralidades que el mismísimo Zola; echar pestes, fáciles de justificar, contra el pseudo clasicismo a la francesa; y, sobre todo, poner junto a las obscenidades de las guías de confesores la delicadeza y ternura de la poesía popular...

Entre apreciaciones exactas, vulgaridades y

rarezas, cuanto había leído se le vino de un golpe a la cabeza, como aluvión que arrastrara juntos grano y arena, escoria y oro: todas las ideas que se le ocurrieron en años enteros de estudio acudieron en tropel confuso y mal barajado a su memoria. "Es claro—pensaba.—Yo no tengo amor propio, ni pretensiones de erudito: pero sé mucho; con ordenarlo un poco, estoy al cabo de la calle„.

Después de largas cavilaciones, decidió hacer oposición a la cátedra de literatura; y expirado el término de la convocatoria, tras largos estudios, tan trabajosos como mal dirigidos y desordenados, hizo los ejercicios.

Llegó el día del fallo. Reuniéronse en un salón los señores que componían el tribunal. Entre ellos los había de varias clases; desde insufribles sabios de real orden hasta hombres modestos verdaderamente instruídos; y junto a éstos, otros de aquellos que se labran la reputación poniendo a todo mala cara, no riéndose nunca y escribiendo a obras ajenas prólogos vulgares. Adoptaron todos actitudes muy graves y muy serias, dejando hablar largamente al que tomó la palabra, para coordinar ellos mientras tanto en la memoria las recomendaciones recibidas, y se prepararon a

votar según su conciencia. Luego, gracias a que la votación era secreta, cada uno salió del paso como quiso. Uno solo hubo que, hablando de los demás opositores, nombró a Juan de pasada, sin intención de que nadie se fijara en él.

—Sí—le interrumpió otro de los individuos del tribunal—ese debe de haber leído bastante, pero no lo ha digerido bien.

Juan ni siquiera fué incluído en la terna.

. . . . . .

El desengaño era tremendo. A juicio de Juan, la injusticia y su propia mala suerte habían sido causa de todo. Tenía convenido con María que el día que supiese el fallo del tribunal, si la noticia era buena, cruzaría a hora fija por delante de su casa, pasándose el pañuelo por la cara; pero al llegar el momento de la cita le faltó valor, sintió vergüenza, y cuando iba ya a cruzar sin hacer la seña por frente al balcón, tras cuyos visillos ella le aguardaba, de pronto atravesó la calle, esquivando que la niña pudiera verle, y pegado a la fachada de la casa, siguió lentamente hasta escapar como huído por la primer bocacalle que encontró. Ella le aguardó en vano, y después, por conducto del aya, recibió una carta muy romántica, por mi-

tad elejía del desengaño e himno al amor que le servía de consuelo, donde iban mezcladas las quejas de la decepción y las esperanzas del deseo.

"¡No importa!—terminaba la carta—¡Qué son los años cuando sé que al término de tantas luchas están tus brazos para recibirme!„—Esto de *los años* dejó a María desconcertada; pero contestó con otra epístola no menos amante, llena de protestas de constancia y juramentos de fidelidad.

Al recibirla Juan, faltóle poco para llorar de agradecimiento y ternura. Olvidó casi todas sus tristezas, y aquella noche, tras cubrir de besos el papel mensajero de tamaña dicha, lo guardó bajo la almohada y durmió tranquilo.

VIII

Cuando más en calma disfrutaba su amor la confiada pareja, si bien María empezaba ya a mirar con cierta repugnancia las excursiones al cafetín, el señor Volandas, sin llegar a enterarse de las escapatorias de su hija, supo que tenía novio.

El aya inglesa se había indispuesto con el ayuda de cámara, y por si ella contó o no contó a la señora, para que llegase a oídos del amo, cómo había desaparecido medio cajón de puros que se echó de menos, ello fué que el padre vino en conocimiento del noviazgo de su hija, y a la tarde siguiente la llamó cariñosamente a su despacho y le dijo, acercándola una butaca:

—Siéntate ahí, que tenemos que hablar de cosas serias.

El despacho del señor Volandas estaba en perfecta armonía con su personalidad. Todo revelaba allí mucho dinero, pero nada más. Alhajaban la habitación una alfombra espesísima, un papel cuajado de dibujos de oro en la pared, visillos de encaje en los balcones, una araña magnífica pendiente del techo, un armario negro muy chico, primorosamente tallado, con unas cuantas docenas de libros costosamente encuadernados, y una mesa con poquísimos pero muy ordenados papeles sobre la cual se alzaba una enorme escribanía de plata, que semejaba monumento de Semana Santa. Encima de un velador, junto a un cenicero de bronce, veíanse dos o tres periódicos conservadores, y tirada al descuido, en un sillón, alguna revista que tenía sin cortar las hojas.

—Siéntate, siéntate aquí, y vamos a ver si eres franca con tu padre. ¿No tienes nada grave que decirme? Este padre que satisface todos tus caprichos, ¿no merece un poco más de confianza? Vaya, clarito, clarito: ¿quién es ese muchacho? ¿Es verdad que la inglesa es quien lleva y trae las cartitas?

Entre severo y cariñoso arrancó a su hija la confesión de sus amores. Ella, excepto las citas en el café, todo lo contó, incluso el fracaso de

las oposiciones; y al hablar de Juan, sincera, pero ruborosa, dijo que era guapo, que sus padres debían de tener *algo* en Andalucía, que sabía mucho, pero que tenía muy mala suerte, y cuanto le pudieron sugerir la afición que le había cobrado y el temor que en aquel instante la embargaba.

—Basta, hijita, basta—le interrumpió su padre.—Es preciso que tengas un poco de juicio. Ese muchacho será un chico de provecho, no lo niego, pero no es cosa de que pierdas el tiempo en niñerías. Maldito si tengo prisa en casarte, no; pero no quiero devaneos...

—No es un devaneo.

—¡Calle usted! ¿Piensas que te he educado yo para un cualquiera, por sabio que sea? ¡Qué catedrático ni qué niño muerto! ¡Pues no faltaba más! Cuando ha puesto en ti los ojos y no ha venido derechito a hablar conmigo, mala señal. Eso es, mucho libro, mucho Ateneo... será de los que hacen discursos sin tener sobre qué caerse muertos... luego se busca una niña bien acomodada, y negocio redondo. ¡Don Juan Vulgar! ¡Vaya usted a saber de quién será hijo el señor de Vulgar! Y sea quien fuere, por Dios, hija mía, ¿crees que una señorita como tú debe prestar oídos al primero que la corteja

sin decir "soy tal cosa y tendré tanto o cuanto el día de mañana para mantener mis obligaciones?„ ¡Pues en gracia de Dios que hace falta poco para vivir en Madrid como vivimos nosotros! ¿Sabes lo que llevamos gastado ya este invierno entre modistas, abonos y la tontuna esa de las *sautteries* que armáis los viernes? ¡Cinco mil duros! Sí, señora, cinco mil duros. Quisiera yo saber, acostumbrada a esta vida, qué podría darte ese señor Vulgar.

María, antes deseosa de desarmar a su padre que movida por verdadero dolor, comenzó a llorar, y aquél prosiguió con entonación más dulce:

—No, pichona; no soy un tirano, ni te digo que te cases sólo por el dinero; pero..., en fin, lo primero es tener juicio. Además, ¿qué sabes todavía de esas cosas? Ya verás, ya verás. Por supuesto, se acabó todo, o vuelves al convento. ¡Si parece mentira! ¡La hija de un hombre como yo!... ¡Ah! Ya he dicho a tu madre que despida a la inglesa. Nada, nada, a la calle. ¿Quién había de sospechar que tolerara eso una extranjera tan sería?... Decía que era irlandesa y católica... Probablemente será inglesa y protestante. Se acabó; no llores más. Ya sabes que tu papaito hace lo que quieres, pero

esto no puede ser. ¿Entiendes? Que no vuelva yo a saber una palabra.

La amenaza de volver al convento produjo en el ánimo de María verdadero temor, y el miedo trajo como por la mano al arrepentimiento. Sin lucha, quedó Juan condenado a irremediable olvido. Además, comprendió que el cartearse con él y las citas eran ya de todo punto imposibles. Finalmente, cuando pensó despacio en las imprudencias que había cometido, casi consideró milagroso que algún amigo de la casa no la hubiese sorprendido. ¡Qué vergüenza! ¡En un sitio tan miserable... hasta sucio! Y todo con el pretexto de ir a misa, es decir, cometiendo un gran pecado... Entonces las palabras más inocentemente dichas volvieron a su memoria horrorizándola como si fuesen blasfemias, y aquel rincón oscuro del café donde algunas veces se estremeció conmovida al contacto involuntario de su pie con el pie de Juan, le pareció un rincón del infierno.

Si le hubiese querido, no habrían faltado a su ingenio recurso, o a su voluntad entereza para oponerse al deseo de su padre; pero el mero capricho de una niña bonita no podía engendrar un arranque de verdadera pasión; así que, al otro día, Juan recibió la siguiente car-

ta, escrita a disgusto, casi con pena, pero desprovista de dolor sincero:

Querido Juan: En mi casa lo saben todo. Por Dios, no vuelvas a escribirme. Ya puedes figurarte lo que debo sufrir, pero me falta valor. ¿Qué he de hacer? No pases por la acera de enfrente, y que no te vean hablar con la inglesa. Adiós, acuérdate alguna vez de mí, como yo me acordaré de ti; pero es imposible que continúen nuestros amores. No dudes nunca de lo mucho que te ha querido tu—MARÍA.

Rompe todas mis cartas. No te pido el retrato, porque no lo han echado de menos en el álbum de donde lo quité. Adiós para siempre. M.

Cuatro borradores de respuesta, a cual más largo, apasionado y exageradamente romántico, escribió Juan. Tras madura reflexión, decidió poner en limpio uno en que comenzaba llamándola *ilusión acariciada*, y concluía con *esperanza desvanecida*, citando entre medias aquella frase en que *Hamlet* dice que la fragilidad y la mentira tienen nombre de mujer, y extendiéndose en largos comentarios sobre la *deletérea influencia* del oro; mas cuando quiso buscar al aya para que llevase la misiva, supo

que la habían echado ya de la casa, y que ningún criado se atrevía a tomar recados para la señorita.

Ni aun entonces abrió los ojos a la realidad. Creyó que un padre tirano, dominado por los errores de toda una clase social, le arrebataba el amor de su María, como antes la injusticia de los hombres le había despojado de la cátedra; y una idea consoladora flotó sobre el pesar que aquella carta le produjo. La prueba de que María le amaba—pensó él—era que no le pedía ni las cartas que le había escrito, ni el retrato que le regaló.

IX

Mientras Juan se preparó a las oposiciones e hizo los ejercicios, no sólo transcurrieron los tres meses que se había impuesto como plazo para decir a su padre que no le enviase dinero, sino que las cartas de éste fueron siendo cada vez más desconsoladoras. El pobre viejo pedía ya claramente a su hijo que buscara una colocación, pues pronto llegaría el instante en que no le fuese posible mandarle una peseta; y, sobre todo, le aconsejaba en repetidos párrafos que, si la carrera no le era útil para nada, tornase al pueblo, donde, al menos, a él su compañía le serviría de algún alivio, y sufriendo juntos padecerían menos.

"No: volver al pueblo, es enterrarse en vida—pensaba Juan.—Me humilla ser emplea-

do del gobierno o depender de un amo en una empresa particular. Las compañías modernas constituyen el feudalismo de nuestros días; pero, sino hay otro remedio, buscaré un destino. Todo consiste en hallar una buena recomendación.„

Entonces paró mientes en que todas sus relaciones se limitaban a los amigos del *Suizo*, y hacía ya tiempo que sólo les veía de tarde en tarde. El estrecho lazo que antes les uniera, no se había roto, pero estaba muy flojo. Aquel grupo de muchachos que iban juntos a todas partes, viviendo voluntariamente sometidos a un comunismo de ideas, sentimientos y gustos, se había dispersado por completo.

Pepe Villena, dedicado en cuerpo y alma a la literatura dramática, no salía de entre los bastidores de los teatros; Pedro Urgell ganó por oposición una plaza en la Dirección de los Registros del ministerio de Gracia y Justicia, y se le veía con escasa frecuencia, porque sus nuevos compañeros le distrajeron del trato de los antiguos; Paco Recilla se fué de fiscal a un pueblo de Andalucía; Luis Valgrana marchó a Ultramar después de haber pasado dos años en el bufete de un abogado acreditadísimo, que no accedió a darle más de veinte duros al mes;

Juan Rejas era concejal en su pueblo, donde vivía ya casado con una provinciana rica; Félix Quemada, el que más camino hizo, era diputado, porque un tío suyo, al ser nombrado senador vitalicio, le había cedido su distrito.

Al recordar el rumbo que cada cual tomara, cayó Juan en la cuenta de que a ninguno sonrió cariñosamente la fortuna. ¡Maldita mesa del *Suizo*! ¡Cuánto tiempo les había robado! ¡Cuanto ingenio desperdiciaron de codos sobre el mármol, contando chascarrillos y burlándose de los que asistían a bailes, frecuentaban tertulias y se casaban con mujeres ricas. "Eso es lo más repugnante de todo, venderse", imaginaba él. Pero era preciso aliviar la situación de su padre, buscar trabajo: por fin, decidió recurrir a Félix Quemada.

Al cabo de cinco días de ir a buscarle a su casa, donde nunca estaba, y preguntar por él en el Congreso, donde los porteros no pasaban los recados, logró encontrarle, aguardándole en la calle, a la salida de una sesión, después de haberle esperado hora y media entre pretendientes desarrapados, lacayos y agentes de orden público.

—Chico—díjole Félix—estoy abrumado de

compromisos. No sabes lo que es esto. Veremos, veremos. Además, como a nosotros el Gobierno nos tiene, o cree tenernos seguros, no hace caso más que de los diputados de oposición. ¿Tomaste el título al acabar la carrera?... sí, ya lo recuerdo. Según, esto, por la ley de empleados, pueden darte hasta un destino de doce mil reales; pero lo veo muy difícil. Si realmente estás tan apurado, por ahora... chico, déjate de exigencias: bien sé lo que vales; pero, ¿que hemos de hacer? Tomar lo que nos den.

Félix era un excelente muchacho y acogió con cariño a su antiguo compañero, tanto por bondad de carácter, cuanto por ese poquito de amor propio satisfecho que el hombre siente cuando puede dispensar un beneficio, demostrando que no le ha engreído el favor de la fortuna; pero Juan se separó de él haciendo tristes e infundadas consideraciones sobre la vanidad humana y el cómo se olvidan fácilmente los más puros afectos. "¡Los amigos!,—se decía, pensando despreciativamente en ellos;—¡si creerá este majadero que me va a hacer feliz con un mal destino! !Verse un hombre como yo obligado a hacer antesalas! ¡Si no fuera por mis padres! Por supuesto, que no hará nada.

Muchos ofrecimientos, y nada más. ¡Doce mil reales! Y aunque me dieran doce mil reales, ¿cuántos empleados habrá que tengan la instrucción que yo? Y todo para enterrarse vivo en una oficina... Eso sí; en variando mi situación, le digo: "chico, ahí queda eso, que yo no sirvo para covachuelista."

Desde que Félix era diputado, ninguno de sus condiscípulos le pidió sino pequeñeces, como papeletas para las tribunas y alguna que otra cosa fácil de lograr; así que, deseoso de mostrar la buena voluntad que le animaba, procuró obtener una credencial para Juan, y fundándose en que éste era abogado, la pidió de doce mil reales al ministro a quien trataba con más confianza. El ministro era antiguo amigo del tío del novel diputado, trataba a éste como a un chico, y sabiendo que no había de apartar en nada su conducta en el Congreso de lo que aquél hiciera en el Senado, libre por tanto, del temor de perder un voto el día que lo necesitara, apenas prestó oídos a la petición de Félix, y sólo al cabo de muchas semanas, viéndose muy acosado por el muchacho, le dijo que, cuanto podía hacer era dar a su recomendado una plaza de escribiente en la secretaría particular con seis mil reales de fondos

del material. Más adelante, con ocasión del presupuesto próximo, se buscaría medio de darle los doce.

Cuando Juan lo supo, su primer impulso fué echar a Félix noramala, no volver a saludarle y entregarse a largas reflexiones sobre los vicios de la administración pública y el engreimiento de los hombres; pero haciendo de la necesidad virtud, aceptó los seis mil reales, y tomó posesión del empleo.

Después, como le agregaron al despacho del ministro para escribir cartas, una de las primeras cosas que hizo fué dirigir a su padre una muy larga, usando para ello tres plieguecillos de magnífico papel, cuyo membrete decía en bonitísimas letras: *Ministerio de Gracia y Justicia. Gabinete particular.* En ella le explicaba que había preferido un puesto debido a la amistad personal, e independiente, aunque modesto, a un destino mejor, pero que pudiera atarle las manos para el porvenir; con lo cual quedaba en libertad de decir que si fué *secretario particular* de un ministro, esto podría implicar un compromiso amistoso, pero nunca constituiría prueba de que hubiese hecho abdicación de sus ideas; añadiendo, además, que no había de costarle gran trabajo abrirse cami-

no, "porque todos sus compañeros eran unos imbéciles, sostenidos allí por influencias de partido, a quienes la revolución barrería como la ráfaga de viento huracanado arranca las plantas parásitas que ciñen, ahogándolo, al poderoso tronco„. En la *postdata* encargaba a su padre que no le enviase dinero, y terminaba con un largo párrafo afirmando que había llegado para él la hora de volar con sus propias alas...

Así, rebelde siempre su espíritu a las amarguras de la realidad, según iba concibiendo majaderías, iba prestándoles crédito, sin pensar que una crisis, un compromiso del ministro, cualquier cosa, podía dar al traste con lo que él llamaba pomposamente su nueva posición.

X

No pudiendo lucir sus conocimientos de otro modo, y ávido de mostrar la superioridad que tenía sobre los demás empleados de la secretaría particular de S. E., dió en la manía de redactar las cartas que le mandaban escribir en un castellano a su juicio puro, castizo y correctísimo, pero que al jefe le pareció insoportablemente ridículo. Nunca decía a veces, sino *a las veces*; escribía *moharracho*, por mamarrarracho; jamás puso me alegraré, sino *holgaréme*; a la conversación llamaba *plática*; al dañar, *empecer*; al pensar, *percatar*; y dirigiéndose a cierta persona, a quien no se pudo complacer en el ministerio, porque tenía cuentas atrasadas con el ayuntamiento de su pueblo, le disparó un párrafo recomendándole que no in-

sistiera en sus pretensiones en tanto no pagara *los pechos que al común debía.*

El resultado fué que le trasladaron al negociado de la prensa, donde no tenía más trabajo que cortar de los periódicos y pegar en grandes pliegos los sueltos y noticias que podían interesar al ministro.

. . . . . .

Cerca de un año llevaba de cumplir tan trivial tarea, yendo diariamente a la oficina como el burro va al molino, cuando en un periódico leyó, con amarga sorpresa, el siguiente suelto:

"Mañana, a las ocho, se verificará en la capilla reservada de la parroquia de San Sebastián el enlace de la bellísima señorita doña María Volandas, hija del importante hombre público del mismo apellido, con nuestro querido y particular amigo don José Alones, tan conocido en los círculos de la buena sociedad. Serán padrinos los padres de la novia, y sólo asistirán al acto los íntimos de ambas familias. Los recién casados saldrán para el extranjero en el expreso de la tarde. Les deseamos una eterna luna de miel."

¡María casada! ¡Casada con Pepe Alones! La lectura de su sentencia de muerte no le hubiera causado efecto más horrible, ni pudo su imaginación hallar ocasión tan propicia para

entregarse a tristes lamentaciones. ¡El hombre que le había prometido presentarle en casa de *ella!* ¡La mujer que tantas veces le juró amor eterno! ¡Infames! Aquella caricatura de pasión que el infeliz visionario creyó sentir en otro tiempo, resucitó haciéndole sufrir, o mejor dicho, dándole motivo para convencerse a sí mismo de que sufría mucho: "Estas son las mujeres,—pensaba, esforzándose por evocar recuerdos que aumentasen su desventura;—esta es la infame que jugó con mi albedrío como un niño con un gorrión. ¡Claro! ¿Qué era yo entonces para ella? Nada; *un pobre catedrático*, un miserable obrero de la civilización... Pero, ¿cómo habrá podido dar al olvido tantas promesas? ¿Cómo no se habrá acordado del café y de los juramentos que allí me hacía? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué drama se habrá desarrollado en aquella casa! Porque es indudable, *entonces* me quería; ¡vaya si me amaba! ¿La habrán obligado sus padres? ¡Parece imposible que los padres tengan, en pleno siglo diecinueve, derecho para estas barbaridades! ¿Cómo dudar que me ha querido? Estoy seguro de que mi recuerdo no se ha borrado de su corazón... Y si no, la última carta... aquella carta estaba impuesta por la violencia; sí, señor, debió de

ser una imposición. Quizá la escribió con mano temblorosa... Decía que no le devolviese las cartas ni el retrato. ¿Qué mayor prueba? Apostaría el alma a que mis palabras de amor resuenan todavía en sus oídos... Pues qué, ¿no hay sino casar así a una mujer con un perdido, cuando está enamorada de otro? ¡María, María! Tú no me has olvidado, como yo no te he olvidado a ti. Apartados, lejos uno de otro, como esas palmeras cuyos amorosos efluvios junta el viento, habíamos nacido para... Esto es cosa de volverse loco. En tan poco tiempo, ¡qué mudanza! Si no me hubiese querido, no se habría arriesgado y comprometídose por mí, hasta venir a un cafetín inmundo para verme. Sí, me quería; me sacrificaba hasta el honor... porque si la llegan a ver... ¡Vaya una recompensa que me ha dado! ¡Sea usted constante, guarde usted fidelidad a una mujer! ¡Sí! ¡Yo la había levantado un altar en mi corazón, vivía por ella y para ella! ¡Qué desengaño tan horrible!„

Su ilusión convertía los antojos en realidades, llevándole a hacerse éstas y análogas reflexiones, cual si fuera verdad que amase locamente a María, como si no hubiese cejado nunca en desearla. Aquello de que la señorita

rica había despreciado al *pobre catedrático*, le parecía exactísimo; la indiferencia con que ella dejó de reclamarle las cartas y el retrato, fué a sus ojos prueba de amor; hasta imaginaba que desde el día de la ruptura no le habría olvidado un solo instante. "¡Yo—pensaba—que tantas noches he pasado en vela pronunciando su nombre!„ Y lo creía como si fuese cierto.

Cuando le acometían estos estúpidos arrebatos, procuraba serenarse para convencerse de su propia fuerza de voluntad, y todo se le volvía monologuear sobre el *sacrificio*, las *resoluciones heroicas*, la *calma* y otras cosas que no venían a cuento. De lo único que no se acordaba, era de la realidad y del sentido común.

En aquella ocasión, su desarreglada fantasía comenzó a forjarse una escena altamente novelesca. La mañana triste y muy fría; él, embozado en su capa, esperando apoyado en una puerta frente a la iglesia... Coches que se oyen acercarse rápidamente; convidados que van llegando; a lo lejos, el sonar de una murga que forma sarcástico contraste con el estado de su ánimo... y luego el carruaje de la novia, vestida de blanco... "No—se decía—toda de negro, porque su corazón está de duelo, pero con el

ramo de azahar en el pecho.„ Entran en el templo (redobla la impresión de frío) dirigiéndose todos a una capilla, *él* les va siguiendo, ocultándose tras las columnas que sustentan la bóveda, ve a los novios acercarse al altar, aparece el sacerdote, y cuando éste, vestido con su feo traje de guardarropía sagrada, pregunta a la muchacha si quiere por esposo a don..., entonces *él* aparta las gentes, rompe el grupo, extiende las manos, tira al suelo la capa, como el tenor en el final del segundo acto de *Lucía*... y, ¡flojo escándalo es el que se arma! ¡Desacato, profanación, desmayo! ¿Quién sabe? Hasta un duelo podría resultar. "Pero, ¿que me importa la muerte del cuerpo—murmuraba—si tengo el corazón destrozado?„

Cual, sin ser reales los tormentos de una pesadilla hacen realmente padecer al que sueña, así sufría Juan. Tales desatinos no podían, sin embargo, ocultarle que en un escándalo de aquella índole, quien saldría perdiendo era él, y ante la lucha con la *fatalidad*, adoptó el partido de la resignación. "¡Sí, moriré de amor! como...„ (en aquel instante no se acordaba de ninguno que hubiese muerto de tal muerte).—Mas antes era necesario apurar el cáliz hasta las heces. Madrugaría, iría a la puerta de la igle-

sia, vería entrar a *su* amada... Después, ¡Dios quisiera que supiese dominarse para no hacer una barbaridad!

Como había proyectado, fué a situarse en un portal frente a San Sebastián. El día era claro, pero en extremo desapacible. El sol brillaba con escasa fuerza, y las pocas nubes que surcaban el espacio volaban impelidas por el viento. No habían dado las nueve, y sólo circulaban por las calles cocineras con la cesta al brazo, soldados, asistentes, mozos de cordel, dependientes de tiendas y aguadores. En una esquina, sentada ante la mesilla recubierta de cinc y cargada de tortas y combros, había una buñolera arrebujada en su mantón, contando con los ojos, por no sacar las manos, unos cuantos ochavos que tenía desparramados entre el azúcar hecha polvo: a su lado, junto a otra mesa más alta, sobre la cual se erguía una cafetera monumental, veíase un expendedor de café de a cuarto, con mitones verdes y gran bufanda liada al cuello, a quien daban conversación tres o cuatro criadas y una pareja de agentes de orden público. Las campanas de San Sebastián y del oratorio del Olivar tañían lentamente, y hacia las puertas de ambos templos avanzaban varias viejas y algún que otro

cura sucio y mal perjeñado. Los chicos, llevando al hombro la correa de los libros, se detenían ante los escaparates para disminuir con la tardanza el tiempo que habían de permanecer en la escuela; los repartidores de periódicos andaban de prisa con los paquetes de números bajo el brazo y con el callejero y la varita en la mano; las modistas se detenían con el novio a pocos pasos del taller, y a los puntos de espera comenzaban a llegar los coches de alquiler, mientras a los balcones se asomaba alguna que otra criada sacudiendo con robustas manos una alfombrilla que despedía hilachos, polvo y recortaduras de trapo. En las puertas de las tiendas formábanse corrillos, de los cuales, a cada instante, se escapaba una frase soez o salía huyendo una moza pellizcada por un Tenorio de mostrador, y sobre las blasfemias de unos y las carcajadas de otros, dominaba de cuando en cuando la voz aguardentosa y cascada de algún chulo que, limpiando con un plumero la mercancía de su ancha banasta, donde se veían revueltas las más vulgares baratijas, gritaba sin descanso:

—¡Ande el movimiento... a real y medio la pieza!

Harto de esperar y dado a todos los diablos

estaba Juan, cuando por fin vió venir juntos dos coches, luego otros dos, y, por último, a cortísimos intervalos, alguno más. Apeáronse de ellos varios caballeros que entraron inmediatamente en la iglesia sin que él pudiese verles a su gusto, y, finalmente, llegó otro carruaje, del cual se bajó el señor Volandas, y tras él su esposa y su hija. Poco le faltó entonces para dar un grito espantoso, pero se contentó con decir amargamente un melancólico "*¡Ella!*„ que espiró entre el embozo de la capa. Lo peor era que la novia no iba vestida de negro, como él supuso, ni triste, ni abatida, sino toda de raso blanco, y lo que era más amargo para el desdichado amador, alegre, sonriente, sin la menor señal de disgusto. "¡Cómo finge!—imaginó él.—¡Cuanto debe sufrir!„

En seguida, con paso firme, llegó a la puerta del templo que da a la calle de Atocha, seguro ya de que no haría nada, pero forjándose todavía la ilusión de suponerse capaz de algo tremendo y espantable. De pronto se detuvo, vaciló un instante y al fin entró en la iglesia; pero al ver hacia un extremo, junto a la verja de una capilla, reunida toda la gente de la boda, entre cuya masa negra destacaba el vestido blanco de María, atravesó la nave pasando de

largo, y saliendo por el atrio que da a la plaza del Ángel no paró hasta su casa, donde se dejó caer en una silla, exclamando:

—¡Horrible, horrible, horrible!

. . . . . .

De su amargo monólogo vino a sacarle a las once la voz de la criada:

—Señorito, el almuerzo. Luego *ice usté* que va tarde a la *ofecina*.

Juan la miró con profundo desprecio. ¿Acaso era capaz de comer en tales momentos?—"¡Qué dichosos—se dijo—son los pobres de espíritu!„—Se marchó sin almorzar, pero por la tarde, al volver del ministerio, como llevaba cerca de veinticuatro horas sin tomar bocado, experimento una debilidad muy grande, y se sentó a la mesa murmurando entre dientes: "¡Las necesidades del cuerpo... la imposición de la vil materia!„ Y comió como un lobo.

XI

Cuando Juan se acordaba de la *infausta mañana*, como dió en llamar al día de la boda de María, se tenía por el más infeliz de los mortales, y durante algunos meses la disposición de su ánimo llegó a ser tal, que los demás huéspedes de la casa comenzaron a gastarle bromitas sobre lo melancólico y cariacontecido que andaba, a las cuales él respondía con sonrisas tan forzadas como amargas, pero muy satisfecho de que todo el mundo adivinase la honda pena que le destrozaba el alma. Afortunadamente, esta pesadumbre no le hostigaba de continuo, sino sólo a ratos, cuando el nombre de María venía involuntariamente a su memoria; y a pesar de sufrir tanto, algunas veces, cada dos o tres días, al retirarse por la

noche, daba una acometida brusca a la criada de la patrona, moza frescota y nada arisca, que le servía para contentar a lo que él llamaba *la bestiezuela de la carne.* Por regla general, al desprenderse de los brazos de la Maritornes, era cuando más fuertes le daban los arrechuchos de amor platónico: entonces comparaba mentalmente aquellas caricias groseras, pero reales, con las que imaginó disfrutar siendo dueño de María, y satisfecha ya la animalidad, como si el amor físico no le importase nada, sacaba el retrato de la *perjura* y lo cubría de besos.

Otra manifestación de su melancolía fué la afición que en él se desarrolló a paseos largos hacia sitios poco frecuentados, optando siempre por los más solitarios. En un par de meses anduvo tanto como en todo el resto de su vida; ni las excursiones de cuando era estudiante y faltaba a clase podían compararse con las caminatas que emprendía. Unas tardes, al salir del ministerio, bajaba por la calle de los Reyes, el paseo de San Vicente, la Virgen del Puerto, las rondas de Toledo y de Segovia, y volvía a entrar en Madrid por el portillo de Embajadores, atravesando calles y más calles hasta la del Nao, donde vivía: otras veces to-

maba hacia los barrios altos, y por la plaza de Monteleón iba a dar con sus huesos en Chamberí para salir cerca del barrio de Salamanca, y durante todo el camino, a no ser que se distrajese con lo que hallaba al paso, iba saboreando su pasión de ánimo.

En un principio, estas expediciones le dejaban rendido; luego adquirió poco a poco una agilidad y una fuerza semejantes a las que gozó de muchacho; y últimamente se le desarrollaron unas ganas de comer, que aterraban a la patrona. Al salir del ministerio, andaba despacio y muy triste; pero al tornar a casa iba como disparado y con un hambre voraz. Por entonces, las noches de la Maritornes fueron bastante agitadas, y el retrato de María se quedó en la cómoda sin recibir los besos de costumbre, resultando de todo ello que entre los paseos, el apetito, y las amorosas condescendencias de la criada, fué Juan transigiendo lentamente con su dolor, de suerte que el recuerdo de *la perjura* sufrió una transformación notabilísima. En la época de las entrevistas del cafetín, María había sido para él una promesa embriagadora, una mezcla de Ofelia y Dulcinea; después una mujer traidora por debilidad en la cual pensaba, según su fraseología, con

amoroso rencor; ahora era ya un recuerdo dulcísimo, un imposible para la realidad, una negación para la esperanza; pero tan querida, tan adorable, que en el amor que creía profesarla había algo de simbólico y emblemático. La amaba en espíritu como quien aspira a un ideal, con absoluta abstracción de los sentidos. Tanto se transformó su pasión, que sólo la recordaba cuando algo independiente de la voluntad se la traía a la memoria: ya las cartas arrugadas y partidas por los dobleces, que andaban traspapeladas en el cajón de la mesa; ya el retrato que surgía de pronto entre los guantes viejos, suscitando una evocación de lo pasado. Pero lo que con más frecuencia le hacía pensar en ella era lo atrasado de pagos que estaba con el sastre desde la temporada de las entrevistas en el café, porque como tenía que entregar al industrial, a cuenta de cuentas, cinco duros mensuales, cada vez que el cobrador se presentaba con el recibo, el pobre soñador no podía menos de exclamar: "¡Parece increíble a qué abismos arrastra la pasión! El amor de una mujer basta para ocasionar la ruina de un hombre. ¡Todo un drama!„

La primera vez que se le ocurrieron estas reflexiones, la palabra *drama* quedó grababa en

su imaginación. "Sí, señor, todo un drama,—se dijo,—un drama muy hermoso. ¿Por qué no? ¿Ha de escribirlo alguien mejor que quien lo ha sentido?„—Desde entonces la palabreja fatal fué enseñoreándose de su fantasía como una mancha que se extiende por un cuerpo poroso. "¿Qué duda cabe?—se repetía—un drama interesantísimo. La dificultad está en el desarrollo; pero, fuera de esto, la obra está hecha, no hay más que escribirla, lo cual para mí es cuestión de unas cuantas semanas. Claro que es necesario abultar las cosas. El padre... la inglesa... *ella*... su madre... el otro y yo; sobre todo yo, ¡qué gran tipo! Es decir, el hombre que lucha con la fatalidad, y en cuyo corazón, triturado por el dolor, queda siempre un rayo de esperanza, una aspiración indefinible. María será la mujer sacrificada a la vanidad paterna y a las preocupaciones sociales. La inglesa será el tipo cómico de la obra. Lo que siento es no poder presentar en la escena todo aquello del café; ¡qué lástima!; pero sería feo. El padre, muy odioso; ella, una víctima; el otro, un pillo... en el final del segundo acto, una situación que ponga los pelos como alambres, y luego la muerte de ella, ó la mia, ó la de los dos, echando demonios y maldiciones por la boca,

porque hace falta algo muy vigoroso. ¡Vaya un drama! Si me atreviera, lo escribiría en verso. ¿Y por qué no? ¡Apenas he leído yo dramas antiguos y visto dramones modernos! El final del segundo acto debe ser el momento en que ella, dominada, tiranizada por su padre, me escribe la carta diciendo que todo acabó entre nosotros...Están en un gran baile, y el viejo la sienta por fuerza ante una mesa donde hay recado de escribir; luego ella, después de firmar, con las lágrimas en los ojos, contempla un instante la pluma y la arroja lejos de sí, diciendo:

¡Se consumó el hecho grave!
¿Quién hubiera dicho al ave
que en sus alas te ostentó,
que así te empleara yo?
¡Misterio que Dios no sabe!

¡Buena quintilla! Lo malo es que hoy no se escribe con plumas de ave; pero ya procuraremos justificar esto. Con hacer que el padre sea un señor chapado a la antigua, basta: sí, eso es, un hombre que hable de las tradiciones venerandas y tenga horror al telégrafo y las plumas de acero. ¡Vaya un dramita que va a salir! De cuando en cuando un golpe de mucho efec-

to. Al saber él que ella le deja, puede decir, mirando al cielo cuando anochezca:

Hace horrible mi dolor
del sol la triste agonía;
¡arriba, luz y alegría!
¡Abajo, sombra y pavor!

Esto de la agonía del sol con la antítesis de *arriba* y *abajo*, *alegría* y *pavor*, está muy bien. Lo que tengo que cuidar más es el desenlace. Ella muere maldiciéndole, pero amándole, y él se mata, diciendo antes una frase de rebeldía, cuatro versos desesperados, que levanten en vilo... En seguida la madre se vuelve loca, y cae el telón. ¡Vaya un dramita!... ¡Imbécil de mí, que había nacido para esto! Cuánto tiempo he perdido con la maldita carrera, y la filosofía y el ministerio! ¿Qué me importa tener ya cerca de veintiocho años? La verdad es que el genio se manifiesta cuando menos se piensa. ¿No he leído yo biografías de poetas célebres? Para uno que comienza a dar que hablar desde pequeño, hay ciento que no lo consiguen sino siendo ya muy hombres. ¡Claro! cuando la personalidad está enteramente formada. ¿Quién sabe aún lo que yo llevo aquí dentro?„ Y se daba con la mano en la frente,

como si todos aquellos delitos de leso sentido común fuesen verdaderas maravillas.

Sólo una semana tardó en escribir el primer acto, y ya se preparaba a comenzar el segundo, cuando la desgracia cortó de pronto el hilo de oro con que iba tejiendo sus quimeras. Un amigo le escribió desde el pueblo avisándole que su padre había enfermado grave y repentinamente. La misma noche del día en que recibió la triste nueva, salió de Madrid. El pobre viejo murió en sus brazos a los pocos días.

. . . . . .

Pasaron unos cuantos meses.

María, el drama, Madrid, todo lo que a los ojos del soñador representaba amor y gloria, fué volviendo a ocupar su pensamiento. Pero, ¿cómo dejar a su pobre madre? ¿Cómo decirle que se iba?

—Ahora no te irás, ¿verdad hijo?—le preguntó ella un día.

Él, sin esfuerzo, sin lucha, sin pensarlo siquiera, como si fuese el corazón, y no los labios, el que hablase, repuso:

—Calle usted, madre; por Dios, ¿qué he de irme? ¡No faltaría más! yo no me voy de aquí; con usted, para siempre.

Pero era su sino quedar libre. Antes que expirase aquel mismo año, la orfandad de Juan fué completa. La infeliz viejecita, minada por el dolor y por la edad, siguió de cerca al compañero de su vida. Fueron ambos como esos troncos, de raíces quizá entreladas bajo tierra, que se nutren de los mismos jugos y mueren en el mismo invierno. Aun no se habían resignado el hijo ni la viuda a la falta del padre; aun parecía palpitar en las estancias de la humilde casa ese algo inefable que tras sí dejan los muertos a quienes se ha querido mucho, cuando Juan, viendo sacar en hombros la caja que encerraba el adorado cuerpo, exclamó tristemente:

—¡Solo! ¡Estoy solo!

Aquel fué el único grito de dolor sincero que le arrancaron las luchas de la vida. Aquella fué la primer vez que su imaginación no falseó ni pudo exagerar la realidad.

. . . . . .

. . . . . .

Transcurrido algún tiempo, intentó realizar la herencia de sus padres, para fijar su residencia en Madrid; pero no hallando comprador a las tierras, tuvo que arrendarlas. Por fin, terminadas las diligencias a que se vió obligado,

regresó a la corte. Su renta ascendía, aproximadamente, a 5.500 reales, que con los 6.000 del destino arrojaban un total de 11.500 al año. "No soy rico—pensaba—pero puedo vivir. *¡Aurea mediocritas!*... ¡Ahora, al drama!„

XII

Mientras Juan sólo tuvo para atender a sus gastos el mezquino sueldo del empleo, soportó con paciencia el trato que le daba la patrona; pero así que se vió con un poco de dinero, adoptó la resolución de buscar una casa de huéspedes algo mejor. Por otra parte, este era el único medio de librarse de la criada complaciente que, tomando ya por lo serio su papel de amante, le servía mal, dejando de limpiarle las botas, dándole el chocolate frío y procurándole un sinnúmero de molestias análogas. Hízolo como lo pensó, y del miserable pupilaje de la calle del Nao fué a dar con su cuerpo, sus escasas ropas y sus muchos libros en una nueva casa de huéspedes más tolerable que la primera y donde no había de pagar sino

las mismas tres pesetas diarias. Multiplicando los doce reales por los trescientos sesenta y cinco días del año, averiguó que gastaría 4.380 reales en lo más necesario, casa y comida, quedándole para el vestir y otras atenciones 7.120 reales, es decir, más de lo que necesitaba: "¡Tengo hasta para vicios!",—se dijo, esperanzado con permitirse de cuando en cuando alguna aventurilla amorosa; y ordenando su existencia, volvió al ministerio y se puso a trabajar en el drama. Pasaba el día leyendo periódicos y pegando recortes para que los leyese S. E., y dedicaba la noche, después de dar un paseíto por las calles, a escribir aquella obra tan bien pensada, tan hondamente sentida, y que si no había de hacerle inmortal, al menos le entornaría la puerta del palacio de la fama. ¡Vaya si estaba bien sentido el dramita! ¡Como que había volcado en él las angustias y las esperanzas de su inextinguible pasión!

Con tener el pensamiento continuamente ocupado por las peripecias del drama, modificóse en su ánimo notablemente el recuerdo de María. Al tipo real sustituyó poco a poco la figura dramática, y el amor que tuvo a la primera se transformó lentamente en el cariño, casi paternal, de autor, que cobró a la segun-

da: la María de su noviazgo, la *perjura*, trocóse para él en un sér, de funesta influencia, que le recordaba un desengaño; la María, transfigurada por su fantasía iba, en cambio, a labrar su reputación, a ser una realidad gloriosa. A los ojos del soñador, la hija del señor Volandas, a la sazón señora de Alones, quedó convertida en un engendro romántico, algo así como la personificación de un ideal imposible o el recuerdo vago de un episodio de la juventud.

La oficina y el drama no le dejaban tiempo para nada; con los otros huéspedes sus compañeros, apenas tenía roce; sólo a las horas de comer les veía. Además, todos le fueron desde un principio antipáticos o indiferentes.

Estaba en las condiciones más favorables para trabajar, pues en la casa no había más mujeres que la patrona, respetable por su antigüedad, y dos criadas, a quienes ya escarmentado por lo pegajosa que fué la anterior Maritornes, se guardó de dirigir miradas atrevidas. Sin embargo, aquella falta constante de sexo débil le tenía tan aburrido, que varias veces se atrevió á decir a la patrona, en el lenguaje literario, a que se iba acostumbrando en fuerza de pensar como escritor:

—Señora, en su casa de usted no se está mal; pero aquí falta algo.

—¿Qué falta, don Juanito?

—El *eterno femenino* de Gœete.

—¿Y qué es eso?

—La mujer, la más hermosa mitad del genero humano.

—Esa, búsquesela usted por fuera. Aquí... aunque hubiera faldas... esta es una casa decente.

Llegó, por fin, una tarde en que, al sentarse Juan a la mesa para comer, vió con sorpresa enfrente de él dos mujeres, una casi vieja, otra casi niña, ambas acompañadas por un caballero de respetable aspecto. Lo que hablaron, y más aún los trajes de ellas, le hicieron comprender claramente que eran provincianos venidos a Madrid por poco tiempo.

—Sí—le dijo al otro día la patrona.—El papá viene a pretender no sé qué cosa en un ministerio, y ha traído a la mujer y la hija para que vean Madrid. No deben de estar mal; tienen bastante equipaje y no han ajustado todavía el cuarto.

—Esa es buena señal.

—¡Ah!, se me olvidaba. Por cierto que anoche, como le oyeron a usted hablar de la ofici-

na, el papá me preguntó que si estaba usted empleado; yo le dije que sí, pero no supe explicarle lo que era usted ni qué hacía. Supongo que querrá hacerle alguna pregunta. Yo no me atreví...

—Pues dígale que estoy en la secretaría particular del ministerio de Gracia y Justicia—le interrumpió Juan muy satisfecho.—Y luego añadió: —Por mediar usted, si ese caballero desea cosa en que yo pueda servirle...

Indudablemente, algo hablaron después la patrona y el nuevo huésped, porque a los dos o tres días éste, acercándose a Juan de sobremesa, le dijo:

—Caballero, sé por la dueña de la casa que está usted en Gracia y Justicia. He venido a gestionar mi jubilación con los cuatro quintos; sólo deseo que el ministro me oiga; es cuestión de pedir una audiencia; si me escucha, es tan fuerte mi derecho, que doy la cosa por lograda. Pero como falto hace muchos años de Madrid y he perdido ya la costumbre de andar por los ministerios, desearía, si a usted no le fuera molesto, que me indicara lo que debía hacer para ver cuanto antes al ministro.

Juan, guiado de su buen natural y deseoso de mostrar alguna influencia, repuso:

—Complaceré a usted con mucho gusto. Todo se reduce a pedir la audiencia; yo me encargo de hacer que vea usted pronto al *jefe*... o, para abreviar, yo haré la petición desde luego, deme usted su tarjeta.

—Bien—añadió en seguida, tomándola de la mano del provinciano, y leyendo:—don Pedro Balduque: pues esté usted tranquilo, señor Balduque, quedará usted servido.

Interesando a un compañero de la oficina, logró Juan sin demora que el señor Balduque viese al ministro; no satisfecho con esto, el día señalado para la audiencia, en vez de dejarle esperar confundido con el vulgo de los pretendientes, le hizo entrar al cuarto donde él trabajaba, obsequióle cuanto pudo, y llevando la amabilidad hasta lo increíble, como pidiese un vaso de agua, hizo que se lo sirviesen con azucarillo.

Por no ofrecer el asunto dificultad alguna, S. E. dejó complacido en el acto al señor Balduque, y éste salió contento del ministro, y agradecidísimo a Juan, de quien supuso que, no obstante lo modesto de su empleo, debía de estar bien relacionado cuando tan fácilmente consiguió lo que tal vez otro habría tardado en obtener. De aquí que entre el soñador y el pro-

vinciano se estableciese cierta amistad. Una noche fueron juntos al café, después pasearon varias tardes, y poco a poco, Juan, convertido en cicerone, se dedicó a enseñar a la esposa e hija del señor Balduque cuanto notable había en la corte, siendo de notar que quien más afectuosa se mostraba con él era la niña.

Tenía Pilar Balduque dieciocho años; y sin ser realmente bonita, era agradable, aunque un poco encogida, lo cual le prestaba cierto tinte de extremada modestia. Su rostro carecía de aquella expresión de inteligencia que vale acaso más que la belleza perfecta; pero en cambio era muy graciosa y simpática. Los que no desean en la mujer propia esa hermosura extraordinaria que supone un peligro constante, hubieran visto en ella un tipo digno de fijar su atención.

Como era natural, Juan prefirió hablar con Pilar a sostener la conversación con el señor Balduque y consorte: ella, en un principio, estaba con él medrosa, como cortada, pero viendo que sus padres comenzaban a tratarle con confianza les imitó, y de insensible modo, hoy visitando la Historia Natural o el Museo del Prado, mañana dando un largo paseo, comiendo y almorzando juntos todos los días,

llegó a establecerse entre ellos tan afectuosa intimidad, que Juan se aficionó a la chica, y ésta no dió señales de ponerle mala cara. Difícil sería averiguar si era el padre, la madre o la hija quien encauzaba los diálogos; pero ocurría que en ellos diariamente salían a plaza, más o menos justificada y oportunamente, las habilidades de la niña. ¿Se hablaba del lujo de las señoras de Madrid? Pues Pilarcita se cortaba todos sus vestidos; el ingenio le servía de modista y sus dedos eran sus costureras. ¿Salía mal la comida y se tocaba la cuestión de cocina? Aquí de los primores culinarios en que era maestra. ¿Costaban caras las diversiones? Pues jamás se dió el caso de que pidiera asistir a ellas. Con cualquier motivo demostraba su buen corazón: en el teatro lloraba con facilidad suma y si leía un periódico, evitaba cuidadosamente la sección de tribunales y los sueltos de crímenes, que le ocasionaban terribles pesadillas.

Juan comenzó a galantearla sólo por el placer de decirle cosas agradables, como si tratase de ensayar en ella aquel lenguaje poético que ambicionaba para su drama, y Pilar, en un principio con exagerado apocamiento, después con modestia, por último, con una deli-

ciosa mezcla de candoroso atrevimiento y picaresca coquetería, fué mostrándole visible inclinación. Ya procuraba diferir por las tardes la salida hasta la hora a que había de venir Juan del ministerio; ya se presentaba por la mañana en el comedor unos minutos antes del almuerzo, para cambiar con él algunas palabras; si salía sola con sus padres, ansiaba volver temprano, pero si él las acompañaba, no daba muestra de cansancio, por muy lejos que fuesen; y cuando alguna noche, por fatiga o economía, no salían después de comer, como Juan entrase en su habitación a hacerles compañía un rato, denotaba tan indudable aunque comedido regocijo, que él, al retirarse a su cuarto, no podía menos de decirse: "Esto es un crimen. Me parece que estoy jugando con el corazón de esa niña„.

Así estaban las cosas cuando Juan recibió una carta de Pedro Urgell, ausente de Madrid hacía tiempo, y que nada supo hasta entonces de la muerte de los padres de su amigo: en ella le daba un sentido pésame, y, mostrándole sincero cariño, le preguntaba cuál era su vida, en qué trabajaba, si tenía amores o se había casado, y cuanto podía preguntar sin indiscreción persona que con tal y tan antigua

confianza le trataba. Contestóle Juan a los pocos días, y hablándole de su situación y del estado de su ánimo, le decía, entre otras cosas, reflejando en su estilo su manera de ser.

. . . . . .

—"¡Qué razón tenías! Aquella mujer fué la sirena engañadora que en el mar de la ilusión me estrelló contra la roca del desengaño. No la he olvidado. Confieso que, de acercarme a ella, volvería a sentir, a modo de recrudecimiento malsano, la inquietud moral y el amor físico que me inspiró; sus miradas despertarían mi ambición, su belleza sería promesa de goces infinitos, poderosa a perturbar la paz de mis sentidos. Afortunadamente, de ella sólo queda en mi corazón, como en vaso que ha encerrado perfume, cierto recuerdo suave impregnado de vaga poesía. Pero la prueba de que aun pienso en ella, es que su falsedad y mi amor me han inspirado una obra—contigo puedo dejar a un lado la modestia—que quizá saque mi nombre de la oscuridad en que yace. Estoy haciendo un drama. En él verás chocar el carácter versátil de una frívola señorita, prototipo de la mujer que vende el corazón al dar la mano, y la noble pasión del hombre pobre que cree poder volar pidiendo a su ilusión

alas de cera que ha luego de derretir el fuego del egoísmo social. Sí, chico, asómbrate; un drama, un verdadero drama, vivificado por la savia de lo que yo mismo he sentido. Aun no sé si titularlo *Hojas caídas* (ya comprenderás que son las esperanzas) ó *Los juguetes del viento*. Esto último me gusta mucho, pero tendré que intercalar un largo monólogo para justificarlo, sin recordar, por supuesto, aquello de *las ilusiones perdidas juguete del viento*, etc., que dijo Espronceda. En fin, de todo te pondré al corriente.

„Me preguntas si tengo amores. No sé cómo contestarte por temor de mentir involuntariamente. Lo cierto es que estoy preocupadísimo. A la casa en que habito vino ha poco a parar una familia provinciana, compuesta de un matrimonio, los señores de Balduque y su hija única. La protección que he dispensado al padre nos ha hecho amigos: he frecuentado su trato, y sin vanagloria—ya sabes que no me forjo ilusiones—se me figura que mis inocentes galanterías han impresionado profundamente a la niña. No es sólo mío el triunfo; las circunstancias han hecho mucho. Pilar vivía acostumbrada al trato de los señoritos de provincia, y de pronto ha visto en mí un hombre

distinto, tal vez la personificación de esta vida cortesana que deslumbra. Apenas la he galanteado, y tengo ya motivos para pensar que corresponde al amor que supone haberme inspirado. Su ingenuidad es encantadora; en su carencia de coquetería existen más escollos que en el pudor artificioso e incitante de una gran señora. Además, te confieso que hay en ella algo que atrae. A primera vista es una cursi, mas quien como yo sabe observar sin dejarse influir por la impresión primera, pronto descubre en su corazón un tesoro. Sí, Juan; de estas señoritas cursis, que sólo a la habilidad de sus manos deben las galas con que se adornan; de estas muchachas pobres, modestas, hacendosas, salen las verdaderas madres de familia, los ángeles del hogar, cuyos dedos cierran las llagas de los corazones que han sufrido tanto como el mío. No estoy loco por ella, ni ese es el camino; me gusta, y nada más. Pero, ¡qué tremenda responsabilidad para una conciencia honrada! ¡Yo he turbado la paz de su alma! ¿Qué debo hacer? ¿Qué haré? La duda me inquieta horriblemente. También pienso que a mi edad tal vez fuera conveniente sentar la cabeza y dejarse de aventuras. Luego, estas casas de huéspedes son insoportables. En cuan-

to a sus padres, ven la cosa con buenos ojos. El señor Balduque arde en deseos de que el asunto se formalice. Debes suponer que seré cauto. Hoy por hoy, mi espíritu no está tranquilo. No la amo; pero, ¿acaso no soy culpable de haber despertado en ella esperanzas? ¿Y si yo trocase esas esperanzas en hermosas realidades que labraran mi dicha? ¡Tengo veintiocho años cumplidos... con la experiencia de cincuenta! En fin, adiós. Ya te escribiré más despacio. Tuyo siempre,

JUAN.„

Así pensaba el soñador, creyendo de buena fe cuanto decía, a pesar de lo cual la realidad y su carta eran enteramente distintas. Si Pilar le mostró afición, no fué porque se enamorase espontáneamente de él, sino porque con imperdonable ligereza la cortejó desde que comenzó a tratarla: ni Juan despertó en el alma de la señorita de Balduque nada que estuviese dormido, ni era ella más inocente que la mayoría de las mujeres honestamente solteras. En cuanto a que el amorío no disgustase a los señores de Balduque, también estaba en un error.

No sólo lo veían con buenos ojos, sino con ojos de lince y astucia de raposo.

Apenas el padre advirtió lo que ocurría, comenzó a hacerse de cuando en cuando el distraído, sin dejar de ser cauto, a fin de que los chicos pudieran hablar a solas algunos ratos; continuó aprovechando cuantas ocasiones pudo para elogiar ingeniosamente las habilidades de Pilar, y fué retrasando de día en día el regreso a su provincia, seguro de que pocas semanas bastarían para comprometer a Juan. Después, según el cariz que tomaran las cosas, se opondría repentinamente a los amores para estimular al muchacho, le echaría en cara su proceder o adoptaría cualquier otro recurso que diera por resultado el matrimonio, pues era hombre que no se paraba en barras.

Siguieron por algún tiempo, Juan cada día más obcecado en aquello de su responsabilidad por haber despertado un alma, Pilar muy satisfecha de verse cortejada, y el señor Balduque aguzando el ingenio; hasta que obtenida la jubilación y harto de gastar en la corte más de lo que podía, determinó forzar los acontecimientos.

Una tarde volvió Juan del ministerio ya cerca de la hora de la comida, y seguro de que

Pilar sería la primera en llegar al comedor para poder hablar con él un ratito, fué a esperarla tosiendo al pasar ante el cuarto de los Balduque. El padre observó lo de la tos, vió en seguida a la niña salir del gabinete, y la dejó marchar como si nada hubiese advertido; pero a los cinco minutos, sin hacer ruido, se fué acercando al comedor y sorprendió a la pareja en la disposición siguiente.

Pilar, sentada junto al balcón en una butaca; Juan, frente a ella, en una silla baja, teniendo cogidas entre las suyas las manos de la niña, y ambos hablando muy bajito, casi a la vez, diciéndose en casa mirada un madrigal. Acercóse cautelosamente el astuto padre, y cuando ya estaba junto a ellos, dando una palmada, con señal de sorpresa, pero sin el menor enfado, dijo, interrumpiendo su amoroso diálogo:

—¡Miren los tortolitos qué callado lo tenían! ¡Ni que yo fuese una fiera! ¡Como si no supiese que don Juanito es todo un caballero! En ti, vamos, se comprende; al cabo eres una chica; pero usted, don Tenorio, debió ser más leal conmigo. En fin, ya ven ustedes que no me la han pegado. Vaya, vaya... ¿Os queréis? Pues Dios os haga muy felices! ¿Qué más podía yo

desear para mi hija que un hombre tan reflexivo y tan formal como usted?

Pilar estuvo a punto de llorar de gozo. Juan calló absorto, espantado de lo que oía, sin valor para decir palabra que implicara la menor resistencia. No pasó más La escena fué de una rapidez aterradora.

Después, a solas, lejos de pensar que le habían cogido en un lazo, sólo se fijó en recordar la alegría que experimentó ella al oir las frases de su padre: "¡Es un ángel!—se decía.—¡Qué cara ha puesto! ¡Y cómo me tenía cogidas las manos! Lo que yo siento no es amor, es decir, ¡quién sabe!; pero, ¿cómo abandono a esa chica? ¿Qué hago? Ademas, cuando un hombre encuentra una mujer que se enamora de él perdidamente, y por lo mismo puede hacerle feliz... Esto no tiene más arreglo que la solución clara, legítima, honrada... el deber es una línea recta. (¡Buena frase; la apuntaré para el drama!) Tampoco puedo resignarme a pasar la vida como un hongo... Pilar me ama... yo a ella todavía no... pues mejor; así mi serenidad aprovechará su pasión. Eso de casarse por amor, es tan desatinado como pensar sólo en el dinero.„

El señor Balduque, no contando con ver tan

pronto satisfecho su deseo de jubilarse, había venido a la corte dispuesto a permanecer en ella hasta tres meses; pero logrado su objeto y puesta toda su atención en la boda de la niña, determinó no ausentarse de Madrid sin dejarla casada. Condújose, sin embargo, respecto de Juan, con tal prudencia, que a partir del día de la sorpresa, lejos de precipitar los sucesos, se limitó a gastarle bromitas hablando del asunto como de cosa asegurada y resuelta, por la cual no sentía impaciencia; antes al contrario, solía decirle, poniendo cara triste:

—Crea usted, Juanito, que va a sernos durísima esta separación. ¡Quién había de pensar que los pobres viejos se volverían solos! Lo que más siento es que hay que arreglar pronto las cosas... eso sí; no podemos ya permanecer aquí más tiempo. Madrid cuesta un ojo de la cara. ¡Picarón!... ¡pobrecita mía, tan mimada como la teníamos!...

—¡Por Dios, don Mateo! ¿Piensa usted que no sabré hacerla feliz?

—No, hijo mío, no; pero ya ves, al fin y al cabo soy padre, un padre amantísimo. Escucha lo que vamos a hacer a fin de poder estar juntos hasta el mismo instante de nuestra partida. Mi mujer y yo lo tendremos todo dis-

puesto para el viaje; os casáis al anochecer, comemos de fonda, luego volvemos a casa, cerramos los baúles, nos acompañáis a la estación, y cuando se vaya el tren, os marcháis a vuestra casita. ¿Qué te parece?

. . . . . .

Este proyecto se realizó punto por punto. Hiciéronse las diligencias necesarias en la Vicaría; Juan concluyó de poner su casa, amueblándosela modestamente un tapicero que se avino a cobrar un tanto cada mes; y una tarde, ya casi puesto el sol, a esa hora triste en que la sombra se apodera del espacio perdido por la luz, los señores de Balduque, á un tiempo padres y padrinos, dos compañeros de la oficina del novio, éste y su prometida, llegaron a la puerta de la que llaman muchos todavía la casa del Señor.

Cruzaron todos la nave del templo, frío como alma de egoísta, y entraron en la sacristía, sala ancha, medrosa y sucia, de cuyos polvorientos muros pendían algunos cuadros viejos y mal cuidados. En un ángulo, al amor del rescoldo que quedaba en un enorme brasero, había dos curas y un sacristán: al lado opuesto un monaguillo, especie de Rinconete clerical, limpiaba unas vinajeras, frotándolas con una

viejísima gamuza, y cerca de él un compañero suyo menor, mas con iguales trazas de pillete, acariciaba, con la mano metida en el bolsillo, los cabos recién hurtados que pronto cambiaría el cerero por cuartos con que comprar un trompo. Arrinconados entre un armario y la pared, veíanse varios portacirios y un estandarte cubierto con un trozo de percalina negra, por cima del cual asomaba sus brazos una cruz de metal amarillento: bajo un mueble pesado y ancho, de profunda cajonería, estaban tirados en el suelo dos o tres candelabros de desecho, y colgado de una percha había un manteo raído que, por el bonete puesto encima, tomaba aspecto de espantajo. La estrechez de las ventanas, el expirar del día, el silencio, el olor de la cera quemada, la pavorosa negrura de cuanto allí miraban los ojos, parecía hecho adrede para infundir temor al ánimo. Hasta las dos raquíticas velas que alumbraban el crucifijo puesto en el centro de un pequeño altar, se consumían sin atreverse a brillar mucho, cual si todo lo que fuese luz y esplendor estuviese en contradicción con el ambiente de aquella estancia, que antes parecía guarida de alimañas que habitación de racionales.

Al acercarse la gente de la boda, el sacristán

abarcó el grupo de una mirada y sonrió con desprecio. El cura preguntó, dirigiéndose a Juan y Pilar:

—¿Son ustedes los novios? ¿Están ustedes todos?

En seguida se puso el traje de precepto, y colocando delante de sí a los contrayentes y sus padrinos, leyó sin darles importancia los grandiosos versículos de la epístola de San Pablo, no hechos para tan ruines labios. Luego, juntándoles las manos, les bendijo y realizó aquel acto solemne y conmovedor con la más completa indiferencia.

Los Balduque, los recién casados y los dos amigos que les habían servido de testigos, comieron atropelladamente en una fonda de segundo orden; después tornaron a la casa de huéspedes, para que los viajeros se pusieran los trajes de camino, y a los pocos momentos partieron a la estación: en un pesetero Juan y el señor Balduque, en otro Pilar con su madre, y en el tercero los testigos, que durante el camino fueron haciendo comentarios picantes sobre lo que le pasaría a la novia aquella noche. En la sala de espera, minutos antes de partir el tren, la madre llamó aparte a la hija, para darle avisos o consejos que ella únicamen-

te pudo oir, porque los demás, incluso Juan, se alejaron discretamente. Cambiáronse abrazos, besos, enhorabuenas, hasta hubo lágrimas, y al alejarse el tren, acallando con el penetrante silbido de la locomotora las últimas frases que cruzaron los padres con la hija, los dos amigos se despidieron de la feliz pareja.

Habían ya desaparecido entre las sombras de la noche los fuegos rojos del furgón de cola, y aun seguía Pilar inmóvil, como clavada en el suelo, pugnando por percibir el ruido, cada vez más débil, que producía el tren al alejarse. La anchurosa nave del andén quedó desierta. Entonces Juan, como creyese que aquel momento era adecuado para encajar una frase muy sentida, tomó del brazo a su *legítima*, y oprimiéndoselo dulcemente, dijo:

—¡Qué venturosa soledad!

. . . . . .

Juan, ávido de disfrutar las delicias de su nuevo estado, sustituyó el tradicional viaje de novios con un recurso que le pareció ingeniosísimo. Pidió a sus jefes permiso para faltar a la oficina unos cuantos días, y pasó dos semanas sin más ocupación que acompañar a su mujercita y dar con ella largos paseos. Por las mañanas salían a comprar alguna de esas mil

cosillas menudas del ajuar doméstico, que se adquieren según las necesidades diarias van haciéndolas indispensables; por las tardes iban a la Castellana o Recoletos, él de levita inglesa, ella con vestido negro, y después de comer a un teatrillo cualquiera, donde veían un par de piezas. Nadie ha podido averiguar quién disimulaba mejor el afán que ambos tenían por retirarse temprano; mas ello era de suerte que, apenas llegaban a casa, Pilar, quejándose de cansancio, entraba en la alcoba y comenzaba a desnudarse. Juan, sentado en una butaca del gabinete, oía el ruido que producían al caer al suelo las almidonadas enaguas, el rápido resbalar de los cordones por los ojetes del corsé, el chocar de los zapatos contra las patas de la cama, y hasta el gemir del colchón de muelles cuando Pilar se apoyaba en el borde de la cama para meterse entre las sábanas. Después, ¡cosa rara! aquella mujer, tan presurosa en desnudarse, no se atrevía a llamar a su marido, quien entretanto distraía su impaciencia con éstas o parecidas reflexiones: "¡Soy completamente feliz! ¡Pobrecilla! Todavía no tiene conmigo la confianza que debe existir entre marido y mujer; parece que está acobardada, ¡claro! como que la transición es muy brusca. Estas revela-

ciones del amor físico, son brutales. Pero, ¡qué diferencia entre... porque, vamos, una cosa es la mujer propia y otra las desdichadas que andan perdidas por esos mundos de Dios!... Parece respirarse aquí algo de santidad; quiero decir, que el amor toma otro carácter. No se bebe lo mismo al borde de un arroyo que en la copa de una orgía. La verdad es que yo... (En vano procuraba traer a la memoria más querida suya que la pegajosa y tosca Maritornes) yo sé lo que son mujeres, y, sin embargo, hasta ahora no podía figurarme las delicadezas de sensibilidad moral que... Es una lástima no poder sacar en el drama una figura así, una mujer tan sencilla, tan candorosa. ¡Qué contraste formaría con la otra! Por supuesto, de tonta no tiene nada; parece algo parada; le falta esa viveza, ese desparpajo propio de las madrileñas; pero ya se irá espabilando...„ De repente partía de la alcoba una tosecita fingida que le arrancaba a sus cavilaciones.

Lo que Juan no notaba era que la tos se oía cada noche antes y el monólogo resultaba cada vez más corto.

XIII

Pasó un año, durante el cual los esposos disfrutaron la más completa calma. No tuvieron una disputa, una riña, ni el menor altercado.

Juan no era, sin embargo, tan dichoso, como a primera vista parecía: a ser capaz de interrogarse con la razón serena, no le habría sido fácil determinar la causa del desasosiego moral que comenzaba a sentir; pero con frecuencia, ya camino del ministerio, ya entregado a su trabajo, en cualquier rato que se quedara solo, alzábase en su pensamiento una inquietud imposible de apaciguar, cada día más terca y más incómoda. Ni su inteligencia sabía escudriñar en la realidad para explicarse lo que le acontecía, ni su voluntad era bastante pode-

rosa a sofocar los primeros síntomas del desencanto. Le faltaba o le sobraba algo, mas no sabía qué. En su vida presente, el bienestar físico, las comodidades, eran muy superiores a las que jamás disfrutó, y a pesar de todo!... Mirándose los puños de la bien planchada camisa, se acordaba de lo deshilachados que los llevó en otro tiempo; palpando los ojales de la levita, cuidadosamente recosidos, rendía un tributo de admiración a su mujer; la compañera de su vida era afable, cariñosa, y, sin embargo, la tristeza se iba enseñoreando de Juan, como si alguien para hacerle aborrecible la existencia murmurase continuamente junto a su oido que la felicidad no estriba en carecer de penas, sino en gozar alegrías. ¿Y cuáles tenía él? Ninguna.

"Mi vida—pensaba algunas veces—es como lo que los marinos llaman *calma chicha;* no me ahogo, pero no navego, es decir, no vivo. ¿Qué es esto? Ni un disgusto, ni una contrariedad; pero las dichas, ¿dónde están? Pilar es buena, no puede ser mejor; ¡lástima que Dios no le haya dado más entendimiento!... Pero, vamos, yo quisiera que supiese comprenderme mejor; un hombre como yo necesitaba más viveza en ese cerebro, más penetración. A su

juicio, lo que no es de la casa no es del mundo; para ella, el fuego más sagrado es del fogón... Ciertas cosas, ciertas ansias mías, no las comprenderá nunca. ¡Qué diablos! es mujer para el cuerpo, para la prosa del hogar; no es mujer para el espíritu. Ni por casualidad se le ha ocurrido la idea de coger una cuartilla del drama. El día de mi triunfo se quedará tan fresca. Y no es por tibieza de temperamento, ¡eso no! ¡Quiá! A las once, estemos donde estemos, a casita. Mal me vería yo como tuviera una querida... Antes, mientras se acostaba, me quedaba yo un ratito en el gabinete pensando, haciendo planes y proyectos; ahora, lo mismo es meterse en la cama que... "Juanito, pero hombre, ¿qué haces ahí?„ Bonita, sí es; cada día se va poniendo más guapa; ya lo sabe ella, ¡ya lo creo que lo sabe! ¡Es increíble hasta qué punto conoce su fuerza la mujer por muy honrada que sea! No, por falta de cariño, no puedo quejarme. Mimosa... zalamera... vehemente... apasionada... es decir, apasionada de cierto modo, porque fuera de la intimidad del matrimonio, ni le importa lo que hago ni es capaz de interesarse por nada. En la casa, orden y limpieza; conmigo, mucho amor; y aquí paz y después gloria; pero amor a su modo, a su

manera; vaya, que no es mujer para el espíritu.„

. . . . . .

Tal era el estado del ánimo de Juan, cuando una tarde, oyendo hablar a dos compañeros del ministerio, supo que al día siguiente iría a la oficina un nuevo empleado.

—Pues creo—decía uno de los interlocutores—que le ponen aquí la mesa, junto a las nuestras.

—¿Y cómo se llama?—preguntó Juan.

—Don Fulano Pipierno. ¡Qué apellido tan raro!... Del nombre no me acuerdo. Dicen que es un perdido.

—¡Pipierno!—le interrumpió Juan.—¡Ah, sí!, ya me acuerdo. Debe de ser un chico de mi pueblo.

No se había engañado: el nuevo funcionario era aquel muchacho, hijo del tío Pipierno, tratante en bestias del mismo lugarejo de Juan, que fué enviado por su padre a que estudiase en Madrid *pa engeniero der campo*, y el cual, en vez de dedicarse a lo que imaginaba el crédulo autor de sus días, se hizo maestro en el arte de vivir a costa del prójimo. Después de una larga y estrecha amistad con el gomoso fundador de *La Nueva Hípica*, que fué su in-

troductor en ciertos círculos viciosos de la vida cortesana, pasó a ser compañero inseparable del hijo único de un marqués, muchacho muy rico y no menos zopenco, al cual prestó verdaderos servicios. Pipierno recibía las cartas de la querida que el marquesito tenía a escondidas de sus padres; iba a buscarle para comer los días que ella le citaba, dejándole discretamente en el portal de la favorecida; le buscaba dinero, a préstamo se entiende, en momentos de apuro; por muy tarde que se retirase no se despedía de él sino a última hora, acompañándole siempre hasta la misma puerta de su casa; y lo que aun le hacía más simpático a los ojos de su amigo, le reía como chistes ingeniosísimos todas sus estupideces y groserías, que eran muchas. A cambio de estas condescendencias, cuando el marquesito se hacía un traje, Pipierno, que constantemente le acompañaba para escoger telas y hechuras, se encargaba otro, que el sastre incluía en la cuenta del primero; cada préstamo que agenciaba solía dejarle algunos duros de ganancia; si iban al teatro, nunca era él quien tomaba las butacas; y en el café, los mozos conocían tan a fondo la índole de aquella amistad, que aunque Pipierno palmotease tímidamente, no se

acercaban a cobrar sino cuando el marquesito les llamaba. No faltó quien murmurase que en alguna época Pipierno rindió amoroso y no platónico tributo a la querida de su amigo, por supuesto, sin ofenderla con esas dádivas y regalos que roban al amor toda su poesía. Por último, sabíase que Pipierno, después de disfrutar la amistad del citado marquesito, entró en plena posesión de una señora rica, beldad físicamente arruinada, pero de esas que se obstinan en tener cortejo hasta poco antes de llevar mortaja.

No mintió quien tal dijo. Esta dama fué quien, obedeciendo a un plan sapientísimo, hizo que le dieran el empleo, pues así logró que pasando las noches con ella y los días en el ministerio, y teniendo poco dinero, no le quedaran tiempo ni metálico que consagrar a otras mujeres; a pesar de lo cual, como no podían entusiasmarle los decadentes encantos de su protectora, siempre andaba buscando querida más joven aunque no fuese tan espléndida.

Ignorando Juan estás andanzas de Pipierno, y siendo, además, paisanos y antiguos conocidos, claro es que apenas se vieron en el ministerio comenzaron a tratarse con bastante confianza.

—¿Te vienes a dar una vuelta?—le preguntó el nuevo funcionario una tarde de otoño, cuando estaban ya cogiendo los gabanes para salir del ministerio.

—Sí; un paseo higiénico. Mira, nos bajamos por el barrio de Argüelles a la cuesta de Areneros, y subimos luego por la calle de Segovia.

—Calla, hombre, ese es paseo de gente tronada: vamos al Retiro, donde van las personas decentes.

Al poco rato llegaban al paseo de coches del Retiro. La tarde era magnífica. El cielo iba tomando las tintas azuladas oscuras que son precursoras de la noche, y hacia la parte de Madrid, tras las torres de las iglesias, que destacaban puntiagudas y negras sobre un océano de oro, brillaban como ráfagas de fuego algunas nubes estrechas, largas y rojizas, en cuyos bordes parecían quebrarse los rayos del sol poniente. Un vientecillo fresco arrastraba por la arena de las alamedas la hojarasca amarillenta y seca formando remolinos en las socavas de los árboles; acá y allá, entre el ramaje casi desnudo de las acacias y los plátanos, se erguían lozanos y pomposos los pinos de verdura perenne; en los macizos de las praderitas que se extienden a la derecha de la ancha vía de ca-

rruajes quedaban aún las últimas flores que no abrasó el verano, y al lado opuesto la luz reverberaba en las ventanas del Observatorio viejo, tras el cual la noche venía tendiendo sus sombras por la extensión árida del campo. El enronquecido gemir del viento casi apagaba el rodar de los coches y los chasquidos de las fustas; los paseantes comenzaban a dar de prisa la última vuelta, y en las cercanías de los corrales inmediatos a la casa de fieras oíase a intervalos el ingrato graznido de algún pavo real que llamaba a su hembra para acogerse a un cobertizo.

En el paseo quedaba muy poca gente. Juan y su amigo iban por junto a la línea de los coches entretenidos en mirar a las mujeres que cruzaban ante su vista, sin que la rapidez con que pasaban les permitiera fijarse bien en ellas, lo cual no impedía a Pipierno saludarlas a casi todas, diciendo en seguida un nombre, un título, a veces un diminutivo familiar que demostrase la intimidad con que las trataba.

De pronto, en dirección contraria a la suya, vieron acercarse una berlina que tirada por un soberbio caballo venía más despacio que los demás carruajes. Ambos amigos miraron. Juan necesitó violentarse para contener un grito de

sorpresa. Hasta sus labios llegó, y en ellos quedó ahogado por la voluntad un nombre que en otro tiempo llenó su alma primero de esperanzas y luego de amarguras: María. Pero María elegantísima y mucho más hermosa que cuando estaba soltera.

Luego que hubo pasado, él se volvió para mirar hacia atrás, y vió que ella había sacado la cabeza por la ventanilla. "¡No cabe duda—pensó—me ha conocido!„ Siguieron paseando, Pipierno prodigando saludos y Juan echando miradas hacia la fila de carruajes. A la siguiente vuelta tornó a pasar junto a ellos la berlina de María, y ésta, no sólo aproximó la cabeza a la ventanilla, sino que, además, dejó dibujarse en su rostro una sonrisa.

—¿Conoces a esa?—preguntó Juan impulsado por un deseo irresistible de hablar.

—De vista—respondió secamente Pipierno.

Se había ya marchado casi toda la gente de a pie, y aun continuaba la berlina dando vueltas. A Juan comenzó a latirle con violencia el corazón; la boca se le quedó seca; de todo su sér se apoderó una emoción que a duras penas podía disimular.

Por fin, el coche de María desapareció rápidamente en dirección a Madrid.

—¿Nos vamos?—preguntó Pipierno.

—Cuando quieras.

Aquella noche, mientras se desnudaba Pilar, su marido se quedó en la butaca del gabinete entregado a profundas cavilaciones, como en los comienzos de su matrimonio. Cuatro veces tuvo ella que llamarle para que fuese a acostarse.

.....

.....

Al día siguiente, Juan esperó que Pipierno le propusiese ir a paseo, antes que por gusto de acompañarle, por saber si podría marcharse solo al Retiro; pero la proposición no se hizo esperar.

—¿Te vienes?

—Bueno; ayer me sentó al pelo la vuelta que dimos.

—Pues andando.

Sucedió lo que la víspera. Al llegar ellos ya estaba allí María, pero no en berlina, sino en carruaje abierto. Juan pudo verla a sus anchas, porque la tarde era hermosísima y había tantos coches, que forzosamente andaban despacio los caballos. Ella, como el día anterior, sonrió al ver a los dos amigos; Juan observó de reojo a Pipierno, cuyo rostro permaneció impasible,

y en seguida miró hacia atrás. María volvió también ligeramente la cabeza. "Mi sospecha es fundada—imaginó Juan—la casaron por fuerza, y ¡claro! donde fuego se enciende... ¿Y qué hago ahora?

Como el día anterior, el coche de María y los dos amigos fueron casi los últimos en retirarse del paseo, pero a cada vuelta, cada vez que se cruzaron, Juan dirigió a su antigua novia una mirada, y ella, aunque con gran disimulo, se la pagó con un movimiento de cabeza: al menos así creyó notarlo él.

. . . . . .

"¡Qué abismos hay en el corazón humano!—se decía Juan al volver hacia su casa.—Yo en santa paz con mi mujer, sin acordarme para nada de lo pasado... María casada también... pero Dios sabe cómo se llevará con su marido. Es decir, lo sé yo también. Por fuerza es desgraciada: si no ¿cómo se explica lo que está haciendo? Ha debido de sufrir mucho... y ¡que impresión habrá experimentado al verme! Porque, es indudable, anteayer me conoció en seguida y me miró casi sin recatarse; hoy ha sido algo más prudente, pero harto he advertido sus miradas. ¿Y qué hago ahora? ¡Esto es horrible! Creí enteramente muerto mi amor, y me

ha bastado volver a verla, sentirla pasar junto a mí, para que resuciten todos los deseos, todas las esperanzas... ¿Y Pilar, ¡pobrecilla! qué culpa tiene? No; sería una infamia... ¡Si la infeliz supiera! Pero, ¿quién se lo ha de decir? Y si yo tuviese ahora relaciones con María cuidaría mucho de que lo ignorase. Además, esto es más difícil de lo que parece: ¿cómo ni dónde podríamos vernos? ¿Acaso ella se prestaría?... Lo primero que hará será pedirme perdón... Hoy no son ya posibles entrevistas como aquellas del café; la menor imprudencia nos costaría muy cara. Las mujeres son capaces de todo, y cuando se ciegan no hay riesgo que las detenga. ¡Pobre Pilar, si llegara a sospechar algo! Pero no; estaré con ella más cariñoso que nunca, ocultaré mis penas bajo la máscara del disimulo... El hombre es un cómico despreciable desde que nace hasta que muere. ¡Sentir amor y enmudecer! Sí; la honra de María, la paz de mi casa, la felicidad de Pilar, todo, todo está amenazado: lo único que no está amenazado, sino ya herido de muerte, es mi reposo, la tranquilidad de mi conciencia! ¡Qué días, qué luchas me esperan! Porque si me quiere, si procura que nos encontremos—y sí lo procurará—¿qué hago? No puedo de-

jarla abandonada a su horrible situación; y si le consagro enteramente mi vida, entonces, ¡desdichada Pilar! ¡Que vengan los poetas a crear conflictos dramáticos! Por mucho que imaginemos, por mucho que echemos a volar el pensamiento, la realidad nos ofrecerá siempre situaciones mil veces más horribles que cuanto se pueda idear. ¡A qué espantoso abismo estoy asomado! Y afortunadamente no tengo hijos. María... tal vez, no sé; tampoco debe de tener hijos; si está igual que antes, no ha variado nada. Mi alma es la única que ha envejecido aquí.„

Aquella tarde había salido la criada, y Pilar fué quien le abrió la puerta.

—Pero hombre, cada día tardas más; antes, del ministerio, en seguida a casita. ¿Qué es esto? ¡Parece que se acaba nuestra luna de miel!—Y echándole al cuello los brazos, le besó, con más pureza que quizá le había besado nunca; pero él, sirviendo como siempre de juguete a su imaginación, vió en aquel halago una de tantas pruebas de la exagerada amatividad de Pilar, y se dijo: "Vaya, lo de costumbre: está visto; aquí no hay mujer para el espíritu„.

Mas por la noche, creyendo que debía co-

menzar a fingir, estuvo amantísimo con su mujer, y ésta le dijo cariñosa:

—Vamos, ya veo que aun no entramos en el cuarto menguante.

—Te quiero igual que siempre — repuso Juan.

Y luego, amargando voluntariamente sus goces y esforzándose en acibarar sus dichas, hasta que se durmió estuvo pensando en el momento, ya cercano, en que habría de amar a su mujer por lástima, por no hacerla desgraciada. "No hay remedio—le decía su fantasía, eterna creadora de pesares:—estamos, estoy en pleno adulterio moral: luego vendrá el inmoral reparto de caricias; saldré de los brazos de una para caer en los de otra, hasta que me hastíen las dos. Sí, me cansaré de ellas; esa es la naturaleza humana... Lo que ahora me inquieta, es lo que debo hacer con María. ¿Procuro acercarme a ella? ¿Cómo? Mal se portó conmigo; pero harto castigada está. Ademas, cuando una mujer hace la demostración que ella ha hecho, ¿qué amor propio no se da por desagraviado? Estoy seguro de que si una de estas tardes logro dar esquinazo a Pipierno, y voy solo al Retiro y me quedo allí hasta bastante tarde... de fijo, María procura estar dando vueltas y más

vueltas en el coche y, así que se haya marchado toda la gente, me hace señal de que me acerque. ¡Sí, a esa hora, entre dos luces, casi a oscuras, porque allí no hay faroles, podremos hablar sin miedo, aunque sea sólo para cambiar cuatro frases. ¡María, María! ¿Quién nos lo había de decir? Los dos estamos sujetos por el lazo, ¡qué lazo! por el odioso nudo del vínculo indisoluble... ¿Pero quién reprime sus pasiones?„

Durante varios días seguidos, dominado por la idea de ir solo al Retiro, procuró salir de la oficina a distinta hora que Pipierno, sin lograrlo nunca, viéndose obligado todas las tardes a soportar tan enojosa compañía; su único consuelo era que María acudía diariamente al paseo, y nunca—según a él le parecía—dejaba de mirarle más o menos disimuladamente. Por fin, un domingo, pudo ir solo. "Es temprano—se dijo, observando que apenas había coches—aun no ha venido.„ Pero después de dar varias vueltas fijándose mucho en todos los carruajes, como no la viese aparecer, según fué cayendo la tarde concluyó por pensar: "Es domingo... y la gente rica tiene a menos venir... esto está hoy lleno de cursis. Lo que haré mañana será faltar a la oficina, para que aquél no

me eche la garra a última hora, y por la tarde vengo solito: no saliendo conmigo del ministerio, puede que prescinda del paseo... y, sí, no cabe duda, en cuanto ella me vea solo, no pára de dar vueltas en el coche hasta que anochezca; después me acerco, la saludo... ¿Qué será lo primero que deba decirla?„

Así lo hizo. Aquel lunes no fué a la oficina; salió a las cinco de su casa, diciendo a Pilar que iba a inscribirse en la lista puesta en el portal de un jefe que estaba enfermo, y echó a andar en dirección al Retiro.

Cuando llegó, las carretelas, berlinas y victorias llenaban ya en doble fila el ancho paseo; Juan, muy despacio y lo más cerca posible de la línea que seguían los carruajes, los fué examinando uno por uno.

Terminada la primera vuelta sin que descubriese a María, comenzó a dar la segunda todavía con mayor lentitud y mirando muy cuidadosamente. Trabajo inútil; María no llegaba. Tres, cuatro, cinco vueltas dió, más desazonado e inquieto a cada paso. "¡Maldita casualidad! El único día que vengo solo...Vaya, esto es que ha temido algo. ¿Si habré hecho estas tardes pasadas, sin saberlo, alguna imprudencia? Daré otra vuelta.„

Acabó por perder la cuenta de las veces que llegó desde la *casa de fieras* hasta *el ángel caído* y viceversa: por último, desesperanzado, rendido, pero mirando aún hacia los pocos coches que quedaban, emprendió la retirada. "¡Bah!—se decía—habrá tenido que recibir o hacer alguna visita, se habrá entretenido...No importa, es cuestión de paciencia. ¡Si yo pudiese el primer día que viniese hacerle alguna seña para que comprendiera mi intención de quedarme aquí hasta que se vaya todo el mundo!...

. . . . . .

. . . . . .

—Pero, hombre, ¿cómo no vino usted ayer? —preguntó a Juan un compañero al día siguiente cuando entró en la oficina.

—Tuve un dolor de cabeza muy fuerte, y luego, ya tarde, salí a dar una vuelta porque no podía parar en casa.

—Vaya, vaya... ¿de modo que no sabrá usted lo de Pipierno?

—¿Pues qué le pasa?

—Pues, nada, una friolera; que le han limpiado el comedero, y según dicen por ahí se ha escapado con una mujer.

—No—interrumpió otro oficinista al que ha-

bía tomado la palabra.—Cuente usted las cosas por su orden. Se ha escapado con una mujer, y a causa de esto le han dejado cesante.

—¿Que se ha escapado con una señora? ¿Y qué tiene que ver esto con la cesantía?

—Pues mire usted, don Juanito, nosotros creíamos que usted estaba en antecedentes. ¡Como parecían ustedes tan amigos! Pipierno estaba liado... vamos, más claro, mantenido por una señora de bastante edad; era un *traviato*, ¿estamos?, y, además, tenía relaciones con otra, mucho más joven, casada, que es con quien se ha escapado. La vieja lo supo aquella misma noche, fué a ver al jefe, y ¡paf! cesantía al canto... Como era ella la que había hecho que le emplearan... Pero, hombre, ¡si lo sabía todo Madrid! Era natural que ocurriese esto. Pepe Alones estaba enredado con una que fué doncella de su casa, y no hacía caso de su mujer para nada... ¡Bien merecido tiene lo que le sucede!

—Pero, ¿están ustedes seguros?: ¿era la mujer de Pepe Alones? — preguntó Juan, angustiado y pugnando por ocultar la emoción.

—La misma. ¿Cree usted que es él capaz de cargar con una pobre? Eran unas relaciones

muy antiguas; como que empezaron a poco de casarse: ella es hija de aquel Volandas, que fué director del Tesoro o subsecretario de Hacienda.

Lo único que a Juan se le ocurrió como comentario a tan espantosa revelación, fué exclamar:

—¡Qué Madrid éste tan podrido!

Se puso a trabajar calladamente, haciéndose el distraído, procurando demostrar que nada le importaba lo que acababan de decirle; pero salió del ministerio tan confuso y abatido, que al llegar a su casa se fingió malo. Confesar la causa de su pesar, era imposible: no había otro medio de evitar que Pilar ignorase el verdadero origen de su aplanamiento.

De resultas de este desengaño mayúsculo, sufrió una crisis larga y angustiosa, tanto más terrible cuanto más halagüeñas habían sido las promesas que su imaginación le pintó como realidades prontas a embriagarle de felicidad. A un tiempo quedaron desvanecidas todas las ilusiones que se forjara; María le miró porque iba con Pipierno; o mejor dicho, a quien miró fué a Pipierno; el día que éste faltó al paseo, ella no fué tampoco... todo estaba claro; y lo que era peor, el ídolo, el símbolo de sus en-

sueños juveniles, la que adoró aun en aquellos días en que la llamó *perjura*, la niña cuyo corazón creía él haber abierto a las primeras impresiones del amor, quedó a sus ojos convertida en una mujer vulgar, capaz de enamorarse de un hombre como Pipierno y rebajarse a dar escándalo semejante.

"¡He sido un necio! (quizá fué esta una de las pocas ocasiones en que su imaginación no le engañó), sí, un estúpido. Ni ahora me miraba, ni antes me quiso. Se casó como se casan muchas... ¡así sale ello! ¡Vergüenza siento al recordar que la he amado! ¡Y en el drama la he pintado como una víctima, como una inocente sacrificada!... ¡Aquí no hay más víctima que yo."

XIV

Pilar fué desde que se casó, y continuaba siendo, en extremo dulce y cariñosa. Aquel exceso de amatividad, que a Juan pareció alguna vez prueba enfadosa de inmoderado afán por los goces menos puros del matrimonio, no era en su mujer consecuencia de la mera exaltación de los sentidos, sino resultado natural de juntarse en ella un entendimiento mediano y una exagerada vehemencia: amaba a Juan, pero sin que su educación ni su lenguaje pudieran ser intérpretes de lo que experimentaba; las pruebas amorosas de que era capaz resultaban siempre demasiado materiales. Cuidar la casa, darle bien de comer, tener siempre minuciosamente repasada la ropa blanca, ¿qué era esto para un hombre que soñaba con hacer

un drama que reflejase lo que *él* había sufrido? A Pilar no se le alcanzaba que pudiese existir más clara demostración de cariño que ser ordenada, limpia, económica, y cuando a la noche Juan se quedaba en la butaca del gabinete entregado a sus eternos desvaríos, todo lo que a la pobre se le ocurría era llamarle con la entonación más dulce que el amor podía prestar a sus palabras, diciéndole:

—¡Anda, rico, ven con tu mujercita!

Tanto esmero en atender a las necesidades de la vida práctica y tan extremada dulzura en la intimidad, no bastaron a que Juan pudiese apreciar la verdadera índole de su esposa, que continuó pareciéndole siempre un sér inferior, una mujer incapaz de comprender *ciertas cosas*. "Este materialismo instintivo—se decía cuando pensaba en ella—es asfixiante para el espíritu„. Pilar, en cambio, sin más que la intuición exquisita de la mujer enamorada, atenta sólo a las duras pero claras advertencias de la realidad, comprendió que Juan echaba algo de menos, que en la existencia de su marido había un vacío que llenar, y que, o ella quedaba pronto vencedora en la lucha que iba a entablar contra el hastío, o tendría que resignarse a ser tratada con ese despego mal reprimi-

do que imposibilita toda felicidad entre dos personas condenadas a vivir juntas.

¿Por qué recónditos caminos y ocultas sendas llegó aquella pòbre muchacha a ver claro, como la luz del medio día, que la dicha se le escapaba de entre las manos? ¿Qué esfuerzo de inteligencia hizo o qué auxilio pidió su sentimiento a su razón? Acaso el instinto que Juan tachaba de asfixiante para el espíritu, le sirvió a ella de escudo contra la amenaza del abandono moral que veía cercano; mas cuando la infeliz enderezaba el pensamiento a sus tristezas, ávida de remediarlas, toda la actividad de su ingenio consistía en preguntarse: "¿Qué voy a hacer para que este hombre no se canse de mí? ¿Cómo probarle que le quiero... que soy enteramente suya en cuerpo y alma, y que sus gustos son los míos?... Pero no, esto último no es tan verdad como mi cariño; yo únicamente gozo cuando imagino que soy amada, y él... él se distrae con cualquier cosa: lo que ve, lo que le cuentan, lo que lee, lo que escribe, sobre todo, le preocupa, le importa más que su mujer. En cuanto tiene un libro en la mano, ya no se acuerda de nada. A mí sólo él me interesa. ¡Si yo pudiera demostrarle afición hacia todo eso en que él pone tanto empeño! ¡Con-

denados libros, malditos papelotes! Siempre está a vueltas con las cuartillas... como si no trabajara bastante en la oficina. Lo mismo es llegar a casa que ponerse a escribir en esa *cosa* que está haciendo. Y no lo copia de ninguna parte, eso no, que lo saca de su cabeza; hay días en que habla solo. Dice que es un drama. ¡Señor, qué aburrimiento! La tal comedia parece su querida. Más enamorado está del drama que de mí. Un día lo voy a coger y... ¡Dios me libre! En cambio, si lo leyera y le hablase luego de ello... así, como si me gustase mucho... ¿qué diría? Sí, una tarde que no tenga ropa que zurcir, busco esos dos cuadernos que tiene ya concluídos, y cuando vuelva del ministerio me encuentra leyendo. A ver qué cara pone„.

Esta idea fué para su tristeza un rayo de esperanza.

. . . . . .

. . . . . .

En el reloj del gabinete de Pilar acababan de dar las once de la noche. Juan había salido después de comer, y, según su costumbre de retirarse temprano, no podía tardar mucho. "Esta, esta es la ocasión: vamos a ver qué impresión le causa„—pensó ella—y dirigiéndose

al despacho de su marido, abrió un cajón que tenía la llave puesta, sacó dos cuadernos que ella misma había cosido, y leyendo en sus dos primeras hojas *acto primero*, *acto segundo*, se dijo: "Aquí está„. En seguida volvió al gabinete, puso la lámpara en un velador, y sentandose en una butaca pequeña, comenzó a pasar la vista por el manuscrito. Juan tenía, por fortuna, la letra clara.

La luz, recogida por una pantalla de papel rizado, arrojaba hacia abajo toda la claridad, dejando en sombra la parte alta de la habitación: sólo en el techo brillaba un círculo de tembloroso resplandor. El espejo, colocado sobre el mármol de la chimenea, reproducía, encerrándola en su marco de molduras doradas la figura de Pilar, que apoyada de codos en el velador leía lentamente. A sus pies, en una silla baja, estaban el cesto de la costura, momentáneamente olvidado, y un vestido a medio arreglar. Junto a la puerta de la alcoba, separada del gabinete por un modesto cortinaje de cretona con dibujos de pájaros y pastorcillos, veíanse, cuidadosamente colgados de un alzapaño, un chaleco con los botones recién asegurados y una levita con las bocamangas acabadas de recoser. El único libro que

había sobre el velador, era la agenda en que anotaba el gasto diario.

No era posible a los ojos hallar allí detalle, por insignificante que fuese, que no revelara esmero grandísimo. El cobre de los tiradores de las puertas, de puro limpio y reluciente, parecía oro; en la alfombra no se veía una hilacha; las butacas tenían resguardado el respaldo con redondeles de *crochet*; los resquicios de los balcones estaban cubiertos con tiras de orillo de paño, y en la esquina de la chimenea más inmediata al sitio donde solía sentarse Juan, había una caja que fué de dulces, llena de cigarrillos de papel, con su cenicero y su fosforera al lado. Dos grabados adornaban las paredes: una Virgen del Carmen, comprada por Pilar en la puerta de un templo, y una reproducción del *Testamento de Isabel la Católica*, de Rosales, escogida por Juan. Sobre la chimenea, en marquitos baratos sostenidos en caballetes de pajas fuertemente engomadas por las habilidosas manos de Pilar, se erguían los retratos de los señores de Balduque, y entre éstos, apoyada contra el reloj, veíase una fotografía un poco mayor, que representaba a Juan con su mujer del brazo, vestidos ambos con las mismas ropas que estrenaron el día de la boda:

ella, rico traje de seda negra muy recargado de adornos; dos pulseras anticuadas, regalo de su madre; al cuello el medallón con que él la obsequió, y en las manos su tarjetero y su abanico; Juan, con levita a la inglesa, un guante puesto y el otro arrugado en la mano izquierda.

Nada turbaba el silencio del gabinete, sino el ruido causado por Pilar al volver las fuertes hojas del drama, escrito en magnífico papel del ministerio. Tras las puertas cerradas escuchábase a ratos, debilitado por la distancia, el áspero canturreo de la criada en la cocina. Pilar seguía leyendo, pero cada momento más despacio, prestando oído hacia la calle cuidadosamente, ansiosa de oir la voz que todas las noches daba Juan desde una esquina próxima para llamar al sereno.

Al cabo de media hora de lectura, que a ella le pareció un siglo, se oyó aquella voz tan esperada. "No, pues no salgo a la puerta—se dijo—que me encuentre así„. Se levantó precipitadamente, fué a tirar del cordón de la campanilla de la alcoba para que abriese la criada, y tornó a sentarse. Al entrar Juan no levantó la vista del drama, y como si el tiempo la hubiera parecido muy corto, le preguntó:

—¿Ya estás aquí? ¿Qué hora es?

—La de siempre, poco más o menos... Pero ¡calla, calla! ¿Qué lees? ¡Tu leyendo! ¿Qué milagro es éste?

—Déjame seguir.

Acercóse a ella, vió el drama, y dulcemente impresionado, poseído de una emoción indefinible, en que se confundían lo agradable de la sorpresa y el amor propio satisfecho, le preguntó:

—¿Te gusta, pichona?

—¡Muchísimo!

—Bueno, mujer, me alegro; ya verás el final del segundo acto, cuando la casan por fuerza, qué bonito es; sobre todo, muy nuevo.

—Pero, ¡qué cosas tan raras se dicen estas gentes cuando hablan! Algunas palabras no las entiendo.

—Eso no te importe; es el lenguaje poético. Ahí te quedas; concluye, concluye. Voy al despacho a escribir dos cartas, y en seguida vuelvo.

Ni tenía que escribir, ni escribió tales cartas; lo que quería era dejarla sola para que terminara y fuese luego a buscarle al despacho. "Lo juzgará como el vulgo, por la impresión,—imaginaba Juan—pero conviene oir todas las

opiniones; al fin y al cabo, para el público se escribe, y el público, como decía Chamfort, es la suma de imbéciles que tienen dinero para ir al teatro„.

Haciéndose estas y parecidas reflexiones, pero satisfechísimo en realidad, fué al despacho, arregló los papeles que tenía encima de la mesa, ordenó los que guardaba en el cajón, e hizo cuanto pudo por dominar su impaciencia y dejar pasar un rato; pero llegó un momento en que, siéndole imposible contenerse, volvió de puntillas al gabinete, diciéndose: "Desde la puerta de la sala, como ella está sentada frente al espejo, voy a ver la cara que pone„.

Fué aproximándose lentamente, tratando de sofocar el ruido de sus pasos; pero de pronto se volvió al despacho y comenzó otra vez a buscar manera de distraerse, esperando que Pilar, terminada la lectura, fuese a buscarle o le llamase. Lo primero que hizo para engañar el tiempo, fué dar cuerda al reloj; en seguida contó el dinero que llevaba en el bolsillo y el que tenía en la mesa disponible hasta concluir aquel mes; luego revisó a la ligera las últimas cuartillas del tercer acto del drama, y buscó en el Diccionario unas palabras de cuyo significado no estaba seguro.

Entretanto, ni Pilar le llamaba, ni venía a buscarle. "Es capaz de leérselo dos veces;—pensó—voy a ver si ha concluído„. Ya iba a salir del despacho cuando, viendo en la pared el almanaque americano, que marcaba la fecha con dos o tres días de retraso, se acercó para arrancarle las hojas que sobraban, murmurando entre dientes: "¡Qué diablos de calendarios estos! siempre se olvida uno de arrancar los papelitos, y luego no hay medio de saber en qué día se vive. A ver, a ver: 26, 27; sí, hoy es 28; no, 27; sí, sí, 27, no cabe duda. ¡Parece mentira! ¡Cómo se me ha pasado el tiempo! ¡Qué barbaridad! Pues no hay sino tener paciencia; ahora se lo diré a esa; de fijo que tampoco ella lo recuerda. ¡Hoy los cumplo; sí, señor!, treinta, treinta añitos, justos y cabales; eso es, 1853 y treinta, 1883. ¡Qué brutales son los números!„ Y conservando arrugadas en la mano las hojas que había arrancado al calendario, fué acercándose despacio, despacito, a la puerta del gabinete; allí se detuvo y prestó oído... Dejó pasar unos cuantos segundos; pero no oyó nada, no percibió el más leve rumor, ni siquiera el ruido de volver las hojas. Todo en el gabinete estaba callado, mudo, sin la menor señal de vida, como si allí no hubie-

se nadie. Empujando suavemente la puerta, miró hacia el espejo: la pantalla de la lámpara ocultaba la cabeza de Pilar. Avanzó dos pasos más para poder verla, y de pronto permaneció inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos, y una expresión tal de doloroso asombro dibujada en el rostro que, a ver en el espejo su imagen, hubiera tenido miedo de sí mismo.

Pilar estaba con la cabeza apoyada en el respaldo de la butaca, con los brazos laxos, caídos a lo largo del cuerpo, y profundamente dormida.

Se había dormido leyendo la obra de su esposo al llegar al final del segundo acto, sin que lograra conmoverla, ni siquiera interesarla, aquel drama en que Juan imaginaba haber vertido su sér entero, el cual era reflejo de tantas ilusiones y desfallecimientos, suma de las vibraciones reunidas de todas las cuerdas de su alma; y, lo que aun era peor, base de sus esperanzas de gloria.

¡Sí! Allí estaba el drama, en el suelo, arrugadas las hojas por el golpe, abierto casualmente por donde más fuego y mayor sinceridad respiraban sus versos; mientras la agenda del gasto diario, aborrecible emblema de toda

la prosa de la vida, descansaba cuidadosamente puesta sobre el tapete del velador.

Entonces Juan, callado y silencioso, como había venido, sin pararse siquiera a recoger del suelo el adorado manuscrito, se volvió al despacho oprimiendo con las manos crispadas las hojas del calendario, y dejándose caer de golpe en un sillón, agobiada el alma por el dolor, como bestia rendida a la pesadumbre de su carga, se arrojó de bruces sobre la mesa y murmuró llorando: "¡Dios mío! ¡Treinta años, treinta años! ¡La juventud perdida!„

Madrid, 1885.

FIN

LS.
P5986.
153118
Author Picón, Jacinto Octavio
Title Obras completas, tomo 6- Lázaro, Juan Vulgar.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU